ALFAGUARA

Bibiana Candia

Lar



Narrativa Hispánica

Bibiana Candia

Lar

Una tragedia

ALFAGUARA

Dedicatoria

A todas aquellas que un día decidieron dejar de cumplir órdenes y a las que obedecieron en silencio porque no vieron otra salida.

Citas

Hell is empty and all the devils are here.

WILLIAM SHAKESPEARE

Though nothing will drive them away,

We can beat them, just for one day,

We can be heroes, just for one day.

DAVID BOWIE

La víspera

Capítulo 1

¿Está la mamá?

El niño no contesta, desaparece y deja la puerta entreabierta. En la penumbra del fondo se adivina la cabeza de un gato legañoso que tampoco hace ademán de acercarse. Ramona y Dosinda esperan en el umbral. Aún no empezó a llover, pero el viento ya avisa de lo que viene y las golpea en la cara.

Antígona aparece con el niño que abrió la puerta y otro un poco más pequeño agarrados del mandil, se esconden detrás de ella chupando el dedo envuelto en un pedazo de lienzo. Los mismos ojos pasmados, los mismos cráneos levemente achatados, las mismas orejas despegadas y las mismas marcas de mocos secos encima del labio, los dos parecen el mismo con apenas unos meses de diferencia, vistos por separado son indistinguibles. En brazos lleva a su última criatura, que aún no aprendió a andar y es un fardo de carne que llora cuando no tiene su pecho cerca. Despeinada y con la camisa manchada de leche materna parece una santa matrona a la que arrastraron por el suelo.

Prepárate. Mañana a las once. Mañana paramos todo.

Ramona sonríe como quien da una buena noticia. Antígona resopla y pone la mano libre, la que no sostiene al pequeño, en la cintura. La criatura se chupa el puño y mira a las dos mujeres con la misma gravedad cansada de su madre.

Mucho tardasteis, aunque mañana es mal día, viene ahí una tormenta.

Mañana puede venir una tormenta o María Santísima que a las once paramos la fábrica.

Dosinda se santigua al escuchar la blasfemia, se besa sonoramente el pulgar como quien firma por debajo del gesto y

espera que Nuestra Señora, en su infinita misericordia, deje este asunto correr. Si no fuese por ella, Ramona tendría ya conflictos abiertos con todos los santos y las ánimas del purgatorio. María Santísima no muestra ninguna inquietud por las palabras de Ramona ni por la enmienda de Dosinda, tampoco expresa el menor interés en bajar al día siguiente de su peana y aparecer en la fábrica de tabacos, aunque sería un golpe de efecto que seguramente ahorraría mucho esfuerzo a la protesta. Antígona no discute porque sabe que no vale la pena. Igual que no se elige el día en que el cielo decide partirse en dos y descargar una tormenta, tampoco se puede elegir el momento en que se libera la ira. El día simplemente llega, se anuncia como el del juicio final y una solo quiere estar allí para tomar su parte.

El más alto de los dos niños, que sigue chupándose el dedo sucio y mirando a Ramona y a Dosinda, le da una patada al hermano. Una patada de aburrimiento, de quien ya está harto de ver una escena y necesita que pase algo. El pequeño se suelta entonces de la falda de Antígona y, sin quitarse el dedo de la boca, le lanza a la cara un puño pequeño y pegajoso como un albaricoque.

Antígona interrumpe la conversación, suspira, se da la vuelta y empuja hacia dentro a los dos niños como si fueran uno solo. En la masa de pies infantiles, el gato se enreda y se oye un bufido que se pierde en la penumbra. Ninguno de los dos hermanos llora. Saben vivir en el equilibrio improbable de un golpe de vez en cuando, lo que los hace llorar son otras cosas. Van pegándose camino de lo oscuro amigablemente, Antígona vuelve a Ramona y a Dosinda.

Nosotras venimos a avisarte para que te prepares.

Yo preparada para reclamar lo mío estoy siempre. Mucha rabia llevo ya tragada, un día me enveneno.

Pues como todas.

Como todas no, Ramona. Que ni tú ni esta santa tenéis bocas que coman de vosotras.

Dosinda siente que llamarla santa a ella es otra blasfemia, pero no dice nada porque conoce bien a Antígona y prefiere no llevarle la

contraria, aprieta con disimulo el brazo de Ramona para que amanse el tono. La criatura mira a las dos mujeres muy seria mientras intenta meter torpemente la mano húmeda de saliva dentro de la camisa de su madre, sus uñas diminutas se clavan en la piel y los pechos reaccionan, siempre atentos para apaciguar una boca infantil.

La conversación aún no terminó pero la mente de Antígona ya está pensando en cómo llegar al día de mañana. No se le puede olvidar llevar un par de buenas piedras en el capazo, las navajas son amenazadoras, pero nada se compara con ver venir una piedra al medio de los ojos. Jacoba, su hija mayor, debería haber vuelto ya de misa, mañana va a tener que llevarle a la criatura a la fábrica antes de las once para alimentarla. Y mientras va, que deje a los otros dos encerrados en casa con llave, que va a haber tormenta y solo falta que alguno enferme. Mucho se ríe Ramona cuando habla de quemarlo todo y de que baje María Santísima, se nota que no tiene que preocuparse de nada que no sea ella, si no fuera por Dosinda ya le hubiera arrancado todos los pelos de la cabeza.

Los caminos y acciones necesarios para que una mujer pueda estar presente en un momento y un lugar son tantos y se bifurcan de tal manera que da por pensar que se nos quiere plantadas como los árboles, quietas y mudas como las estatuas. Mientras tanto, a sus pechos les da igual a dónde vayan el pensamiento o las palabras, ellos solo saben de saciar a las pequeñas bestias, no escuchan otra llamada. La manita de su criatura insiste y se cuela entre los pliegues de la camisa, roza con las uñas la piel del seno y le provoca un escalofrío.

Todos los hijos de Antígona se alimentaron de ella hasta mucho tiempo después de aprender a hablar; de hecho, los que se agarraban a sus faldas y ahora se golpean durante años mamaron juntos hasta dejarle los pezones sangrando. La leche seguía saliendo con hilos rosados y le dejaba en las camisas unas manchas muy malas de quitar. Hay mujeres que llevan dentro de sí una fuente de alimento inagotable, a esos cuerpos todo les parece poco con tal de darse.

Cuando cayó embarazada la primera vez, soltera y sola, ni siquiera sabía muy bien qué había hecho. Fue solo un momento a oscuras y de pie. Muy poco para algo tan definitivo. Un hijo debería ser algo más que simplemente un pegarse el uno al otro y una humedad caliente. Se arruina una. Se puede querer a los hijos y al mismo tiempo saber que una está arruinada. Que desde el día en que dejó carne nueva en este mundo es como un barco amarrado, nunca podrá navegar.

Capítulo 2

La furia es como la marea, va y viene empujada por agentes mucho más grandes que todas nosotras. Lo que vemos cuando se produce un estallido es, la mayor parte de las veces, el efecto de una causa invisible a nuestros ojos. Observamos sin comprender y tachamos de locas o salvajes las reacciones que vienen de raíces tan profundas que recorren varias generaciones.

Trabajar en la fábrica es una suerte, siempre mejor que lavar en el río, servir, coser, cargar en el muelle o trabajar en el campo. Eso no quita que nos lleve el demonio porque parece que nos toman por tontas. Mejor el tabaco que la conservera, mejor el tabaco que los salazones, mejor el tabaco que lavar en el río, servir, coser, cargar en el muelle y trabajar en el campo. Por eso hay que reaccionar, ir de casa en casa y hablar una a una con todas las que están dispuestas a arrasar con todo antes de que nos arrasen a nosotras. Es necesaria una fuerza que empuje, una ola que arrastre con un impulso igual o superior al peso del miedo a morir o a perder aquello que importa. Eso sí, que no nos arrastre tanto que no podamos volver a dar de comer a nuestras criaturas cuando todo se calme.

Así de complicado es el equilibrio que nos amarra.

Nadie sabe cuál es la primera visita pero, a partir de tres o cuatro, el peso de las anteriores da seguridad a las palabras y lo que se planteaba como una posibilidad se convierte en un hecho.

Mañana, a las once, nos levantamos.

Mañana todo se para.

Va a ser mañana, preparaos.

Ni que baje María Santísima.

Como tirar una piedra por una ladera, que si tiene el peso suficiente puede provocar un derrumbe, hacen falta un número mínimo de piedras que se dejen arrojar al vacío y no todas quieren. El natural de las piedras es aferrarse al suelo, todo lo que no sea eso supone para ellas el trauma de verse allí donde no pertenecen. Nadie les pregunta nunca a las piedras lo que quieren.

Una marea de mujeres no se mueve sola. La suya no es como la fuerza de los esclavos, que se alimenta del deseo de huir. Esta viene de otro lugar, de la raíz misma que las ata al suelo, como árboles, como un bosque, como las piedras.

La furia de permanecer, de quedarse.

Capítulo 3

¿Ya marchó?

La señora Remedios llega con un fardo debajo del brazo. Un espejo pequeño, un pañuelo y una sábana. No hace falta más. Ordena poner agua a hervir y preparar unos paños limpios con la naturalidad de quien está acostumbrada a abrirse paso en estos casos.

El cura, con las uñas aún húmedas de los santos óleos, deja el pocillo de barro vacío encima de la mesa, chasquea los labios, bendice la casa con aliento de aguardiente y sale por la puerta. El espejito impecable, sin rastro de aliento, refleja los pelos de la nariz del difunto, la lengua y las encías resecas. La señora Remedios lo aparta y se lo enseña a Cordelia.

Ya fue, ciérrale los ojos.

Nadie sabe en qué momento el alma decide marcharse, si se queda a esperar la palabra del Señor aunque el cuerpo ya no responda, por eso hay que pedir siempre la extremaunción. Es cierto que las pupilas de piedra y la boca semiabierta ya no parecían pertenecer a este mundo, pero no hay que dejar que la impaciencia mate la posibilidad de la vida eterna.

Sin haber llorado aún ni una lágrima, Cordelia posa las yemas de los dedos en los párpados de su marido, la piel cede y sume al hombre en la oscuridad definitiva.

La parte de Dios ya está hecha, empieza el verdadero trabajo.

Da igual que sea domingo y que el padre haya amanecido cadáver, los hijos siempre van a tener hambre. La casa es una pieza cuadrada, una misma pieza donde se come, se prende el fuego, se

frota la cara de las criaturas con un paño húmedo cuando vienen de la calle y donde se los amontona para dormir. Una pieza para parirlos a gritos y para preparar el velatorio del marido muerto, el principio y el fin de la vida entre las mismas cuatro paredes. Prendida de una viga del techo con dos clavos, una sábana vieja hace el efecto de pared ligera y aísla del resto la esquina donde hasta esta mañana dormía el matrimonio. Como si se pudiera ocultar algo.

Lorenza, la hija mayor, sienta a sus dos hermanos de espaldas a la tela colgada y les da el desayuno. Lo que sucede tras la cortina es un misterio, la niña adivina gestos, oye el esfuerzo de mover un cuerpo que no colabora, unas palabras murmuradas que no se consiguen entender y el susurro de un paño que frota la piel. Nada más. Esto es la muerte a sus ojos de nueve años, acomodar carne fría y murmurar palabras. La vida, por otra parte, es atender la casa, hacer recados y cuidar de que los hermanos pequeños no se maten entre ellos ni molesten al abuelo, que ya no conoce y además está medio sordo.

Una no quiere pensar que Dios es capaz de reírse de nosotras, pero cualquiera diría que quien vino a traer la muerte tocó a la persona equivocada. El padre de Cordelia duerme todavía, no sabe que ahora es él el único hombre que queda bajo ese techo y probablemente no llegue a darse cuenta nunca del todo. Hace tiempo que la memoria le viene desapareciendo, que de repente no sabe quiénes son su familia o no se acuerda de dónde está. Con un gesto muy parecido al del difunto, pero con un ronquido acompasado que solo pertenece al lado de los vivos, marca un ritmo de respiración perfecto.

Capítulo 4

Date, Lorenzo, date.

La señora Remedios manipula el cadáver sin dudar, conoce todas sus costuras y sus cartílagos. Todos los hombres muertos son el mismo. Le pasa el paño húmedo por el hueco de la clavícula, el pezón derecho, las hendiduras de las costillas, sube de nuevo a la axila, el hombro, el brazo inerte se queda colgando en el vacío y las uñas amarillentas casi tocan el suelo. La mujer coge la mano, pasa el paño primero por el dorso, luego la palma y cada uno de los dedos. Cordelia aún no se hizo a la idea de que es viuda y replica los movimientos de la señora Remedios del otro lado del catre como un espejo. Un pedazo de lienzo idéntico y húmedo frota la base del cuello del hombre, el pecho, el pezón izquierdo, la axila, el hombro, recorriendo los músculos aún elásticos pero ya con una desgana rígida que no es la de un ser dormido. Una no puede permitir que los suyos vayan sucios a encontrarse con Dios. La carne desnuda reluce en la penumbra de la casa como leche sólida. Los pesos no se equilibran en un cuerpo que aún no se ha hecho a la muerte, las articulaciones se atascan. Hay que recordarle que ya no pertenece a este mundo, pedirle al cuerpo sin vida que se entregue.

Date, Lorenzo.

Lorenzo se da. El cuerpo se deja voltear y las mujeres le friegan vigorosamente la espalda, la nuca y las nalgas. Luego vuelven a colocarlo boca arriba, queda peinarlo y vestirlo. Cordelia mastica pero no consigue tragar la idea de que su marido es ahora un difunto. Da igual que le haya cerrado los ojos y que lo esté preparando para bajar a la tierra. Da igual que su desnudez con los brazos extendidos parezca un eco del crucifijo que observa desde la

cabecera. Da igual. Todos los hombres muertos son el mismo. El último suspiro ya abandonó el cuerpo hace tiempo y flota invisible sobre las cabezas de las dos mujeres, alguien debería abrir una ventana y dejarlo salir.

Capítulo 5

Un velatorio es siempre un acontecimiento, una ferviente actividad y una novedad que altera el orden establecido, pero hace semanas que no se habla de otra cosa, que no se discute otra cosa, que no se maldice otra cosa más que la fábrica. Por eso muchas compañeras se enteran antes de que al día siguiente las cigarreras van a rebelarse que de que el marido de Cordelia amaneció cadáver.

Esperan que seamos mansas y aceptemos un sueldo como una limosna. Nunca tan poco valió el trabajo como desde que llegaron las máquinas. Por eso, decidir un día y una hora solo era una cuestión de admitir que llegó el momento. Cada comentario, cada queja, cada grito y cada blasfemia, cada malachispaloscoma, cada mecaghonaconaqueosbotou fueron colocando las piedras para fundamentar la idea y construir poco a poco el plan como algo inamovible hasta que solo quedó decidir que sería el día de mañana. La voluntad se vuelve una sola y la decisión cae como una piedra de molino por una ladera.

No todo puede ser siempre como esperamos. Dios nos perdone por ignorar a un hombre cuya alma se encontró por sorpresa con la muerte y deja mujer, tres hijos y un suegro que no conoce.

Capítulo 6

Nadie avisó a la señora Remedios, que llegó dispuesta a preparar a Lorenzo porque esa es una de las llamadas de su naturaleza: asistir partos y aviar muertos. Con la misma sábana envuelve a un difunto como si fuera una ofrenda o sujeta a una parturienta y la cuelga de las axilas, para que la criatura solo tenga que dejarse caer en sus manos. Es lavandera y planchadora la mayor parte del tiempo, las piezas de tela que cada día sumerge en agua, golpea contra una piedra y dobla con delicadeza prepararon sus manos para lo verdaderamente importante.

La camisa de la boda, que hasta hace un momento colgaba de un clavo en la pared al lado de una estampa de la Virgen bañada en lágrimas, busca ajustarse al cuerpo del hombre que la vestirá por última vez.

Lourenciño, date. Díselo tú, nena, que conoce más tu voz que la mía.

Cordelia pronuncia las palabras una a una, como si solo fuesen un sonido que le deja en la boca un sabor a metal, sin mirarlo realmente, solo fijándose en el pedazo de carne que tiene delante y en el recorrido del paño. Un susurro que engrasa la voluntad de un cuerpo que hace poco estaba soñando como cualquiera que espera despertar.

Las ánimas se quedan desconcertadas en las primeras horas, muchas veces no entienden aún qué les pasó. Sobre todo cuando la mala muerte, la que no permite una agonía plácida en casa, sale a su encuentro como una ladrona. Hablarles mientras se los prepara ayuda a que tomen conciencia de cuál será su situación a partir de

ahora. Cordelia lo peina con sus propias manos, le pasa los dedos húmedos por las sienes y le echa el pelo para atrás.

Aguántale ahí la barbilla, ciérrale la boca.

Los dientes chocan en un estallido sordo, la señora Remedios pasa el pañuelo por alrededor de la cara de Lorenzo y lo anuda fuerte en lo alto de la cabeza. Cuando la rigidez ya sea irreversible podrán quitárselo sin miedo a que la boca vuelva a abrirse.

Si viviese en una aldea, a estas horas Cordelia tendría la casa llena de gente. Alguien habría traído el agua bendita para poner al lado del muerto y un ramo grande de laurel, la ventana estaría abierta y el último suspiro del difunto ya volaría libre camino de su lugar de descanso, las vecinas se harían cargo de cocinar para todos los que tienen que venir a dar el pésame, de tener preparado café de borra, caña y anís, de encargar los panes para dar a los pobres mañana después del entierro, de llevarse a los niños de aquella casa para que el espíritu del muerto no se pose en ellos.

La gente en Coruña no tiene tanto tiempo para mirar por los otros, las llamadas de los vecinos no se dejan oír como en las aldeas, donde todo es inequívoco. Aquí cuesta más saber qué pasa de puertas para dentro de las casas porque afuera, en las calles y en el puerto, hay ruido desde primera hora, a veces ni siquiera se interrumpe por las noches. Marineros, comerciantes, soldados, costureras a domicilio, guardias, lavanderas, pescadoras, mandaderas, lecheras, aguadoras, niñeras, muchachas que van a servir y chicos de recados, las calles siempre están llenas de gente que trae y lleva. Así no hay manera de convivir. Los niños se quedan en la casa donde se velará al padre y Lorenza, la mayor, cuidará de ellos y del abuelo. De preparar café, de traer sal y de lo que tenga que hacer, que para eso tiene ya nueve años.

Capítulo 7

Sentada en el borde de un taburete, Lorenza vigila a sus hermanos pequeños y atiende el café, que a punto está de empezar a hervir. Aunque solo es una niña, ya tiene la actitud de no dejarse descansar nunca del todo, de mantenerse en permanente estado de alerta. Su espalda contrahecha la dobla sobre sí misma y abulta bajo la ropa como un monte de carne deforme. Una puede tener solo nueve años y el cuerpo ya en ruinas.

¿Qué le hacen al papá?

Lo están lavando. Come.

¿No se lava él?

No, no se lava él. Come.

Los niños no saben mirar sin preguntarlo todo, es su modo de pestañear ante las cosas. ¿Por qué lo lavan? ¿Se hizo pis o va a una fiesta?

Lorenza le da al niño con el revés de la mano en la boca, no demasiado fuerte, lo justo para hacerlo callar. El más pequeño, que aún no habla más que cuatro palabras pero lo mira todo, se ríe del golpe con un gorjeo alegre que eriza la piel de todos los vivos de la casa excepto del abuelo, que corta el ronquido y parece que va a despertarse pero solo cambia de postura.

El difunto ya tiene la camisa puesta, el pelo peinado, el pañuelo anudado en lo alto de la cabeza le sujeta la boca cerrada y la sábana que trajo la señora Remedios lo envuelve como un fardo blanco y esponjoso.

Qué guapo vas, Lorenzo.

Cordelia sirve a la señora Remedios aguardiente y un pedazo de broa, el mismo pedazo y la misma aguardiente que tomaría el marido si se hubiese despertado. La mujer agarra el pan con la misma mano que hace un segundo entrelazaba las del muerto sobre el pecho, le arranca trocitos que moja en el aguardiente y luego se los lleva a la boca.

Ramona y Dosinda iban dando aviso porque mañana a las once van a parar la fábrica de tabacos, me las crucé cuando venía para aquí.

Una miga húmeda y amarilla se queda suspendida en una comisura de la boca y acompaña el movimiento de los labios en cada palabra.

Dijeron que iban a venir a hablar contigo, pero yo ya les dije que bastante tenías tú con lo tuyo, que te den el pésame y no te metan en historias.

La punta de la lengua de la señora Remedios busca en la comisura la miga perdida y recorre luego los dientes de delante en un chasquido.

Ramona iba toda despepitada diciendo que a la que no se uniera la arrastraba de los pelos, que iban a quemarlo todo…, tú no eres como ella. Esto es una desgracia pero en el fondo te vino bien que pasara justo hoy, así te quedas en casa y mañana que peleen otras.

Una mujer puede conocer todas las costuras de los muertos y aun así no conseguir leer lo que ronda la cabeza de las personas. Cordelia mira a la señora Remedios y abre la boca para contestar, pero el ruido la distrae. Los niños se están peleando. El mayor trata de inmovilizar al hermano y este muerde el antebrazo que justo le tapa la boca. Aprieta las mandíbulas infantiles y clava los dientes en la piel pegajosa y salada. La niña Lorenza solo se dio la vuelta un segundo, no los puedes dejar solos porque se matan. Los separa cuando el mayor empieza a gritar y le pega en la boca con el revés de la mano para que se calle. El pequeño vuelve a reírse como un endemoniado, escapa y esconde la cara en las faldas de Cordelia, que ya perdió el hilo de lo que iba a decir.

Haces bien en no llorar todo ahora, resérvate, el día y la noche van a ser largos y si gastas las lágrimas muy rápido vas a empezar a arder por dentro.

La señora Remedios sabe que la pena no es un torrente sino una gotera incansable capaz de doblegar a las piedras. Hay que dejarla salir poco a poco para que la rabia no prenda en nosotras y nos queme vivas. Bebe lo que queda de aguardiente de un trago, echando la cabeza hacia atrás como quien cierra una puerta violentamente, y se marcha con la satisfacción de haber cumplido con su llamada.

Cordelia agarra de un brazo al niño que sigue riéndose con la cabeza escondida entre los pliegues de su falda y se lo tiende a Lorenza de mala manera.

Quítamelo de delante que como me valga de genio lo tiro contra la pared.

Da un trago abierto a la botella de aguardiente, ahoga una tos amarga y aspira fuerte por la nariz. Ni así se le cae una lágrima.

El niño la mira desde los brazos de Lorenza y se ríe a carcajadas.

Capítulo 8

El último suspiro del muerto es una burbuja de aliento azulado escondida entre las vigas del techo, atrapada en una tela de araña junto a dos moscas que hasta hace un rato volaban libres.

Capítulo 9

Al campo de la leña, algunos lo llaman de la horca. Hay quien prefiere fijarse en lo que pasa todos los días, que mujeres van a buscar leña y la venden a quien quiera comprarla, y quien se fija en que un día aquí ahorcaron a un hombre. Depende de qué consiga apretar más las pupilas, lo que se ve todos los días o lo que pasó una vez. Esto es, al final, en lo que se resume todo. En cuánta distancia podemos añadir a nuestra mirada sobre las cosas.

Por eso sabemos que no está bien lo que pasa en la fábrica. Seguirá siendo una fábrica de tabacos y seguirá habiendo en ella cigarreras, pero el carácter y la labor han cambiado tanto que podría cambiarse el nombre. Lo que pasaba todos los días ya no pasa y por eso las trabajadoras se rebelan.

Aquí ahorcaron a un hombre pero lo llaman campo de la leña. No sabemos a cuántos hombres habría que ahorcar para que sus vidas pesasen tanto en la memoria como la madera que arde cada día. Todos los hombres muertos son el mismo pero no toda la leña sirve para dar calor. No todos los árboles dan sombra y no todos se dejan usar como poste para ahorcar reos. Los árboles son, entonces, más complejos que las personas.

En el campo de la leña abren por la mañana los puestos de las chambonas, a donde compran y venden todo lo que se les ponga en las manos. Tanto porque los dueños vinieron un día a sacarse un dinero como por otros medios, que ellas sabrán cuáles fueron. Los objetos viajan de muchas maneras y no todas las manos están dispuestas a recibirlos, las chambonas son las madres de cualquiera, aquellas que no hacen ascos a nada. En los anuncios de venta de

muebles o ropa en los periódicos se añade un aviso para advertir de que no se admiten chambonas, la gente tiene miedo de parecer más pobre de lo que realmente es. Como si la mano en la que se deja lo nuestro fuera una extensión de nosotras mismas. Hay un asco a la miseria que solo puede ser un odio impuesto por los que lo tienen todo para evitar que un día dejemos de tener vergüenza.

Capítulo 10

Cuando Rosario llega, Moncha la Chambona está discutiendo con un hombre que anoche tuvo mala suerte en las cartas. Su mala racha sigue porque ella no le va a pagar por su abrigo lo suficiente para liquidar su deuda y pasar el día.

El hombre no es de aquí, habla mezclando palabras que no se entienden, pero tampoco es un marino de esos que paran unos días y se van. Vive de ganar y perder a las cartas, de ayudar a cargar un barco, de descargar a altas horas mercancías que nadie registra en los libros y hasta de amenazar a quien haga falta. Le dice, con la solemnidad de un timador experimentado, que el suyo es un abrigo militar, que se lo ganó jugando a un soldado inglés. Moncha lo mira con la boca hacia abajo y coge la manga del abrigo con tres dedos, como si estuviese lleno de pulgas. Murmura primero y luego le grita:

¿Tú me ves cara de vaca a mí?

El tipo no parece entender lo que le dice y la mira con las cejas muy tensas hacia arriba y repite, vaca, vaca, y asiente. Ella le clava el ojo que consigue dominar y le grita:

Que yo no soy tonta como una vaca, ¿oíste?

Al hombre le dan ganas de cogerle la cabeza con las dos manos y sacudírsela a ver si así le endereza los ojos, pero se contiene. No sabe ella la suerte que tiene, podría abrirle la tapa de los sesos solo apretando con los pulgares pero aguanta la furia porque necesita el dinero. Él tampoco sabe la suerte que tiene, ella lleva un punzón oxidado escondido en el bolsillo del mandil y no sería la primera vez que lo clava en un bajo vientre ajeno.

Necesita el dinero. Ruega a esta mujer de mirada torcida que le dé lo que pide y ella deja caer el abrigo en lo alto de un monte de

ropa con desprecio, le hace con el dedo un gesto negativo y con ademán de darse la vuelta le ofrece la mitad.

No es la primera vez que el hombre va a llevarle empeños a Moncha. Todos los que viven de traer y llevar la conocen, a ella y a su ojo estrábico, su modo de hablar a ladridos, como escupiendo las palabras, y todo el mundo la aguanta porque no hay otra como ella.

El hombre ni siquiera piensa en que se acerca una tormenta y va a empeñar su abrigo, la deuda es una nube negra que no le deja ver más allá. Siempre sucede así, cuanto más grande el puerto, más grandes las deudas, más grande la amenaza. Hombres que un día se quedan descolgados y ya no consiguen salir. Todo se les va en jugar y beber. Muertos en vida. Lo mejor que les podría pasar es que una noche, borrachos, se dejasen ir al fondo del mar. Pero no, se empeñan en sobrevivir todos los días.

El hombre es alto y flaco, con los ojos azules y dientes amarillos de caballo viejo. Mal habla para hacerse entender, pero cuando juega en las tabernas se explica como si hubiera vivido con nosotros toda la vida. Los jugadores, los sinvergüenzas, los ladrones y los hijos de puta nacen aprendidos, no les queda otra. Este acabará partiéndose la cabeza con alguno que le reclame una deuda y muriendo en un callejón o matando a otro y huyendo, luego sí, en un barco como polizón. Arribará a otro puerto y volverá a empezar. Gentes que viven a saltos como las pulgas alrededor de las redes de pesca. Salen de todas partes y así como vienen se van.

Un hombre que jura en mal idioma, que golpea con el puño en la mesa y al que Moncha desafía con el ojo directo. Luego mete despacio la mano en el mandil, saca el punzón y empieza a limpiarse las uñas sin mirarlo. No han caído al suelo ni dos bolitas de mugre y el hombre, que parecía decidido a marcharse, cede, deja el abrigo por el precio que ella le dice y se marcha calle abajo contando el dinero.

No es fácil ser chambona, hay que no tener miedo a nada.

A Moncha también la llaman la Birolla, por lo del ojo, pero nunca delante de ella. Dicen que hay señoras que la reciben en casa

porque no quieren que las vean llegarse a su puesto, y otras que la hacen llamar para venderle cosas sin que nadie se entere. Eso de que cada vez que se venden muebles en una casa de bien se ponga un cartel de «no se admiten chambonas» es todo un disimulo, las chambonas entran donde ellas quieren porque todo el mundo las necesita. Los objetos viven con ellas y pasan de unas manos a otras discretamente. Hay a quien no le importa que los demás vean que se compró un traje o un abrigo de segunda mano, pero hay mucha gente que no se puede permitir ese lujo. Desgraciados de los ricos, que sienten que todos los ojos los observan. Pobres ellos, que sienten que la mirada de los otros no los deja nunca descansar. Así revienten, fillos do demo.

Moncha sigue limpiándose las uñas negras cuando el hombre ya desapareció y, casi sin mirarla, le cuenta a Rosario que su Ramona y Dosinda van avisando a todas las cigarreras que pueden para que mañana estén preparadas.

Rosario le pregunta por una camisa para diario. Moncha le dice que tiene divinidades, a todo el mundo le dice que tiene divinidades, tenga lo que tenga. Sin embargo, esta vez cumple y enseña a Rosario una camisa con cuello alto y botones como guisantes.

Esta no la pongo aquí en el montón de ropa porque es especial, me la dio una señora que vino desde Santiago, traía el ajuar casi entero de la hija, que murió quince días antes de casarse. La madre, que ya era viuda, se quedó sin nadie que se hiciera cargo de ella. Ya sabes cómo es la gente en Santiago, ella se vino aquí a traerme a mí el ajuar de la difunta. Yo te hago precio, si no puedes pagarla entera ahora, dame la mitad y ya me darás el resto.

Rosario no se ve con esa blusa yendo a trabajar sino subiéndose a un barco, atracando en un puerto desconocido, siendo otra. Llegar a un lugar nuevo con una camisa llena de entredoses que le quiten ese aire de mujer que friega el suelo de rodillas o que pasa el día liando pitillos, tanto da. Una prenda que valga la pena usar por algo más que por andar cubierta. Solo de pensarlo siente su piel como si fuese nueva.

Capítulo 11

Al salir de la fábrica, todas las cigarreras tienen que ser registradas, es una norma, así que todas se ponen en fila, levantan las sayas, los brazos, y se aflojan los mantones. Las porteras meten las manos entre los pliegues buscando cualquier resto de tabaco, hojas sueltas, pitillos, lo que sea. Todas son ladronas a los ojos de la fábrica, no hay respeto por nadie. Hasta a las ancianas las hacen remangarse, a las mismas que llevan más de cuarenta años liando cigarros de uno en uno.

Ramona, la hija de la Chambona, tiene un genio como una chispa y es capaz de enfrentarse con quien haga falta. Madalena, la portera, y ella habrían terminado a navajazos hace unos días si no hubiera sido por Rosario, que intercedió en la pelea antes de que los gritos sacasen al director del despacho.

La primera casa a la que va con Dosinda a dar el aviso es la de Madalena. Ramona tiene la inconsciencia de la edad, no mide el peligro y blasfema porque no entiende lo sagrado. Su madre le enseñó que la única forma de perder el miedo es tirarse a él de cabeza.

Capítulo 12

Las chambonas esconden en sus casas, en sus baúles, todos nuestros pecados convertidos en objetos. Guardianas de naufragios.

Podría ser que no queramos mirar ahí por no ver reflejada la cara de nuestra propia avaricia. Las señoronas llaman a las chambonas y no denuncian si les roban porque las dejan entrar por la puerta del servicio para que nadie se entere.

Por eso no las quieren en ningún sitio, porque ya se sabe cómo son, cómo contaminan aquello que tocan con la suciedad de la usura, la sospecha del robo y la ratería. La gente de bien no recibe a las chambonas, al menos no lo hace por la puerta principal, y eso ya quiere decir muchas cosas.

Moncha la Chambona empezó sirviendo y robando, las señoras se quejan de que las muchachas que vienen a servir roban, porque es cierto que roban. Pero no se ponen ellas a comprobarlo, mandan a unas muchachas a controlar lo que otras roban y siempre las hay preparadas para defender aquello que falta como si fuera propio. Más que si fuera propio.

Quien trata de envilecernos así merece, como mínimo, que le roben todo lo que tiene.

Capítulo 13

Para quien vive de ella, la fábrica es la única medida de las cosas.

La que tiene su casa cerca se siente más próxima al pan que le da de comer, por eso hay tantas cigarreras en el barrio de Santa Lucía, el camino es una línea recta pegada al mar que atraviesa la plaza de la Palloza y pasa por delante de la fábrica de salazón. Los avisos empezaron ahí, en la casa de Madalena la portera, que no pierde de vista la fábrica ni los domingos. La única ventana de la cocina mira directamente al edificio que, en su cabeza, le pertenece.

Las que viven más lejos, en el Orzán, frente a la playa, en la Pescadería o las aldeas de alrededor caminan cada día hasta la fábrica como quien peregrina y la ven aparecer en medio de la niebla del mar como un templo. Guardan el orden de la entrada y la salida y cuentan cada uno de los cigarros o los pitillos porque son la medida del jornal. Un equilibrio se construye en muchos movimientos pequeños, muchas fuerzas aliadas que empujan en la misma dirección, por eso cuando sin avisar una fuerza empuja en sentido contrario provoca un derrumbamiento. El día que las máquinas deciden quién vale y quién no pusieron en marcha una fuerza contraria como una explosión que una sabe dónde empieza pero nunca dónde va a terminar.

Capítulo 14

El primer pensamiento de Madalena la portera nada más cerrar la puerta a Ramona y a Dosinda es que mejor será que afile la navaja para llevarla mañana entre los pliegues de la camisa. No es que tenga miedo, pero cualquiera tiene más confianza en sí misma sabiendo que lleva un arma, aunque sea pequeña.

Ramona es muy capaz de cogerla por los pelos y arrastrarla por la fábrica adelante. Es tan pequeña que una la ve en medio de las aprendizas y parece que no tiene más de diez años, pero dentro de ella vive un demonio. Se enfada y es como una chispa que salta del fuego, podría incendiar una casa entera. Seguramente porque a ese cuerpo tan pequeño le hace falta muy poco genio para ponerse a arder.

No es que Madalena no crea que Ramona tiene razón y que las máquinas son un atraso para las cigarreras, que les están haciendo ganar menos y que van a acabar con el oficio. Que el director no merece mandar en ellas y que se nota que disfruta quitándoles el trabajo, o que el inspector de labores es un arrogante. No es eso. Es que una cosa es que tenga razón y otra, admitírselo en la cara, que es lo único que le falta a ella para ponerse aún más orgullosa con ese cuerpo pequeño y esa boca endemoniada que tiene. Madalena nunca lo admitiría, aunque Ramona tenga razón. Así es como se forjan a veces las encrucijadas vitales, decidiendo que lo que es bueno o malo depende de quién lo diga. Decidiendo que la soberbia es más importante que lo cierto y afirmando como verdad aquello que nos alimenta el orgullo.

Capítulo 15

Ayuda a sentarse en un taburete a la madre, luego le pone en el colo un paño con unas pocas patatas, en la mano, el cuchillo que ha cortado todo lo comestible en esa casa y a los pies, un balde con agua hasta la mitad. La mujer, que hace unos años se quedó ciega como si la partiese un rayo, agarra el cuchillo con la mano derecha, con la izquierda recorre la patata y calcula por dónde deberá pasar el filo para dejarla perfecta.

El cuerpo guarda memoria mucho más allá de cuanto somos capaces de recordar y busca el camino para volver a cumplir con lo que se espera de él, cualquier cosa menos sentirse inútil. La madre de Madalena nunca peló tan bien las patatas como después de perder la vista. A veces, los ojos que te alumbran pueden ser un estorbo y hay formas de recordar que no tienen nada que ver con las palabras. El cuerpo guarda en los músculos no solo memoria sino entendimiento y saber, tanto o más que en la cabeza. No todo está en la cabeza, si fuera así, la vida sería facilísima. El mundo es complejo y a la vez tremendamente sencillo.

Antes de quedarse ciega, la madre cantaba y se acompañaba con los nudillos sobre la mesa como si fuera un pandero. Sabía letras de cantares para cada momento, de risa, de muerte, de amor… Seguramente el cantar está unido a la luz, porque desde que quedó ciega no volvió a sentirse su voz. Ni su música. Y daba igual que se lo pidiesen. Como si la oscuridad de los ojos le impidiese leer aquello que estaba escrito en su memoria.

Las mondas de patata van desprendiéndose en el silencio de la cocina. Ras, ras, ras, el cuchillo roza una superficie mil veces

recorrida, una presión fija, los dedos pegados al filo, la suciedad de la monda entrando en las uñas de la mujer, posándose en los callos de la palma de la mano. La piel y la tierra mezclándose. Las patatas como símbolo de la supervivencia, la tierra como fuente de vida, la piel como aquello que remueve la tierra y la obliga a dar fruto.

Tierra, agua, piel y sudor, el ciclo eterno.

La Ramona esa es zorra como su madre, y capaz de aprovechar para hablar mal de ti y buscarte la ruina. Si te preguntan, tú di que te amenazaron. Pero deja que la fábrica arda, que no vas a ser tú la salvación de nadie.

La madre va soltando su discurso en frases cortas, como si un fantasma le fuese dando codazos. Madalena no la mira, pero oye el roce del cuchillo cada vez más crispado subrayando cada palabra.

La madre ya siempre fue una zorra, decían que mató a un hombre con el que estaba arrejuntada para robarle un dinero de una herencia que vino a cobrar a Coruña. Y mira, yo no sé, pero al hombre no se le vio nunca más y era feo, es verdad, y sucio, como ella, pero tampoco merecía nada malo.

Como si fuera raro que un hombre cobrase una herencia y nadie lo volviese a ver.

Ras, ras, ras, una monda entera cae en el trapo sucio y se oye el golpe mojado de la patata sin piel entrando en el balde de agua.

Empezó a ser chambona cuando iba a las casas de las vecinas a las que se les moría el marido o se les iba a la mar o emigrado… para darles dos duros y llevarles lo que tuviesen o directamente robar. Una zorra que se aprovechaba del hambre de los pobres. Compraba dos y robaba otros dos.

Ras, ras, ras.

Así hizo dinero, de ser zorra y robar a los pobres, porque con los que tienen bien que se arrastra. Quedó birolla de buscar qué robar, un día se le va a escapar el ojo de mirar tanto para el dinero.

A Madalena le hace gracia que la madre recuerde las caras a pesar de la ceguera. En su cabeza, Moncha será como la última vez que la vio, hace años.

El cuchillo, en la mano sucia de la mujer, dibuja arabescos en el aire y corta lo invisible.

Robar a los ricos no tiene mal ninguno, que les sobra, solo el mal de que te llamen ladrona, pero a una la llaman ya de todo. Otra cosa es robar a los pobres, hay que ser hija del demonio para que no te diga la conciencia o María Santísima que eso no se hace.

Madalena se sienta dando la espalda a la madre para aprovechar el rayo de luz que parte la penumbra y remienda unas medias de lana negra. Escucha a la madre porque para una vez que habla, pero siempre habla igual, igual de mal de todo el mundo.

La madre de Madalena siempre decía esa frase de «si esto no es verdad, que me falten los ojos que me alumbran» o «que una centella me deje ciega ahora mismo». Una no sabe bien si son las palabras las que traen a las personas aquello que les pasa o es al revés, que las cosas pasan y las palabras solo toman nota y cuentan. Mientras las cosas no suceden, las palabras están quietas y solo dicen lo que dicen, pero claro, cuando las cosas suceden, como la ceguera, entonces las palabras que solo se usaban para reforzar se convierten en profecía. Como una multiplicidad de facetas de un mismo diamante, reflejando en todas direcciones un brillo cegador. Y quién es ahora la que define qué es qué. La palabra o la ceguera.

Siempre que la madre le dice algo que en otro momento acompañaría de un «que me falten los ojos que me alumbran», Madalena se pone la mano en la boca para que ni el aliento le haga creer a la madre que se ríe, que Dios la perdone.

De todos modos, no hay duda con la madre de Ramona, Moncha la Chambona es como esos pájaros que solo saben buscar lo brillante, que escarban con el pico cada reflejo que avistan y dejan morir a sus crías con tal de conseguir lo que quieren. La hija bien tuvo a quien salir.

No es necesario perder la vista para darse cuenta de la cantidad de mentira que vive entre nosotras, pero la ceguera hace a las personas más sensibles a la verdad. Para quien vive encerrada en un

cuerpo apagado, la propia fragilidad y lo peligroso de transitar este mundo se hacen insoportables.

A veces los ojos se le quedan pasmados mirándolo todo, en esos momentos de ausencia las pupilas son pedazos de vidrio opaco, dentro de ella todo se cubre con una manta negra de silencio sólido y su cuerpo entero se olvida de en qué consiste estar viva. Durante esas noches, la madre despierta bañada en sudor, con los músculos tensos como si quisiese escaparse de su propio cuerpo en penumbra. La noche le facilita las cosas por ser un territorio ya conocido para alguien que vive en completa oscuridad. A veces vuelve a soñar que se queda ciega, que en lugar de oscuridad hay una luz blanca y brillante, pastosa como la leche, que le sella los ojos y le ahoga las pupilas, la luz blanca le atraviesa las pestañas, entra por su nariz y baja por su garganta dejándola sin aire.

Seguramente por eso también desde que se quedó sin vista no soporta el olor de la leche hervida. El cuerpo es así, manda en nosotras de una manera que no somos capaces de controlar y basta un pequeño movimiento para desencadenar una catástrofe. Lo que llamábamos salud era solo nuestra carne y sangre manteniendo un improbable equilibrio.

Cuando la desesperación por salir del sueño es mucha, llama a la hija, y Madalena no siempre responde. A veces finge que la fuerza del sueño es tanta que no la deja volver a la superficie. La casa sigue en silencio y oscuridad total, salvo alguna brasa entre las cenizas como un pestañeo rojo que marca el camino para aquellas ánimas errantes y muertas de frío que quieran pararse a descansar y recuperar el aliento. Madalena se queda quieta en la penumbra hasta que oye a la madre respirar de nuevo a un ritmo normal y vuelve a dormirse. No todas las noches una se siente capaz de ser refugio de los desamparados.

Capítulo 16

Madalena siempre quiso ser cigarrera como su madre, pero quemó las manos antes de conseguir entrar. Aún no tenía ni doce años. Intentó descolgar el pote de la lareira, se desequilibró y cayó hacia delante. Se le derramó en el pecho el caldo hirviendo y las manos abrazaron el hierro caliente. Al momento la piel quedó pegada al hierro con un silbido perverso. Aunque le pusieron grasa de cerdo y le dieron friegas de romero, nunca consiguió que sus manos tuviesen la movilidad de antes. Los dedos no volvieron a estirarse y las líneas de la palma se convirtieron en cicatrices en espiral. Las manos como garras no consiguen tener la finura para liar cigarrillos y así, por un accidente de un momento, se acaba todo antes de empezar. La piel entre los pechos forma un remolino de pliegues de cicatrices superpuestas que marcan por dónde la atravesó el agua hirviendo.

Mañana ser portera es importante. Ser portera es tener el control de quién entra y quién sale, y mañana es lo más importante.

Madalena desea tener, por una vez, el pretexto para soltar la furia, para no pensar en lo que la ata y dejar que conteste el resto del cuerpo.

Ella le debe a la vieja ponerlo fácil mañana, a la vieja y a nadie más. Otra cosa es que hace tiempo que le cansa mirarla y el hecho de que ella no vea la hace sentirse más tranquila, pero una sabe qué secretos guarda en los pliegues ocultos de la piel.

Capítulo 17

Las muchachas que van a servir miran mal a las cigarreras por descaradas, porque no hay quien mande en ellas, por quejarse todo el día, por arrabaleras, por tener el descaro de tener a sus hijos solteras y no avergonzarse. La mayoría de las sirvientas los dejaron en la aldea, donde traen el señalamiento a la familia y crecen con rencor eterno, pero el hecho de vivir lejos las hace mirar a esa parte de su vida como si no les perteneciese. En las ciudades hay menos tiempo para la vergüenza. Las cigarreras miran mal a las sirvientas por dóciles y por desnaturalizadas, igual que les dicen a las cigarreras de las aldeas que hay que ser malasmadres para dejar a las criaturas abandonadas todo el día con tal de venir aquí a ganar un duro, que ya es avaricia la suya. Ellas tienen tierra y animales, qué sino la codicia las trae a este lado. Demasiado místicas para Coruña, demasiado libres para la aldea.

No se le puede explicar a quien va a servir cómo es ganarse lo de una. Cuando estás acostumbrada a recibir órdenes no decides nada, solo bajas la cabeza y aceptas lo que te dan. Trabajar en la fábrica es trabajar para una misma, cobrar a destajo, por cuanto has hecho. Eso es la dignidad. No todas somos iguales y la que quiera compararse con las mejores tiene que aprender.

Mira a la madre de Madalena, ciega y todo, no se ha visto a nadie liar cigarros como ella, di tú que aprendió a andar en la fábrica, que no salía de las faldas de su madre, que ya fue también cigarrera, pero aun así. Unas tienen los dedos más adiestrados que otras. Las de la aldea es imposible que cojan soltura para trabajos finos, seguramente porque tienen las manos más hechas para la tierra,

para el campo, para lo brutal. Una cigarrera como debe ser tiene dedos rápidos y ligeros.

Cuando los animales están tan habituados a la vara, la caricia los deja primero desconcertados y luego les hace mendigar esa mínima muestra de amor hasta el fin de sus días. Por eso para servir piden muchachas que sean cuanto más tontas mejor, a esas solo hay que vigilarlas para que no roben y hacerles un regalo de vez en cuando, concederles un mínimo favor, y serán capaces de jurar que la señora de la casa es una santa del cielo.

Una sierva es solo un paso antes de llegar a esclava. Las señoras, en el fondo, desprecian a las que sirven en sus casas, las miran como a animales con un poco más de entendimiento que, si no fuera por ellas, estarían Dios sabe dónde.

Las cigarreras de la aldea, que vienen todos los días haga calor o frío y salen de sus casas aún de noche, en grupo, caminando entre el barro por corredoiras, tienen, en el fondo, un poco de envidia a las de ciudad, que las llaman pailanas, desnaturalizadas y malasmadres. Van y vienen todos los días, les gustaría no tener que caminar así, que la casa estuviese más cerca, que no se les notase tanto el lugar del que vienen, poder calzar más fino, pero no es posible si tienes que venir de tan lejos y de tanto barro. Con zapato fino bien que se anda más derecha. Por eso las otras las miran así.

Pues ahora la máquina vino a decir que no, que ninguna vale nada. Que da igual lo que se haga. Que todas vamos a hacerlo mal. Y que lo que toda la vida de Nuestro Señor se hizo de una manera ahora se hace de otra. Mala centella los coma. Así revienten todos. Y aún se ríen los desgraciados.

Una tiene que hacer lo suyo y cobrarlo, eso es la dignidad de la cigarrera. Cobrar a destajo. A cada una lo que le corresponda. Nada es mejor que eso, que poner a cada una en su sitio. Cada una por lo que vale.

Estos que nunca nada hicieron más que mandar en los pobres dicen ahora que las cosas se van a hacer diferentes. Que los cigarros

ya no se hacen así y que ahora hay una máquina de picar tabaco y otra para los pitillos. Y así no hay manera de hacer ni un tercio de lo que hacíamos. Al director y al inspector de labores todo esto les da igual, no son sus hijos los que están solos en casa y no comen.

Fillos dun can.

Capítulo 18

Nadie avisa a Amadora, la otra portera, que no es bien lista y además está preñada. Carga ya suficiente peso como para ponerle también un secreto como este sobre los hombros.

Las cigarreras más jóvenes la llaman Amadora la Parvallona, porque es grande como una mula y porque nada le gusta más que obedecer y besar el puño que le paga. Las rapazas son injustas y crueles como son siempre los seres desesperados. A ella su cabeza solo le dejó aprender que lo correcto es comportarse como esos perros que traen las piezas a los cazadores y esperan, luego, a que les den los huesos para roer cuando los dueños ya se comieron la carne. Saben que solo van a darles las sobras, pero aun así van corriendo a recuperar la presa con el mismo entusiasmo de la primera vez.

Los perros son idiotas la mayor parte del tiempo, víctimas de su propia inocencia.

Capítulo 19

Hasta que su hermana y su cuñado la trajeron a Coruña, Amadora pasó la vida sola con las vacas en el monte. Sabe hacer con la boca los ruidos que ahuyentan a los lobos, imitar a los pájaros, mirar a los ojos a las vacas y saber lo que les preocupa. Pero no aprendió a hablar bien con la gente.

No se le puede pedir que piense, solo que obedezca. Cuando la trajeron hubo que enseñarla a comer porque tragaba sin control, no masticaba. Engullía y no sabía parar. Nació así, sin conocimiento y sin maldad, con la brutalidad de las bestias.

Apareció preñada como aparecen de repente las perras o las gatas de la calle. Nadie supo decir cómo, ni dónde, ni de quién, a lo mejor ni ella misma. Es fácil aprovecharse de alguien como ella y convencerla o engañarla. Los peores crímenes son los que se cometen contra los inocentes, los niños, los ancianos, los que no son bien listos y los animales. Esa crueldad debe ser castigada más que ninguna otra vileza porque nace de la maldad pura que solo busca el goce.

Capítulo 20

El padre de Cordelia no oye bien y a veces no conoce. Cuando por fin despierta y ve al yerno amortajado y listo para el velatorio piensa que aún está soñando, se pega a sí mismo una bofetada que hace reír a los niños y le deja la cara ardiendo. Cordelia grita para que todos se callen de una santa vez porque esta es una casa de luto. Las vecinas, al oír su voz desencajada, asumen con alivio que la viuda está rota de dolor.

Capítulo 21

Si no eres capaz de tener cuenta de dos niños a lo mejor es que no sirves para nada.

Da unas palmadas en la espalda del más pequeño, que se atragantó con su propia saliva de tanto reírse, y después sirve a su padre un poco de aguardiente y un pedazo de broa. Lorenza agarra de un brazo al niño y lo sienta de un tirón al lado del hermano. El viejo mastica con un ruido esponjoso de encías vacías y a Cordelia se le clava una náusea afilada en la mitad de la garganta. Ni una lágrima.

Estáis secas, por eso no entendéis nada.

El padre habla solo. Sigue comportándose como si vivir en la orilla fuese algo temporal, lo único que conserva de su época lúcida es la actitud lista para zarpar en cualquier momento, por eso hay que vigilarlo más aún que a los niños.

La gente aquí no entiende nada, creen que todo es suelo seco.

Ser sordo es vivir en medio de una tempestad, todo sucede detrás de un muro de viento, por eso el padre de Cordelia no muestra aún ninguna condolencia por el yerno fallecido, solo habla para sí mismo. Mientras el hombre mastica las migas de broa, los niños, que ya escaparon de la mirada de Lorenza, intentan meter las puntas de los dedos en el aguardiente y luego se las llevan a la boca. El abuelo los aparta de un manotazo como se hace con cualquier insecto volador. Ángel, el pequeño, aún no aprendió bien los límites de la paciencia de los adultos, insiste mientras el hermano lo mira riendo porque ya sabe lo que viene. La mano del viejo, que pasó la vida ajustando cabos en barcos que cruzaban océanos, da un toque al niño en el

hombro y lo tira al suelo. El hermano, que ya aprendió a no insistir, se ríe de ver al pequeño panza arriba intentando levantarse mientras el abuelo lo aparta con un pie. Cordelia se moja las manos en el agua que lavó al muerto, se echa el pelo hacia atrás y se hace una trenza sin mirar ni a los niños, ni al padre, ni a Lorenza, que vuelve, una vez más, a recoger al pequeño.

El muerto sigue inmóvil, como preguntándose si nadie va a interesarse por él. Aunque desde fuera no se ve, ya ha empezado a pudrirse. La descomposición hace horas que le hormiguea en las entrañas y dentro de la jaula de las costillas. Nuestro Señor nos ha hecho así y nadie se atreve a preguntarle por qué. Preguntar el porqué de las cosas es una arrogancia que no nos podemos permitir, un lugar en el que no nos han dado entrada. Por eso nos quedamos siempre fuera de todo lo que signifique cuestionar algo, como aquellas palabras del centurión que le dijo a Jesús: no soy digno de que entres en mi casa.

No somos dignas, no. No somos.

Capítulo 22

Estigie es la primera en aparecer en casa de Cordelia, justo después de que el padre se pegue en la cara y los niños rompan a reír. También vio pasar a la señora Remedios a primera hora y al cura salir por la puerta, pero eso no lo dice. Hablar de más solo hace que a una la malinterpreten y una tampoco es que ande tan pendiente, solo ve detalles que los demás ignoran. Hay que contar las cosas poco a poco para que la gente no se asuste, las personas no lidian bien con aquellas que vemos lo que se oculta a la mayoría de los ojos y los oídos. Rápido se ponen a pensar que estamos endemoniadas, o peor, que estamos locas.

Llegan por fin más vecinas y el coro de oración comienza para dar tranquilidad y ritmo al día. El velatorio arranca con el primer verso. No hay que descartar de inmediato el poder de lo pequeño. Todo puede con todo con tal de que se insista lo suficiente. El padrenuestro entonces es la primera gota de una inundación, un canto susurrante y grave que confirma que el entierro se acerca como un navío que busca un faro entre la niebla.

Las vecinas van trayendo sillas, no hay suficientes sillas en una casa sola. No puedes estar preparada para sentar a seis o siete vecinas, no se puede rezar todo el tiempo de pie. Algunas, que solo vienen de paso, se quedan al fondo y se apoyan en la pared, mirando de frente las estampas que cuelgan de pequeños clavos, oliendo el laurel y la sal gruesa como un preludio del primer amén. El difunto, empaquetado en una sábana primorosa, envuelto como un regalo para Dios.

Qué guapo va, parece que quiere despertar.

Cordelia no siente que las lágrimas la llamen, ella que lloraba tanto cuando murió la madre sin siquiera hacer esfuerzo. Nadie sabe qué puede pasar por la cabeza de una, pero no es normal una mujer que no suelta una lágrima.

La viuda se sienta al lado de Estigie y sigue el rezo solo con la punta de los labios, bien se ve que no pronuncia las palabras. Está agotada antes de empezar.

Yo ya os sentí vestirlo y vine enseguidita.

Juzgamos sin saber en qué momento alguien sintió que se derrumbaba por dentro y no consiguió volver a levantarse. Son esas personas que hacen como que no sienten pero en realidad tienen los nervios muertos. Lo suyo no es una heroicidad, es haber sobrevivido a tanto dolor que el cuerpo ya no siente más.

Capítulo 23

Si nosotras ya servimos para hacer el trabajo, ¿para qué quieren una máquina? ¿Eh? Pues para que nosotras no sirvamos, y no hay más verdad que esta.

Antígona golpea el puño contra la mesa, los pocillos de barro con sorbos de aguardiente mal resisten la sacudida y su audiencia, todas cigarreras jóvenes, pega un salto. Su criatura más pequeña, que descansa adormilada contra su cadera, ni se inmuta, está acostumbrado a las embestidas de su madre.

Fillos do demo.

Malachispaloscoma.

Si me valiese de genio les arrancaba la piel, no hay dinero que les llegue a esos tiñosos.

Los insultos saltan de las bocas porque siempre están listos para salir, una tiene que tener preparada la maldición para cualquiera que se interponga entre el pan de los hijos o el pan propio. Las muchachas se miran unas a otras entusiasmadas, las palabras de Antígona son pulgas que penetran entre los pliegues de la ropa y empiezan a morderles la piel.

La máquina no se cansa, a la máquina no le duelen las manos, no se pilla los dedos al hacer la picadura, la máquina siempre les va a decir sí, señor. No quieren trabajadoras, quieren esclavas y ya las tienen. Luego a ver qué comemos cuando ya todo sean máquinas. Eso es lo que va a pasar, ¿oísteis?, que no vamos a conseguir nada más.

Primero te rompen las manos y luego te dicen que ya no las necesitan, que son mejores las manos de hierro. Una manivela con un pedal, un tornillo que mueve otro tornillo y otro tornillo…, y

nosotras mirando. Y, claro, por mirar no pagan. La que pueda que se quede mirando, pero yo prefiero prender fuego a todo. ¿Qué se hace cuando alguien te arrebata el pan de la boca? ¿Qué haremos? Matar, pelear y no dejar que una máquina nos quite el sitio. Nosotras fuimos trabajadoras antes que las máquinas.

¿Pueden esas máquinas trabajar sin nosotras?

Pueden trabajar con cualquiera.

Bueno, ¿y puede cualquiera hacer lo que hacemos nosotras?

No.

Entonces las máquinas tienen que morir.

Una máquina no muere, que no está viva.

Tampoco están vivos los muertos pero bien que se los oye. Y ahí andan dándonos trabajo a los vivos.

No estarán vivas, pero nos quitan el pan de nuestros hijos, y yo a quien roba el pan de los pobres le arranco los ojos o lo tiro al mar, ¿oíste?

Ramira la Túzara intimida a la mayoría de las rapazas, por eso se entusiasman al saber que está del lado de las que pararán a las once. Nadie quiere enfrentarse con ella. A veces, decidir en qué bando queremos estar solo depende de a quién tengamos enfrente.

La criatura levanta pesadamente la cabeza, con los ojos entrecerrados mira a las mujeres que rodean a su madre, vuelve a dejarse caer pesadamente sobre el hombro de Antígona y se mete el puño en la boca antes de quedarse dormido otra vez.

Quien inventó las máquinas nunca pensó en quienes vivimos de servir. Ellos solo dicen, mira, este ingenio se mueve solo y hace el trabajo de tres hombres, de cinco mujeres, de diez niños. Se creen que consiguen algo bueno cuantas más bocas dejen de alimentar. Durante días las nuevas máquinas hicieron su trabajo con una cadencia monótona que pica como un aguijón en los oídos, cada vuelta de sus engranajes es un pequeño alfiler que se cuela bajo las uñas de las cigarreras y les recuerda que lo que hacen no es suficiente, que no van a conseguir hacer el destajo del día porque hay quien a partir de ahora siempre va a estar por delante de ellas. Mientras una se desvive, los directores miran las máquinas como

quien mira a un hijo que empieza a andar, la podredumbre siempre encuentra admiración en lo inanimado.

La criatura sigue dormida con el puño carnoso en la boca y un hilo de saliva con restos de leche le baja por la barbilla hasta el cuello.

Son unos sarnosos. Un día, de tanto lamerse el pelo, se les va a empezar a caer y se comerán su propia carne de la ansiedad que tienen por amasar la ganancia.

Hay que coger esas máquinas y partírselas en la cabeza.

Dicen que valen catorce mil duros.

Ya pueden valer cien mil que si se rompen no valen nada.

Aquí solo valemos nosotras.

Una de las rapazas más jóvenes, de las de Monelos, da un puñetazo en la mesa, entusiasmada por la idea de valer ella más que las máquinas. Los pocillos vuelven a temblar y la criatura, que por primera vez oye una voz más alta que la de su madre, se despierta sobresaltada.

¡Oye! Que como me rompas un vaso lo pagas, ¿eh? Que esta no es tu casa.

Bueno, Evangelina, deja a la rapaza, que está contenta.

Pues que vaya a romperte cosas a tu casa, Ramira.

Evangelina hace que no escucha pero se entera de todo y lanza su voz como una chispa a la mínima que note que la situación puede irse de las manos. No puedes confiarte nunca.

Si nosotras hacemos el trabajo, tendríamos que poder decidir quién más puede hacer el trabajo.

Así mismo es. Que nadie nos robe ni esto.

Avelina la Miñocas hace el gesto exacto de coger con dos dedos la cabeza de una lombriz. Antes de la fábrica pasó la vida apañándolas y vendiéndolas a puñados por una miseria. Todavía mira a los niños jugar a partir lombrices con un palito horrorizada, como quien ve quemar dinero.

Ellos pueden decidir traer máquinas, pero nosotras podemos decidir tirar con ellas al infierno.

Todas le tienen un poco de miedo a Antígona porque parece un alma en pena. La Estadea. Siempre el genio a punto de explotar y algo desesperado cuando explota, algo más que ira. Hace un tiempo

tuvo un agarrón con una lavandera a la salida de la fábrica y acabaron las dos revolcadas por el suelo en plena plaza.

¿Y qué te hizo esa?

Le pegó a mi niño, el grande. Decía que el mío le pegó al suyo, o que le tiró una piedra, o no sé qué. Que mira tú, cosas de rapaces. Y le dejé muy claro que a mi niño solo le pego yo y que si quiero la dejo calva. La arrastré de las trenzas, me quedaron los pelos entre los dedos. La tenía en el suelo y no me podían obligar a soltarla. Tuvieron que quitármela de las manos porque yo me quedé rígida como una vara.

A veces le pasa eso, que está haciendo algo, las manos se le agarrotan y se queda como si no oyese. Siempre pensó que es el genio que tiene, a su madre también le pasaba. Cuando tienes mucho genio es así, te agarra y no te suelta, tienen que cogerte de las manos y esperar a que el aire vuelva a entrar en el pecho para que el cuerpo se ablande. De pequeña hasta la llevaron a ver si estaba endemoniada, porque cuando lloraba mucho por los gases o los dientes se quedaba como sin sentido, pero no, al final parece que el demonio no era. Lo dijo el cura de Xestoso, que era por el padre y que si el padre tuviera suficiente fe ella se curaría.

El padre de Antígona, como si se diese cuenta de que el cura podía verlo más allá de las entrañas y del pensamiento, empezó a rezar por las noches y a ir a misa sin faltar. El cura algo sabía que el resto de la familia no. A cualquiera le gustaría ser confesor, escuchar lo que tienen que decir los otros para descargar su conciencia y luego mirarnos como quien nos atraviesa los huesos. Detrás de las historias que conocemos hay otro tanto de desconocido. Pensamos que sabemos quiénes son los otros pero solo nos parece. Cada vez que Antígona se desmayaba, el padre veía una advertencia de Dios de que iba a ir al infierno o de que él sería el siguiente en caer fulminado, por eso un día dijo que marchaba a trabajar a Portugal y nunca mandó una carta. Va ya para veintitantos años de esto.

Capítulo 24

Cuando nos separaron, me acuerdo como ahora mismo, se me quedó mirando así y me dijo: si tuviera marido lo mandaba esta noche a prenderle fuego a tu casa contigo y tus criaturas dentro. Y yo le dije: igual lo mandabas y luego ya no volvía más contigo, que eres fea como un escacho.

Las cigarreras jóvenes se ríen con toda la boca abierta cuando recuerdan a la otra revolcada en el suelo y despeinada. Están las hermanas de Monelos, las Monelas, que son iguales y van siempre juntas, una de ellas es la que manda, la otra está siempre callada. Vive resignada a no tener otra vida más que su hermana. Avelina la Miñocas, Herminia la del Pasaje y Ramira la Túzara, que la llaman así porque es bruta de una manera que aquí no conocemos alma igual.

La criatura abre los ojos otra vez y lloriquea sin ganas. En ese momento, Jacoba entra en la taberna de Evangelina y Antígona le da a su hermano como un fardo de carne y saliva envuelto en un mantón. La criatura la reconoce y se calla. Con el cuartillo de vino debajo del brazo, Antígona se vuelve a las jóvenes y les repite que mañana a las once, que se preparen, bebe de un trago el aguardiente que quedaba en el pocillo y sale por la puerta sin mirar atrás. La niña la sigue con su hermano en brazos. Evangelina, que estuvo todo el rato detrás de la barra limpiando sardinas, tira una cabeza de pescado con un trozo de tripa al suelo, dos gatos salen de la oscuridad y se revuelcan a bufidos. Llevan todo el día esperando este momento.

Ya os podéis preparar para lo de mañana.

Las palabras caen en el ánimo exaltado como clavos en las costillas. Evangelina sigue hablando mientras limpia las sardinas, sin mirarlas. Los gatos están ya tan metidos en la pelea que casi parece que olvidaron que a su lado hay una tripa de pescado recién arrancada.

Una cosa es pelearse para pedir lo que es de una y otra, romper algo que vale más de diez mil duros. Sale más a cuenta robarlo, que por lo menos se podría devolver, o venderlo y quedarse con el dinero.

Tú mucho sabes, no sé cómo estás aquí limpiando pescado si tan lista eres.

Ramira no puede renunciar al ánimo que le hierve, por eso cualquiera que intente ponerle freno tiene que ser aplastado antes de que haga dudar a las otras. Además, qué va a saber Evangelina de lo que pasa en la fábrica, ella nunca respondió delante de un jefe ni delante de casi nadie.

Uno de los gatos, el que consiguió arrancar un trozo de tripa, escapa por una rendija de la puerta que da al patio y el otro degusta la cabeza de pescado debajo de un taburete como un cliente más.

Evangelina, que siempre trabajó sola, no consigue entender la importancia de mantener la ira, de que no baje ni un segundo el entusiasmo ante la posible pelea.

El día que creamos que no vale la pena pegarnos y arrastrar a otra por el suelo porque nos insultó o porque nos robó dos cigarros, el santo día en que no queramos levantarnos para defender que solo nosotras les pegamos a nuestros propios hijos, que solo nosotras mandamos en ellos, ese día estaremos ya muertas. Y todas lo sabemos.

Las lobas no se dejan domar, son libres y atacan en cualquier momento. Por eso los cazadores exhiben sus cabezas clavadas en un palo. Ellos saben lo que cuesta doblegar una voluntad salvaje. Hay que matarla.

Quien no lo sabe es quien nos mira, está deseando que nuestra voluntad se quiebre como la de los animales de la cuadra, que nunca deciden irse solos, que vuelven siempre a la hora de comer.

Es normal tener miedo, el miedo nos recuerda que estamos vivas y que, por tanto, podemos morir. Quien no conoce el miedo o no es bien lista o la vida no la puso delante del peligro.

Hay más muchachas que escuchan y dicen: así mismo es, home non! Y faltaría más. Muchachas que entran todos los días con su silla a cuestas y su capazo para coger las hojas de tabaco, que aguantan que el inspector de labores les tire los cigarros cuando le apetece y que se hartan de ser siempre las últimas en una fábrica que no viviría si no fuese por ellas.

Todas las muchachas vuelven luego a sus casas, el eco de las conversaciones resuena entre las sienes hasta mucho después de las despedidas. El ánimo se exalta porque las palabras, dichas una vez al aire, se repiten diez veces en cada una de las cabezas, cien veces, diez mil veces, diez millones de veces…

Valen catorce mil duros pero rotas no valen nada y nosotras somos más.

Qué vergüenza.

Aquí solo mandamos nosotras.

Que no nos roben ni esto.

Así no tengan quien les eche una mano.

Así revienten.

La ira es como una piedra cada vez más caliente alojada en la boca misma del estómago que alimenta y apura la resistencia de alguien que necesita seguir para no dudar de que está del lado correcto, para no dejar que la amargura la devore. La ira es dejarse abrasar por un fuego que te come por dentro. Lo único real, la única frontera cierta dentro de todas nosotras, por eso nos dicen que está mal enfadarnos, que hacemos mal.

Alimentadla y mantenedla viva en el pensamiento y en la sangre porque nos es negada continuamente.

La ira es nuestra y no la dejaremos morir.

Capítulo 25

El alma del muerto ya vaga por la casa y espera que alguien se cruce a los pies de la cama para agarrarse a su espalda y quitarle la vida a sorbos. Pero no es tan fácil, hay que dejar pocas opciones a los muertos porque si no, no se resignarían a su condición. A nadie, ni siquiera al niño más pequeño, que aún mal habla y se ríe como un endemoniado, se le ocurre pasar por delante de la cama. Hay conocimiento que no es necesario decir porque la criatura, como todas las almas inocentes, es capaz de ver cosas que los demás no vemos.

Hay muertos que entienden que se acabó su tiempo y salen dóciles del cuerpo que habitaban. Muertos que no pretenden hacer más que lo que les corresponde en su nueva condición, irse al cielo, al infierno o vagar como alma en pena si las cosas no les han ido bien. Hay otros que nunca están conformes, nunca lo aceptan, que siguen apareciéndose en sueños, que habitan el espacio y cierran puertas de golpe, que asombran a los niños y les quitan la color de la piel.

Esos merecerían que nadie rezara por ellos, que tirasen su cuerpo a los cerdos y dejaran que los devorasen como se hizo con aquellos soldados de los que nunca se volvió a saber. Los cerdos nos han protegido más de lo que lo hará nunca nadie, no solo nos quitaron el hambre, nos quitaron los fantasmas indeseables.

Donde los extraños solo ven un animal, nosotras vemos la antesala del infierno, comerse entonces su carne se convierte en una cuestión trascendente, y aquellos atacados por los cerdos son solo seres indefensos que a punto estuvieron de cruzar al otro lado. Algunos cerdos son más inteligentes y también más ruines que las

personas, atacan a los débiles, a los niños, a los tontos…, van a los dedos, las orejas, y marcan a bocados a aquellos que alcanzan. Nos los dejan a nuestro alrededor para recordarnos que son ellos los últimos en decidir quién parte al inframundo y que nadie se libra de pagar con carne y sangre, que no se puede uno morir sin más.

No hay un perro guardando la entrada a la isla de los muertos, hay una cerda de pelo oscuro, con los dientes como navajas y los ojos redondos y negros como piedras de río. En el interior de su panza vive un fuego que alimenta su propia ira y no la deja dormir, por eso fue elegida guardiana. Es implacable como todos los insomnes.

El infierno, a diferencia del cielo, no pide imposibles como la bondad eterna. Basta un pago justo. Aquellos que fueron mordidos tienen el pase más fácil porque su carne ya adelantó parte del tributo.

Los miedos han de mantenerse siempre lo más cerca posible, si no podríamos olvidarnos de que existen y volvernos débiles. Eso son los cerdos, el aviso de que el más allá está entre nosotros y de que un día tendremos que pagar el tributo. La guardiana de Hades puede vivir en una cuadra de cualquier casa miserable. Saber que el mundo y el inframundo son la misma cosa, ocupan el mismo espacio y respiran el mismo aire hace resistente a cualquiera.

Quien entienda esto nunca volverá a vivir igual un día de matanza.

La imagen del cuchillo que se hunde en el vientre, la sangre caliente salpicando las manos de quien sostiene la palangana, los gritos del animal, el último espasmo de las patas traseras, las vísceras iguales a las nuestras, los intestinos desdoblándose de un salto, el sacrificio por el hambre de todos nosotros, la alegría, el trabajo, la fiesta.

Tomad y comed todos de él, este es su cuerpo.

El resto de los cerdos de la casa y los de las casas de alrededor rezan por los caídos, saben que es cuestión de tiempo que les toque a ellos. Un cerdo nunca llega a viejo, como Nuestro Señor.

Si alguien pudiese interpretar los gritos del sacrificado antes de morir, sabría que dice a los suyos: vengad mi muerte, porque no saben lo que han hecho.

Capítulo 26

Qué guapo va, no parece él.

¿Sabéis algo de las de Elviña?

Sabemos, sabemos que son unas zorras. Dios me perdone.

Una no sabe qué es mejor, si que las vecinas digan que Lorenzo está guapo o que hablen de cualquier otra cosa a pesar de tener un cadáver en casa. También se puede rezar, pero a partir de cierto punto el murmullo es solo ruido sordo, hace falta algo más para tener la sensación de que el tiempo pasa. De que no estamos paralizadas en frases y movimientos que se repiten, hasta los niños parece que quieren volver a pegarse cada tanto. La angustia es este remolino de pequeñas acciones que nos atrapa y no nos deja salir.

Lorenza sirve a las vecinas que llegan vasitos de aguardiente que se beben de un trago, luego se sientan a rezar con el resto, el mismo vasito lleno una y otra vez como para dar impulso a lo que viene. Las mismas mujeres bebiendo de un trago hasta el fondo, el alcohol que baja por las gargantas y da calor en los estómagos, un fuego que alumbra la oración desde el vientre mismo. El único lugar posible del que puede salir el fervor, el epicentro de los intestinos, el fondo del estómago. Por eso se toma de un trago el aguardiente, para que cueza por dentro, quien bebe a sorbitos no entiende, no tiene entraña que arda y se conforma con los buches de un pajarito, que está acostumbrado a vivir en una jaula. Como los periquitos y como las señoras de bien, que nunca se atreverán a beber de un trago.

Todo está en los gestos cotidianos, que no son inocentes, las grandes ceremonias no dicen nada. Por eso cuando el cura enseña la hostia sobre el altar nadie siente la presencia de Dios, pero cuando el aguardiente se toma de un trago las entrañas arden. Las entrañas arden porque hay una herida abierta dentro de todas nosotras, el descontento hecho carne viva.

Capítulo 27

La palabra de Dios requiere anclarse al suelo para que el mensaje llegue hasta el último rincón de la nave, rebote en las piedras y no deje ni un oído presente sin tocar. La aldea de Elviña está vacía, salvo los enfermos, los lisiados y las locas. Don Eliseo acomoda su pierna más corta antes de empezar a hablar. La misa del domingo es la más importante y la voz no sale del cuerpo igual si uno no está estabilizado.

El Señor quiso poner a prueba la fe de Abraham y le dijo: sacrifica por mí a tu hijo. Y ¿sabéis qué hizo Abraham? Le dijo: sí, Señor. Y subió al monte con su hijo y buscó la leña para hacer la hoguera y ató a su hijo y lo puso sobre las ramas. Y cuando estaba a punto de sacrificarlo, ahí, ahí mismo, con el cuchillo en alto, Dios lo llamó y le dijo: ¡para! No mates al muchacho.

Las paredes de la iglesia parecen estrecharse cuando este hombre pequeño levanta la voz sobre las cabezas de los presentes.

Hay que demostrar la fe, hijos míos, no basta hablar. La fe se demuestra obedeciendo y no dudando. La fe, el temor de Dios y todo lo que vale la pena se demuestra obedeciendo.

Obediencia es una palabra que empieza resonando como una bóveda y termina cortando la lengua con la punta de los dientes, ligera y letal como el ataque de una serpiente.

En la parroquia de Elviña no hay machos cabríos que aparezcan por casualidad con los cuernos enganchados en un arbusto y, si apareciesen, a nadie se le ocurriría sacrificarlos porque en esta aldea hay más niños que ganado. El ganado vale más, es más resistente,

muchos niños mueren antes de aprender a andar. Un mal invierno mueren a docenas.

Un rebaño de niños se amontona detrás de los últimos bancos y se remueve inquieto. Temen que antes de que termine la ceremonia uno de ellos acabe descuartizado en el altar. Es inevitable preguntarse si habrá la misma cantidad de niños esperando a comulgar cuando acabe el invierno.

Capítulo 28

Ite, missa est.

El latín sale por la boca de don Eliseo con aliento a vino de la comunión, un suspiro de sangre de Cristo que bendice y atemoriza a los presentes.

La congregación responde *Deo gratias* y los niños respiran aliviados, se han salvado del sacrificio divino. Salen corriendo de la iglesia y los siguen los hombres, que van a fumar un cigarro en el atrio. Las mujeres se quedan atrás rezando una última oración.

Cruz, maestra cigarrera, con su hija mayor, la Cruzhija, se levanta sin decir nada, mira a unas cuantas de las mujeres, les hace un gesto con la cabeza y sale por la puerta lateral. Las que han sido llamadas son todas cigarreras, todas de la cuadrilla de Cruz, y todas entraron en la fábrica de tabacos porque ella habló primero por ellas y luego don Eliseo les escribió una carta de buena conducta. Acuden al gesto más rápido que Abraham a la llamada del Altísimo.

Mañana por la mañana, en la fábrica, las de Coruña se van a revoltar por lo de las máquinas, me mandaron recado de que estaban avisándose unas a otras en las casas, a la salida de misa y en la taberna de Evangelina. Dicen que a la que se les ponga por delante la arrastran de los pelos y la tiran al mar.

Nadie sabe cómo hace Cruz para enterarse pero se entera de todo, ni don Eliseo, que es el confesor, tiene tanto conocimiento sobre lo que ocurre dentro y fuera de la parroquia. Lo que a Cruz se le escapa se lo recuerda la Cruzhija, que es como una extensión de ella, un demonio que oye hasta lo que no se dice.

Pero, si prenden fuego a todo, no van a trabajar ni las máquinas ni nosotras.

Ya lo sé, mujer, ya lo sé, pero es así. No están contentas con nada, si tuvieran que andar sachando, trabajando la tierra, no se quejaban. Se creen muy listas y van a conseguir que nos lleven presas a todas. Yo, ya os lo aviso, no quiero que ninguna de vosotras se junte con ellas, no vamos a pararlas pero dejadlas que se pongan ellas delante. ¿No son tan valientes?

Bien que se burlan de nosotras y nos llaman malasmadres, pues que arreen ellas.

Yo os lo digo para que vayáis preparadas.

Digan lo que digan, vosotras no os movéis.

La cabeza de vaca esculpida en lo alto del arco que las contempla asiente, nadie sabe mejor que ella el alivio que se siente si un día te quitan el yugo del cuello. Justo antes de que se dispersen, don Eliseo aparece de ninguna parte y se acerca amenazante como quien sabe que trae el juicio divino entre los dientes.

Que ninguna de vosotras se atreva a dejarme por mentiroso. Por la buena actitud de todas puse yo mi palabra y firmé el certificado de buena conducta, que ni se os ocurra manchar mi nombre mordiendo la mano que da de comer a vuestros hijos. Como yo me entere de que me dejáis mal, vais a escuchar vuestro nombre y el de toda vuestra familia en el sermón del próximo domingo. Avisadas estáis.

Las palabras de don Eliseo salen veloces mezcladas con saliva espesa, su eco rebota en las piedras del suelo y dentro de las cráneos de las mujeres como si hablase desde la cima del monte Moriá.

Capítulo 29

Ramona y Dosinda van calle a calle pasando el recado de unas a otras, diciéndoselo a todos los niños que se encuentran y que saben que son hijos de cigarreras para que se lo cuenten a sus madres. Ramona se agacha, coge a los más pequeños por la mandíbula con una sola mano y los obliga a mirarla.

Le dices que mañana a las once, ¿oíste? Que te lo dijo Ramona.

Sí.

¿Qué le vas a decir? A ver, repítemelo a mí.

Que a las once.

Ramona aprieta la mano en la mandíbula del niño y lo sacude para que fije la vista en ella, el niño da un traspiés pero ella le levanta aún más la cabeza, en el borde de su nariz diminuta asoman dos mocos amarillos.

A las once, ¿qué?

A las once…, no sé.

No te revuelvas, que hasta que no lo digas bien no te suelto.

El niño tiene un labio partido de una pedrada aún con la cicatriz fresca y dos dientes rotos, la mano de Ramona le aprieta un poco más y le hace sentir las encías a punto de reventar. Busca dentro de su cabeza de pocos años la respuesta para que esa mujer lo suelte de una vez.

Pareces tonto, tienes que decirle que mañana a las once, que te lo dijo Ramona y ya está. A ver, repítelo.

La uña renegrida del pulgar de Ramona se hunde en la carne tierna.

Mañana a las once, lo dijo Ramona y ya está.

Eso. Muy bien. Que no me entere yo que le dices otra cosa.

La presión en la mandíbula se afloja por fin, el niño resopla hinchando las mejillas que estuvieron presas, se limpia la nariz con la manga y escapa como un pájaro.

Antes de que Ramona tenga tiempo de decirle a Dosinda que ya es buena desgracia que te salgan los niños tan poco espabilados, aparece Lorenza, la hija de Cordelia, que vuelve a casa con un ramo enorme de laurel para poner en la cabecera del padre difunto y les cuenta que desde hoy su madre es viuda y ella, huérfana. Ellas, que ya lo sabían por la señora Remedios, que se lo dijo cuando iba a casa de Cordelia para lavar al muerto, se santiguan y acuerdan pasar por allí más tarde, que habrá más gente.

Parece que foi Dios. El viernes el inspector de labores le rompe a Cordelia todos los cigarros y la noche del sábado al domingo el marido amanece cadáver. Parece que foi Dios.

Dosinda reza por dentro una oración por el alma del difunto Lorenzo, la viuda y los pequeños. A ver cómo explicaríamos estas cosas si no fuese por la intervención divina.

Capítulo 30

El viernes por la tarde, el inspector de labores se acercó a la mesa en la que Cordelia hacía los cigarros, cogió con dos dedos uno de sus mazos, apretado y perfecto, y dijo que no valía porque las capas no estaban suficientemente lisas, ni las juntas suficientemente ocultas. Lo dijo levantando la voz para que lo oyese todo el taller de cigarros. Las manos de todas se quedaron paradas y al fondo se oyó un «cabrón» que podría haber salido de cualquier garganta.

El inspector, que en ese momento se sacudía las manos después de romper todos los cigarros, no se volvió, no preguntó quién había sido, no dijo a las maestras que tenían que mantener a raya a sus cigarreras, no pidió silencio. Cogió el segundo mazo de Cordelia, dijo que ese tampoco valía y empezó a partirlo, luego rompió el tercero y el cuarto y el quinto…, el jornal en pedazos, nada que llevarse a casa después de un día entero de trabajo. Cordelia lo miró todo el tiempo sin soltar ni una lágrima.

Capítulo 31

No puedes ser tan rabuda y dejar que el genio te lleve así de la punta de los cabellos, un día vas a tener un disgusto.

Dosinda coge a Ramona del brazo y la lleva casi a rastras. Le repite que no puede enfadarse si alguien le pone en duda que mañana sea un buen día para montar una rebelión.

Un día vas a dar con alguien con el mismo genio pero con más fuerza que tú y entonces a ver qué haces.

Ramona la oye pero no la escucha, su amiga es de ese tipo de gente que solo dice lo que es bueno, que está dispuesta a ser buena pase lo que pase. Dosinda es débil, ser siempre buena no puede ser lo mismo que ser dócil. No es decir siempre que sí a todo. No es aceptar como una fatalidad que nunca vas a poder controlar nada. Pero hay criaturas así, suelen confundir el lado de la obediencia con el lado del bien, así son las personas e incluso muchos animales.

Ramona la quiere bien pero como se quiere a aquello que no se respeta del todo. Aunque ella respeta muy pocas cosas, eso también es verdad. Se crio como un animalito con esa madre a la que solo le importaba robar lo que podía y zorrear lo que la dejaban, así no se puede enderezar a una criatura. Aun bastante bien salió.

Dosinda tiene muchísimo miedo de qué pasará mañana, aunque por nada le diría a Ramona que se quedase en casa. La acompaña a avisar a las demás porque no quiere que se meta en más follones y porque cuantas más trabajadoras quieran unirse más fácil será encarar lo que venga. Ramona sería capaz de enfrentarse con un ejército y, lo que es peor, la arrastraría a ella a hacerlo también porque no podría dejarla sola.

Dosinda es grande y medrosa como una vaca. Es verdad que también hay vacas valientes y furiosas, pero son las menos. A esas les atan el cuerno a la pata y las obligan a tener ese andar ridículo de bestia esclavizada. Cargan con la maldad de las leyendas que les adjudican el mal agüero de hundir barcos y traer ruina. Nada se puede hacer contra eso. Cualquier cosa antes de tener en contra a lo sobrenatural. Cualquier cosa antes que traer la desgracia. Mejor vivir mansa fingiendo que nada a tu alrededor puede alterar tu ánimo, aunque en realidad la sangre fría de las vacas sea justamente aquello que las hace temibles. Hay que tener una templanza extraordinaria para mantenerse quieta y tranquila ante ciertas cosas. Nadie sabe tanto de nuestra oscuridad como ellas.

Capítulo 32

Los miedos son acumulables, se colocan unos encima de otros y juegan en una balanza a tomar nuestras decisiones. Por eso, el tener que enfrentarse a una turba entera en la fábrica de tabacos nunca será comparable a enfrentarse sola a Ramona. Antes el fuego y la ira que Ramona enfadada. Antes arder en el infierno que Ramona enfadada. Antes la vergüenza del mundo que Ramona enfadada. Antes pedir perdón por la blasfemia que Ramona enfadada. Antes revolcarse por el suelo y arrancarse los pelos de la cabeza con cualquiera que Ramona enfadada, antes que nos parta una chispa que Ramona enfadada.

Dosinda es buena porque cree que puede hacer de Ramona una muchacha de bien, pero hace tiempo que comprobó que no era cuestión de quererla apenas y aconsejarle ser buena y hacer que la acompañe a misa. Dosinda siempre pensó que Ramona se comportaba así porque la madre era una chambona.

Ramona tiene en ella los modos de una arrabalera y la pillería de quien se crio regateando por piezas viejas de ropa, muebles usados y cacharros de dudosa procedencia. Bailando desde pequeña los puntos de la muiñeira subida a una mesa en la taberna para que le tirasen cuartos y le diesen luego a beber el fondo de los vasos. Una se cría así y no hay forma humana de quitar las maneras, es como los que pasan hambre, nunca en su vida son capaces de volver a comer como las personas. La voracidad es una maldición para aquel que la padezca porque nunca le dejará ser feliz del todo. Nada los convencerá de que aquella no es su última comida, por eso decimos

que el cuerpo recuerda más que la cabeza, da igual lo que la cabeza le diga a un cuerpo que pasó hambre.

Capítulo 33

Es que si a la mamá le dicen que sacrifique a una hija, a mí no me mata, que yo le doy el sueldo y le arreglo las patatas, pero ¿qué haces tú? Sale más a cuenta sacrificarte a ti.

La Cruzhija busca cada día con qué martirizar a su hermana pequeña. María tiene solo siete años, trabaja pero aún no tiene fuerza como para ser algo. Así que se queda convencida de que si alguien tiene que ser sacrificada en su casa es ella porque no gana un sueldo. Da igual que limpie, que traiga agua, que dé de comer a las gallinas y los cerdos o que haga todos los recados que se le manden. Así de fácil entra en el cuerpo el sentimiento de culpa. De no valer nada. De estorbo.

Arruinar la idea de un hijo ante sí mismo es tan sencillo como decirle que no vale nada, que su vida se podría usar para pagar una deuda con Dios. A María ya le dijeron otras veces cosas parecidas. Su hermana tiene un placer sádico en hacerla dudar, en no dejarla nunca descansar. Muchas veces le dice que ella no es hija de su madre, que en realidad se la compraron a unos moinantes que pasaron por la aldea camino de Coruña. Como fue pequeña y barata, darla para el sacrificio sería lo lógico, porque no costó nada, acogerla fue un acto de caridad.

María pregunta a la madre, y ella se sube la camisa y le enseña el vientre arrugado, con marcas de haber sido habitado varias veces.

No le hagas caso, solo tiene celos, estuviste aquí dentro y te parí de rodillas al lado de ese fuego que nos alumbra. Me asistió la señora Dolores, mucho trabajo nos diste.

María vuelve a su hermana y le cuenta la historia. La hermana le dice que no es verdad.

La madre tuvo otra hija, eso es cierto, pero murió a los tres días de nacida. Y cuando la madre aún tenía leche en los pechos aparecieron los moinantes con otra criatura, que estaba medio enferma. La madre moinanta no tenía sustento para ella, habían escuchado que en su casa había una mujer que tenía leche en los pechos y fueron a buscarla.

Te traían metida en un cesto, como quien lleva un lechón al mercado para venderlo. Eras pequeña y roja, eras tan fea…, tu verdadera madre tenía una nariz como una gallina y ojos de loca.

Todas esas palabras van clavándose una tras otra en la parte interna de la piel de la niña, no pueden verse pero ella misma, por dentro, las puede evocar a cada momento como un ciego que palpa y consigue leer las letras de los epitafios. Tan honda dejan la huella. Cuando María empieza a llorar es cuando la hermana por fin se ríe y la llama mexericas y tonta, porque todo la hace llorar. La pequeña nunca le va a preguntar a la señora Dolores, la partera de Elviña, si asistió a la madre en su nacimiento por miedo a que le diga que lo que dice la hermana es verdad.

Por eso no te pareces a ninguna de nosotras, porque no eres de nosotras, María Moinanta. Y así, da igual lo que a la niña le digan sus propios ojos. Todo a su alrededor confirma la historia de los moinantes y su cerebro infantil queda a merced de una historia alimentada por los celos.

La Cruzhija no se pregunta por qué su cara es clavada a la de su madre, a la de su abuelo, a la de sus tías, y mejor que no se lo pregunte, su madre no va a contárselo nunca. Los secretos de las familias son animales subterráneos y venenosos que solo salen a la superficie para alimentar las pesadillas.

Capítulo 34

La Cruzhija creció sabiendo que era hija de soltera en una aldea diminuta, por eso su nombre es una extensión de la madre y de su condición bastarda. Necesita apagar su sed de rabia al menos martirizando a su hermana pequeña y haciéndola cargar con parte de su rencor por el simple hecho de haber nacido. No hay familia del todo buena pero hay algunas que son un infierno en la tierra.

Capítulo 35

María va todos los días a llevar el almuerzo a la fábrica para la madre y la hermana. Hay mujeres que lo compran allí, otras que lo llevan desde casa y lo mandan calentar a una de las mujeres que se colocan en la plaza, entre la fábrica de salazón y la de tabacos. Pero Cruz y la hija no hacen eso, sale más a cuenta mandar a María, que aún no vale para otra cosa, y de esa manera no tienen que madrugar tanto.

A Cruz y a la hija las llaman las Cruces porque son iguales. Igual de nombre, igual de cara, igual de carácter. Eso deja a la hija mayor sin nada para ella misma y a la pequeña, completamente excluida.

Las aldeanas tienen mala fama. Son aduladoras de los jefes, siempre besan el puño que les paga, nunca dicen lo que piensan, son miserables…, todas las aldeanas son unas pailanas.

De la Cruzmadre se dice en la fábrica que les robó una niña a unos moinantes que, al parecer, llegaron a la aldea con una criatura llena de hambre. Como la moinanta no tenía leche en los pechos andaba llamando por las casas con su marido pidiendo caridad y sustento para la criatura. Cruz tenía los pechos llenos porque acababa de perder a su propio hijo, que apenas consiguió respirar poco más de una semana. Cuando le colocaron a la criatura en el pezón se enganchó a ella y le dijo a la moinanta que se la dejase unos días mientras ella la alimentaba.

Dicen que la verdadera madre de la criatura volvió unos días más tarde y que Cruz la mató y se la dio de comer a los cerdos para no darle la niña de vuelta. De Cruz una se puede creer cualquier cosa, que se la dio a los cerdos o que se la comió ella misma. Una persona

así podría devorarnos a cualquiera de nosotras si nos cruzamos en su camino.

Esto es solo lo que se dice, pero la gente también habla mucho, habla mucho porque la Cruzhija lo contó solo por martirizar a la hermana. A lo mejor no pasó nada y María es tan hija de Cruz como la primera, solo que la mayor no soportaba ver a su madre cargando con la criatura colgada del pecho. Los celos hacen a las personas olvidarse de qué es lo correcto.

El sacrificio de Isaac debió de ser algo así como preparar la matanza del cerdo pero perdonándolo en el último minuto. Si Isaac hubiese tenido hermanos, seguramente le habrían hecho creer que se salvó del sacrificio no por amor, ni por demostrar la fe, sino porque Dios se dio cuenta de que una carne como la de él no valía para nada. Al carnero, por supuesto, nadie le preguntó lo que opinaba. Ni de qué manera milagrosa se consigue aparecer cogido por los cuernos a un arbusto para morir cinco minutos después.

No hay que fiarse nunca de los hermanos, nos conocen demasiado como para dejar pasar la ocasión de hacernos daño en el centro mismo de la herida. Como esas camadas de cachorros que se pisotean entre ellos con tal de llegar a mamar los primeros.

Tener hermanos es prepararse para la guerra.

Capítulo 36

¿Cómo una persona puede enfurecerse con una máquina y querer destruirla? Pues quiere. ¿Por qué? ¿Qué le ha hecho una máquina si no tiene entendimiento ni nervios en los dedos? Eso mismo, matarlo todo. Se apodera del trabajo hasta borrarlas a ellas y las convierte en fantasmas. Ahora la cigarrera perfecta es una máquina, la que puede trabajar todas las horas del día sin parar. No sirve de nada llevar respirando este aire durante veinte años de la vida de una, ahora viene una máquina que pica el tabaco ella sola y hay que admirarse, dar gracias y pensar que qué se le va a hacer.

Y nosotras, que llevamos dentro de esta fábrica desde que echamos los dientes, tenemos que ver la cara de estúpida admiración de los jefes mirando cómo las máquinas trabajan solas, como si ellas fuesen capaces de sacar adelante todo lo que sacamos nosotras.

Vale más que diez de vosotras juntas pero trabaja veinte veces más, dijo el hijo de mala madre. Que encima prende al hablar y no se le entiende. Ese si naciera en mi familia había de ser el hijo más tonto de todos, pero tuvo que nacer rico y ahora es jefe de todas nosotras. Nunca se vio en otra tal.

Don Serafín, nombre de ángel con cuerpo de buey y entendimiento de un burro, tiene a veces pesadillas y sueña que las cigarreras lo agarran un día de la pechera y lo muelen a palos, nunca lo ha contado a nadie pero se despierta bañado en sudor y un día hasta se orinó en la cama. Por supuesto, la doncella que ha servido durante toda la vida a su familia, desde antes de la muerte de su difunto abuelo, se rio para sí pero nunca dijo nada a nadie.

Porque una sabe que si algún día llegase a los oídos equivocados se acabó el trabajo; de todas maneras, a las señoras les gustan conocer esos pequeños chismes y por eso guarda todos los detalles en su cabeza, por si un día vienen mal dadas y tiene que cambiar de casa y marcharse a trabajar a otro sitio.

En ese momento se acabaría la fidelidad, hay quien dirá que eso es traición, pero la traición de verdad es no ver que quienes están a tu lado y limpian tus sábanas también son personas.

La doncella se crio entre bosta de vaca en Vimianzo pero desde que la trajeron a servir a Coruña parece que en su vida solo pisó alfombras. A su madre la llamaban A Merdeira, pero eso no se lo recuerdes. Si fuera por ella gritaría todo el tiempo a las criadas y hasta les pegaría. Que parece que si no las obligas a fregar de rodillas y encerar el suelo tabla a tabla con un pañito no entran en razón.

Ella sabe bien cómo son las rapazas de campo, se crio entre ellas. La mayoría no valen para servir porque, para empezar, no valen para callarse, son doentes.

Quien sirve bien no responde nunca. La que no vale para callar se va a la fábrica y así acaban, pegándose entre ellas, que parece que se criaron en el monte. Todo lo que les pase es poco.

Si no eres callada eres una lercha, una lurpia, una arrabalera…, como las cigarreras, que no conocen la vergüenza y son capaces de gritar y liarse de los pelos por cualquier cosa en medio de la calle.

La doncella se llama Adoración y el día que le pusieron el uniforme con la cofia sentía que era por fin una santa, que ahora sí su nombre tenía sentido. Hay quien nació para servir y es feliz haciéndolo, benditos sean esos porque bastante tienen con no entender nada, traicionar a los suyos y odiar la mierda de la que salieron. Que Dios los perdone porque no merecen piedad.

Capítulo 37

Sírvele a don Eliseo una poca caña para acompañar el café.

La Cruzhija se levanta como una chispa y sirve al cura, que aparece de improviso y pone a toda la casa en danza. Como cojea parece que llega cansado a todo.

El cura le dice a Cruz que se siente y él se queda de pie. Tiene así la satisfacción de hablarle desde arriba. Para quien acostumbra a estar en un púlpito, la mirada desde la misma altura es perturbadora como una amenaza.

¿Qué pasa mañana?

Ay, yo qué sé, pasará lo que pase.

¿Andas tú metida en algo?

Yo no, señor. Dios me libre.

Que te libre Dios, sí, ya te digo. Porque como Dios no te libre de meterte en una de esas no te voy a librar yo del castigo. Ya puedes apostar. Y no quiero que ninguna de las rapazas que van contigo salga herida ni en entredicho en medio de todo esto.

Al final no va a pasar nada, ya verá. Esto son solo cuatro locas que quieren cobrar más por el trabajo, pero nosotras no nos metemos en nada. Al final mucho decir y luego… boh.

La Cruzhija, que se quedó de pie con la botella de caña en la mano, sigue sirviendo a don Eliseo a medida que él habla y da sorbitos al vaso.

Es verdad, padre, nosotras no nos metemos en nadita.

El cura la mira con la cara de quien no espera que nadie diga palabras sin que él dé la orden.

Mucho cuidado mañana, voy a estar atento a lo que pase porque mi nombre está en vuestros certificados de conducta. Más os vale no avergonzarme, no dejarme de mentiroso y no dejar esta parroquia como un lugar donde las mujeres se comportan como unas perdidas. Donde no hay orden ni Dios. Más os vale.

Capítulo 38

Dosinda solo tuvo dos hijos varones que se fueron al mar en cuanto un barco quiso llevarlos. Ramona no es su hija ni su hermana, pero ella la siente como si lo fuera. Una tiene los hijos que Dios le deja tener y luego adopta como suya a una rapaza hija de una chambona.

El primer día que Ramona llegó a la fábrica, la maestra la sentó a su lado porque sabía que Dosinda era tranquila y paciente. La enseñó a hacer cigarros, a elegir las hojas, a enrollarlas con la presión justa…, le explicó todo con la paciencia de una vaca mansa. Ramona aprendió a hacerlo todo y, aunque tenga un genio como el de su madre, cuida a Dosinda como se cuida a los desvalidos, a los perros cojos y a los lisiados.

La gente solo respeta lo que se ve y por eso pensará que únicamente una herida que sangra es grave, pero no, la tristeza puede atravesarte como lo haría la hoja de un cuchillo y no dejarte ni respirar ni vivir. Dosinda es buena porque siempre lo ha sido, nunca aprendió otra cosa. Hay gente así, que no importa cuánta podredumbre la rodee solo consigue mirar el único rayo de luz, el dolor de saber que la claridad existe la atraviesa y no la deja dormir.

Dosinda tuvo dos hijos y los dos se llamaron Manuel, tuvo también dos maridos y los dos se llamaron Manuel. El segundo quería un hijo que se llamase como él, no le valía el hijo de otro para dejar testimonio de sí sobre el suelo. Así que ella tuvo otro Manuel para que el segundo Manuel sintiese que quedaba un Manuel con su sangre en este mundo. Los hijos crecieron juntos con poca diferencia porque el primer marido murió de tisis muy rápido, apenas

vio al primer Manuel gatear. El segundo marido murió hace como tres años, cuando la epidemia de cólera, y no pudieron velarlo. Lo sacaron de la ciudad cuando prohibieron hacer sonar las campanas para que no fuese aquello un sonar constante, tantos eran los muertos.

Ni disfrutar de un buen velatorio pudo, la pobre. Un velatorio como debe ser, con su partida nocturna, sus rezos de las vecinas y su olor a vela consumida, con sus murmullos y sus pedazos de pan con queso de madrugada. Un ritual que la nombrase viuda delante del cadáver bien vestido de su esposo. Al primero lo llevó el mar y al segundo, el cólera, y ella, dos veces viuda sin pasar por el rito. La vida es esquiva con sus criaturas y luego deja huecos en las memorias. Por eso Dosinda mira con envidia a las viudas en los velatorios, tienen todo lo que ella quiso tener.

Los hombres, seguramente porque para ellos reproducirse no tiene apenas consecuencias, lo piden todo y siempre hay que darles, si no podrían tomarlo por la fuerza. Dosinda es un alma pura que no ve mal en nada, pero lo cierto es que su segundo marido trabajaba y traía el jornal a casa, no se entretenía donde no debía y aceptó como suyo al primer Manuel. Cuando quedó viuda por segunda vez se sintió culpable por no velar al hombre que, aparte de querer un Manuel propio, nada malo había hecho al mundo.

Capítulo 39

El alcohol no solo cura las heridas, emborracharse hace que una deje de pensar en lo que la atormenta. En una o más criaturas muertas, en un hombre que se fue y nunca mandó una carta, en un mal hombre que ojalá se fuese, en un hijo que vaga por la mar embravecida, en una especie de corriente de agua que la arrastra a una a no conseguir ver más allá del día siguiente y a temer que su vida no sea más que esto cada día, todos los días, hasta caer reventada y dejarse morir.

Ramona y Dosinda llegan a casa de Estigie para avisarla pero ella no está. En ese momento sus labios susurran un padrenuestro por el alma del difunto Lorenzo que resuena en su cabeza llena de voces como el coro de la catedral en el día del Apóstol.

Capítulo 40

Estigie nació con el don. Lee las cartas y es capaz de atravesar el alma de las personas. Los dientes que le faltan los perdió un día que se emborrachó y dio con la boca contra una piedra que no hizo nada más que estar pegada al suelo. Antes bebía mucho y se sacaba el jornal leyendo las cartas en la taberna de Evangelina, les leía a los marineros que llegaban y querían saber cómo estaban sus familias o cómo les iba a ir en la travesía de vuelta, a las mujeres cuyos maridos se fueron a buscar fortuna. Era el alcohol el que la ayudaba a escuchar con claridad las voces de su cabeza. Desde que entró a trabajar en la fábrica, ya va para cinco años, se acabó el beber tanto, solo lo justo para que no le tiemblen las manos. Las voces siguen viniendo y le dicen cosas, los dones no se pierden porque una los ignore, pero tampoco se puede estar todo el día mirando al interior de una misma y bebiendo bagazo.

Unos meses antes de dejar de beber tuvo una criatura de la que nadie supo nunca quién era el padre, la llevaba enganchada al pecho como llevan las gatas a sus crías y seguía leyendo las cartas en la taberna con ella en el colo. La criatura, las pocas veces que se le veía la cabeza entre los pliegues de la camisa de la madre, parecía dormida con los ojos abiertos y nunca lloraba. Los seres humanos podemos cargar la pena desde el momento en que respiramos aire por primera vez, y aquel cachorro llevaba dentro el dolor viscoso de la madre como una piedra caliente. Durante todo el tiempo que estuvo viva se alimentó de un cuerpo que solo bebía aguardiente o anís.

No sabe qué le dio esa noche, fue como salir de sí misma. La niebla cubría la orilla de la playa como una manta cuando las voces empezaron a llamarla. Quien no esté acostumbrada pensará que esto es la fantasía de una loca, lo fácil es llamar loco a quien no se entiende. O endemoniado. Las voces le hablaban desde los granos de arena de la playa y desde el fondo de la raíz de los corales. Los susurros se colaban debajo de la espuma de las olas como lenguas de fuego y le abrasaban los pies a pesar del frío. El mar del Orzán ardía y la llamaba. La marea estaba baja y el olor a algas podridas le llegaba hasta el centro mismo de los ojos.

Al día siguiente puede que se le olvidase lo que había hecho pero en ese momento Estigie se mantenía perfectamente tranquila, en el estado de calma de quien está conservada en alcohol, el ruido alrededor sonaba amortiguado y las voces resonaban en la bóveda de su cráneo como un canto del Ave María que acaricia las piedras de un atrio en silencio absoluto.

En el último instante, cuando ya estaba a punto de dejarse ir al fondo y las voces empezaban a apagarse, un golpe le sacó la cabeza del agua y la devolvió a la orilla boqueando. Empapada, en medio de la niebla y de la oscuridad, fue saliendo del agua arrastrando kilos de arena con su ropa mojada. Cuando por fin pudo ponerse de pie se dio cuenta de que le faltaba la criatura, intentó correr hacia el agua otra vez pero los pies se le enredaron, se cayó y se dio en la boca contra una piedra enorme de la orilla. En sus oídos, las voces se reían de ella tan alto que el mar se quedó en silencio, ese día podría haber elegido irse al fondo con su cría, pero eligió dejar de beber.

Capítulo 41

La espalda de la niña Lorenza es una línea torpe como una colina cortada que se abulta en el lado derecho, una corcova que dibuja un perfil deforme. Da la sensación de que en lugar de nacer fue arrancada, que algo dejó atrás en el vientre de su madre y por eso no conseguirá nunca erguirse del todo. Los niños la llaman monstrua y vacaloura, le pasan hojas de laurel por la espalda abultada y a veces intentan cortarle mechones de pelo para hacer conjuros que ahuyenten el mal. La forma de su cuerpo doblado proyecta en la pared la sombra perfecta de una penitente.

¿Ves las uñas cómo se le quedaron blancas?

Estigie señala con el dedo torcido las manos del difunto, de su puño cuelga el rosario recién terminado y listo para comenzar de nuevo. Es preciso dar un pequeño descanso entre oración y oración a las ánimas, a las estampas y a quienes rezan. Un velatorio es un esfuerzo sostenido durante horas, es preciso tomar aliento y hablar de otra cosa. La mujer sigue agitando en el aire la mano con el rosario, y Lorenza, en lugar de mirar las uñas del difunto, mira a Jesucristo al borde del rosario, balanceándose en la mano de la mujer como si colgase de un abismo.

La vida nos abandona por las manos, nena, por eso las uñas están blancas. La gente piensa que se nos va por la boca pero no es verdad, la vida se va entre los dedos, y las uñas son el último pedazo de nosotros que toca nuestra ánima. Es importante que sepas estas cosas, ya tienes nueve años.

Surge del fondo la voz de otra vecina que toma el relevo y el hervidero de voces vuelve a comenzar, Estigie retoma en «…

líbranos, Señor Dios nuestro» y el rosario vuelve a descansar en su puño derecho.

Lorenza piensa entonces que a lo mejor por eso las manos se le quedaron tan atenazadas al padre, que la señora Remedios le dijo tres o cuatro veces que se diera y no había manera de que el pobre soltase los dedos. Seguramente era la última parte de alma que se le quedó prendida. No quería marchar. Ella se hubiera ofrecido antes que su padre para morir. Es una desgracia para una criatura nacer con este aspecto que solo causa burla o compasión. Lorenza tiene una pena negra en el pecho que le pide no vivir más días, mira al padre en la cama con envidia y se imagina a sí misma con los ojos cerrados, tumbada, las uñas blancas, recién arrancada la vida, los dedos suaves y tranquilos, entrelazados en paz. Si hubiera podido ver al ángel de la muerte cuando vino a la casa, le habría pedido que dejase al padre y que la llevase a ella.

El fantasma del padre, que sigue esperando que alguien se despiste y cruce a los pies de la cama para agarrarse a su espalda, la mira sentada haciendo que reza y se emociona pensando cuánto lo quería. Aun así, no se colgaría de ella, que ya bastante tiene con ser contrahecha, no quiere cargarla más con su propia presencia. Por suerte, los muertos no pueden leer nuestros pensamientos.

Capítulo 42

Despierta al papá, verás qué risa.

A Ángel, la criatura más pequeña de Cordelia, el que se ríe como un endemoniado, se le ilumina la cara. Estaba entretenido juntando las colillas que tiran los hombres al suelo y metiéndoselas en la boca, pero deja todo lo que está haciendo, se pone de pie y cruza la estancia esquivando piernas y manos adultas. Mira hacia atrás y encuentra la mirada del hermano, rodea a las vecinas que rezan el rosario al lado del difunto y se coloca en la cabecera del padre. Hace un rato que le quitaron el paño que le sujetaba la cabeza, la boca ya está cerrada del todo, la piel tensa y amarillenta lo desfigura lo justo para parar a la criatura en seco. La pared salpicada de estampas y ramas de laurel enmarca la escena como si fuese parte de un retablo. Cuando la mano torpe del niño está a punto de agarrar la nariz afilada del padre, la mano de Cordelia surge como una fuerza divina y furiosa que lo arranca directamente del suelo y lo saca del círculo que rodea al difunto. Del susto, Ángel llora a gritos como aún no lloró nadie de la familia.

No puede una descansar ni cuando vela a su marido muerto. No puede una descansar.

Los niños no deberían estar al lado del cadáver, dormir en la casa donde reposa un difunto es peligroso para ellos. A los espíritus de los muertos les gusta posarse en las criaturas y asombrarlas. El alma infantil es flexible y porosa como un cartílago, cualquier roce, cualquier mínima herida o incluso una corriente de aire puede ser fatal. Muchos mueren. O peor, no llegan a morir, se quedan flaquitos, la color se les vuelve medio verde y no sirven para nada

más que para respirar a medio aliento. Los asombrados son seres con el alma mordida y solo un conjuro fervoroso puede salvarlos. A veces ni eso, tan fuerte puede ser una sombra alimentándose de una criatura. Las crías pequeñas mueren con tanta facilidad que una ya no sabe qué hacer para que sobrevivan, ni si vale la pena tener tanto cuidado. Dios me perdone por decir esto.

Las dos criaturas pequeñas de Cordelia no tienen más entendimiento y desde hace un rato todo su empeño es acercarse al cadáver del padre para tocarlo con la punta de los dedos.

Afuera empieza a llover. Ya no queda café y Lorenza prepara una pota de cascarilla, el perfil de su espalda deforme se desdibuja a la luz del fuego y las velas. Cuando agarra la pota para apartarla del fuego, el paño que le cubría la mano se desliza y se quema la punta de los dedos, la piel queda pegada al hierro con un silbido cortante. Está tan bien adiestrada que ni así deja derramarse ni una gota de la cascarilla recién hecha, posa con delicadeza y luego mete la mano entera en el balde de agua que lavó al difunto. La carne viva sumergida en el agua que lavó al cadáver.

La herida ungida por la despedida de la carne mortal.

Capítulo 43

Rosario llega al velatorio con el rezo empezado hace rato, Lorenza ya lleva servidas dos potas enteras de café y acaba de preparar cascarilla, los niños se han pegado seis o siete veces. En la puerta, varios hombres que descargaban en el muelle con el difunto Lorenzo se hacen a un lado para dejarla pasar y luego se miran entre ellos. El más amargo de todos levanta las cejas y resopla con malicia, los demás enseñan las encías negras en una sonrisa. Basta eso. Las palabras muchas veces son un estorbo.

Los cigarros se consumen en las esquinas de las bocas que murmuran, las carcajadas de los hombres llegan hasta el centro mismo de la estancia y rompen la cadencia de las oraciones. De buena gana les arrancaba los ojos a los que se ríen fuera, Rosario bebe de un trago el aguardiente que le ofrece Lorenza y el fuego de la rabia enciende una llamarada en su estómago.

Capítulo 44

La madre le hace un gesto mínimo a Lorenza, la hija coge de la mano de Rosario el pocillo vacío de aguardiente y lo llena ahora con cascarilla recién hecha.

¿Sabes lo que me dijo el viernes cuando llegué después de que el inspector me rompiera todos los cigarros? Que como me echaran de la fábrica por incapaz me echaba él de casa.

Cordelia susurra al oído de Rosario y se tapa la boca con la mano, la rabia le hace tirar en cada sílaba perdigones de saliva.

Que me iba a echar él a mí de casa, ¿oíste?

Rosario la agarra del brazo, quien las ve desde fuera solo entiende un gesto de consuelo, pero por debajo de la piel de ambas mujeres corren palabras que no se dicen y pasan de una a la otra. Cordelia, presa de la cólera, no consigue callarse y tiembla hasta la punta de los cabellos.

Lo veo ahí tumbado, que parece dormido, y me dan ganas de empezar a patadas con él. Tenía que haberlo dejado con la boca abierta para que todo el mundo viese que estaba podrido por dentro.

Lorenza pone en la mano de Rosario el pocillo lleno hasta el borde, el temblor de Cordelia traspasa la piel de la mujer y hace vibrar la superficie del líquido como un mar embravecido.

Capítulo 45

Una puede desear la muerte en un momento de furia a un marido que no quiere entender lo que está pasando en la fábrica aunque se le explique mil veces.

Rompernos la labor del día y privarnos del salario es una forma de quebrarnos la voluntad y empujarnos a aceptar cualquier cosa. Quien no se pone de nuestra parte juega el juego de los que buscan aplastarnos. Ojalá se mueran todos.

Capítulo 46

Nadie sabe qué pasa en el mar. Hay un velo de silencio que cubre aquello que toca la superficie y que lo convierte en un enigma incluso para quien mira desde la orilla. Dicen que bajo el océano se esconden abismos más grandes que montañas y no sabemos qué monstruos habitan ese fondo. A lo mejor hay un lugar donde van los ahogados a encontrarse, una especie de gran cementerio de barcos hundidos, un fondo donde los esqueletos de todas las criaturas se funden con los corales.

Solo los peces pequeños son capaces de digerir las partículas de los huesos de los ahogados, estos son los que luego se cuelan entre los dientes de las ballenas, los tiburones y los arroaces. De esa manera, en cada pez, en cada bestia marina, hay memoria de una o más vidas que caminaron por la parte seca del mundo y que dejaron de respirar bajo el agua.

No sabemos cómo funciona aquello que está oculto a nuestros ojos, pero algo tiene que haber, porque, si no, el mar, que devuelve tantas veces aquello que no le pertenece, ¿por qué se queda con ciertas personas?, ¿por qué hay a quien los peces no se atreven a tocar?

Hay detrás de todo esto una lógica impalpable, solo tendríamos que recorrer los pasos de la historia una y otra vez, hasta ver más allá de lo que se ve, hasta intuir las voces que quedan acalladas por el ruido, solo entonces podríamos, tal vez, descifrar algo.

El océano sabe su lógica, nosotros solo observamos. Hay que aceptar lo que viene sin cuestionar demasiado. Por mucho que tratemos de entender el viento y las olas, por mucho que los

marinos sean capaces de escrutar el horizonte y adivinar por la forma de las nubes, hay un misterio enorme que habita justo debajo del casco de un barco, en la orilla de una playa, en la rompiente de un acantilado. Y no hay quien haya conseguido desvelarlo aún. Las criaturas marinas no quieren saber de nosotros y les da igual lo que pensemos. A ellas no les llegan ni nuestra razón ni nuestros gritos. El agua es una manta que amortigua el sonido, por eso querer navegar no es más que un rasgo de arrogancia de esta humanidad que siempre pensó que podría dominarlo todo. Por eso también el océano, de vez en cuando, nos manda una desgracia como un aviso para recordarnos que no es el hombre quien domina la mar, es que a veces la mar tiene cosas más importantes de que ocuparse y solo nos deja pasar.

Capítulo 47

Nuestra alma es líquida, se contiene en los cuerpos como lo hace la sangre. Quienes nacimos junto al mar o hemos pasado suficiente tiempo cerca de él somos incapaces de contener el alma y vamos dejándonos gotas en el suelo de las playas, las rocas de los acantilados, las quillas de los barcos y los espigones de los puertos, en las conchas de las lapas y hasta en los oscuros ramos de algas que quedan sobre la arena cuando el mar se retira. Amamos y odiamos el mar porque nos corroyó el interior hasta hacernos parte de él mismo.

Por eso se bendice con agua y no con piedras, es necesaria la volatilidad del medio líquido para entender la esencia de lo efímero y lo místico. Una piedra, aunque sea capaz de mantener en pie una catedral, no puede llevar en sí el Espíritu Santo, una bendición, una maldición o un secreto. El agua limpia, refresca, arde y se clava como una profecía, como una oración, como una mentira, como la palabra.

Capítulo 48

El sol se hunde detrás de la playa y las olas. Los últimos rayos de luz naranja entran en las casas cortando las atmósferas oscuras, iluminando las partículas de polvo en suspensión e hiriendo las pupilas que miran de frente. Da igual que dentro de los muros se esté viviendo la muerte o la desesperación, que se preparen los cuchillos y los estómagos para una batalla o que simplemente el quehacer transcurra sin asomarse afuera.

Nadie tiene tiempo de pararse a mirar el horizonte, pero aun así la luz sólida recorta las paredes, la ciudad entera es un reloj de sol que se sumerge en la noche.

Capítulo 49

Así surge una rebelión, como un acto de fe. Exactamente igual que un acto de fe. Confiando en que tiene que haber algo al otro lado, algo que nos espera y que aliviará esta rabia. Se organiza, entonces, una tropa de mujeres que irán a la guerra mañana. Nunca con grandes discursos sino con medias palabras, de esas que no quedan escritas en los documentos pero que se graban en la memoria de quien escuchó susurrar en su oído la consigna o entendió un gesto. El domingo, día del Señor, de dos en dos, como Jesús mandó a predicar a sus discípulos, de casa en casa llevando la palabra.

Mañana a las once nos plantamos.

Mañana paramos y que lo hagan ellos.

A ver si son tan valientes para obligarnos.

No pueden obligarnos a todas.

Llevad lo que haga falta para romperlo todo.

Como una marea, que sube y deja todo arrasado, las mujeres van por parejas unas a las casas de las otras a avisarse de que todo está preparado.

Mañana es el día.

Mañana paramos.

Que no nos roben ni esto.

Las mismas palabras se repiten de boca en boca. Diez veces. Cien veces. Mil veces.

Hay que organizarse.

Aquí solo valemos nosotras.

Y valemos mucho más de catorce mil duros.

Mañana paramos aunque baje María Santísima y todas las ánimas del purgatorio.

Mil veces. Diez mil veces. De boca en boca las mismas palabras.

El coro de una oración que se eleva en los corazones de quienes la pronuncian y rebota en cada piedra del suelo, en los muros de las casas, en el agua estancada de los lavaderos y en los atrios de las iglesias después de misa.

Más de catorce mil duros bien valemos.

Sarnosos.

Quieren esclavas.

Fillos do demo.

Así revienten.

La furia enardece la oración profunda y construye su nido en los pechos como un dragón que escupe fuego sobre todo aquello que se pone en su camino. Del mismo fondo de esas cenizas nace la fe inquebrantable como un volcán dispuesto a arrasar lo que es suyo.

Amén.

La noche

Capítulo 50

El mejor momento para hacer cualquier cosa que una no quiere que se vea es ahora que la casa está llena de gente y de conversaciones, ahora que el calor de los cuerpos empañó los cristales de las ventanas y el rezo retumba como un pulso en los oídos. Lorenza recoge los pocillos usados, vacía todas las gotas perdidas de café, cascarilla, caña y anís en uno que esconde en la alacena, lejos de las manos de los hermanos pequeños, y sumerge los vacíos en el balde con agua. Su espalda doblada la ayuda a ocultar lo que hacen sus manos, eso y que nadie se atreve a cruzar la mirada con ella. Bastante desgracia tiene.

La cría que nace marcada por la desgracia se vale antes que las demás o muere la primera. Lorenza odia las miradas de compasión y los gritos de los otros niños que desde que puede recordar le decían vacaloura y monstrua, como si ella no lo supiera. Dejaron por fin de gritarle el año pasado, uno de esos rapaces que la perseguían todos los días cayó al agua del puerto y se ahogó. Una criatura sana y ágil solo podría irse al fondo del agua mansa del puerto por un mal de ojo lanzado por una corcunda, dio igual que Lorenza ni siquiera estuviese allí para verlo. La noticia voló de casa en casa como una chispa, el cadáver aún no había tocado la tierra y la hija de Cordelia ya era, a ojos de cualquiera, capaz de matar con el pensamiento. Nadie volvió a gritarle y la mayor parte de la gente empezó a esquivarle la mirada. Todo esto hizo falta para que una criatura que nació deforme, por una vez, pudiese descansar.

Cualquier bestia amenazada o se paraliza y se deja matar o se revolta, a una mujer sola no le queda más que revoltarse.

Someterse es estar muerta.

Esto no está escrito en ningún sitio, lo llevamos grabado dentro de las sienes como un animal al que una vez acorralaron los depredadores. Aferrarse a la supervivencia es como la suciedad bajo las uñas, no se quita apenas lavando las manos, hay que ir a desincrustar el fondo. Hay que arrancar carne viva.

Capítulo 51

El padre de Cordelia saluda entusiasmado a cada persona que llega, para su mente nublada solo existen las primeras veces. Sentado en la puerta de la casa fuma un cigarro que seguramente la propia Cordelia lio y sacó en una de las medias, entre los pechos o debajo de las axilas. Una es registrada todos los días, es cierto, pero no todos los días la pillan a una. Hay que conocer bien las costuras y las dobleces del propio cuerpo, los lugares que sirven como cobijo y como escondite, las partes de la piel que nos salvan o nos pierden.

Aquellas que no se conocen bien a sí mismas están perdidas.

Capítulo 52

Huele a laurel, a sal gruesa, a cera y a tabaco, a oscuridad y a noche que se promete en vela, a saliva espesa y a vómito de niño. Dosinda y Ramona se cruzan en la puerta con gente que sale de dar el pésame, saludan con un gesto y entran en la casa, donde el aire está pesado y húmedo por el aliento evaporado que liberan las oraciones. El rumor del rezo es el zumbido de una colmena insomne, las vecinas custodian a Lorenzo como obreras que tejen una red de palabras salvadoras.

Los muertos siempre están solos. Los vivos nos arremolinamos a su alrededor cuando los velamos para no sentir que el desamparo del difunto nos anega el pecho y nos quita la respiración. Ver la muerte de cerca es ser devuelta a la orilla después de un naufragio. Hay un instante de placer en el hundimiento, un momento de abandono y de soltar todo lo que importa, de rendición ante la fuerza del agua, de resistir a la necesidad del aire. La muerte del marido es por eso un momento de alivio, Cordelia sabe que a partir de ahora todos en la casa dependen de ella, y ella, solo de sí misma.

Un último pensamiento, persistente como una termita, no deja de recordarle que podría haber sido ella la que no despertase y que, tal vez, ahora sería un ánima libre camino del purgatorio.

Los niños se duermen en cualquier parte, como los gatos. Cuando el sueño se apodera de ellos es como si los hubiesen secuestrado desde el inframundo. Hace un rato, Lorenza amontonó a sus dos hermanos en una esquina y los tapó con una manta.

Huele a piel infantil, a fiebre, a gota de aguardiente en el fondo de un vaso y a migas de pan reseso. A sudor de Lorenza, que lleva todo

el día entrando y saliendo, conteniendo a niños, atendiendo a adultos, a lagrimal seco de Cordelia, a piedra húmeda, a lluvia a punto de caer, a tormenta que se aproxima, a conversación de vecinas, a encía que murmura, a cera de los oídos de Dios, a padre sordo que muchas veces no conoce, a saliva seca en las comisuras de los labios.

Cordelia se acerca al fardo de carne entrelazada y lo destapa con cuidado, coge al niño más pequeño, el que se ríe como un demonio, y se lo coloca encima medio dormido. La piel caliente la abrasa en el tacto del abrazo y apacigua el momento presente. Se sienta en una silla al lado de las que rezan, hunde la cara en la cabeza pegajosa de sudor y acuna a la criatura al ritmo envolvente de los versos y la devoción. El niño se chupa el dedo, siente el calor del seno de la madre y deja salir la orina como si volviese a su lugar natural. Sueña que flota en un mar caliente que lo acoge con una piel nueva. Redondo y carnal como una cría de cualquier camada. Cordelia cierra los ojos, que ya le escuecen de la sequedad. La saliva infantil va dejando en su camisa el cerco de una mancha justo en el hombro.

El fantasma de Lorenzo atraviesa los cuerpos de las que rezan alrededor de su cama y se sienta en el suelo al lado del hijo que aún duerme tapado con una manta. Estigie y las demás mujeres sienten erizarse el vello de la nuca y se miran unas a otras con espanto. La orina del más pequeño atraviesa ahora la tela de la falda de Cordelia y le moja las piernas, pero ella no se mueve ni abre los ojos.

Capítulo 53

Madalena afila la navaja contra la piedra húmeda. Seis veces de cada lado del filo, obsesiva y precisa. La madre ya se acostó, la oscuridad es casi completa salvo por una lámpara de petróleo que refleja su luz en la superficie del balde donde antes se lavaron las patatas y ahora se mojó la piedra de afilar. Seis veces la hoja vuelve a rozar la piedra por el otro lado del filo. El cuerpo guarda dentro de sí memorias que no sabemos que tenemos y lo expresa en pequeños gestos que parecen inofensivos. Las manos de Madalena, con sus dedos curvados hacia dentro, se agarran a la navaja como a una esperanza, le dan la vuelta de nuevo al filo y la pasan por la piedra una, dos, tres, cuatro, cinco, seis veces.

Capítulo 54

¿Cuántos hijos tiene?

Cinco muertos y uno vivo.

El funcionario que le tomó los datos el primer día que llegó a la fábrica apuntó solo uno, porque a él, como a la mayoría de los hombres que escriben documentos, solo le importa lo que puede verse con los ojos. Los cinco hijos muertos no existen para nadie más que para la que los trajo al mundo. Tenemos que aprender a convivir con una parte de vida invisible que los demás ignoran, pedazos de una misma que quedaron inertes dentro del vientre y no merecen ser considerados más que por la entraña que los fundó.

Las cinco criaturas muertas eran cinco niños. Fueron bautizados porque no se puede mandar bajo tierra el fruto de una como si fuera un pedazo de carne podre, tuvieron alma aunque no sepamos en realidad hasta cuándo.

La madre de Madalena, cuando aún le alumbraban los ojos, podía sentir la llamada de las criaturas, y fue la partera que asistió en los alumbramientos. Tuvo siempre preparado un frasquito con agua bendita y un poco de sal por si fuese necesario auxiliar a los recién nacidos en su último suspiro. Cinco veces vertió el agua por la cabeza de los nietos dormidos eternamente y marcó en sus frentes aún pegajosas una cruz diminuta con unos granos de sal.

Los alientos de los recién nacidos se quedan suspendidos en el aire como pompas invisibles y rebotan contra las paredes de las casas donde sus madres aún yacen exhaustas, avergonzadas de seguir vivas. Durante los siguientes días, a Madalena le parecía oír un llanto como de un cordero pequeño, un gemido de lechón

dormido, un quejido de bestia diminuta llamando a su madre. Si una supiera que eso que oye es el aire comprimido de los últimos estertores de su criatura, podría reconciliarse con la idea de la ausencia y no pensar que las ánimas quieren volverla loca. Es complicado entender las cosas cuando de lo que hablamos es de perder una cría que no abrió los ojos, que ni siquiera nos quiso mirar.

La piedra de afilar ha vivido más tiempo en la casa que la propia Madalena, nació para ser sustento en algún suelo cercano hasta que alguien decidió depositar en ella la memoria de todo lo que debería ser afilado y amenazante. Nadie les pregunta nunca a las piedras lo que quieren, pero ellas asumen con abnegación la misión que se les quiera dar. La navaja da la vuelta de nuevo y mansamente la piedra la recibe una, dos, tres, cuatro, cinco, seis veces.

Capítulo 55

Hay que caminar arrimada a las casas, el paso de la gente y los carros durante el día hunde el centro de las calles y deja los bordes un poco más elevados. Rosario no se confía, cualquiera le puede echar la mano y agarrarla desde la oscuridad de un portal. Se aprieta bien el chal y lleva el cuchillo, ese que va siempre pegado a la piel como un aguijón, en la mano. Se arrima a un lado para que pase un carruaje camino de la ciudad alta, el caballo cabecea como si ya estuviera harto de trabajar hoy. Tan hastiado de recorrer la ciudad a oscuras como la propia Rosario.

El ruido de los pasos, el chapoteo espeso del suelo, el resoplido de un animal que arrastra un carruaje, los ladridos de los perros, el mar al fondo y la tormenta que llega, voces que asoman por una esquina y le hacen acelerar más el paso. El frío es una mano que la agarra por la nuca y le aprieta hasta el último hueso de los pies.

A estas horas en el puerto se descarga todo lo que no se puede descargar a plena luz del día, los guardianes de los barcos fuman cigarros y acechan cualquier ruido que no sea el chapoteo manso contra las amuras. El hombre que esta mañana le vendió su abrigo a Moncha la Chambona apila sacos de dudosa procedencia en una carreta que saldrá lo más rápido posible y se perderá en la oscuridad después de pagar a los que la cargaron.

Del lado de la playa, el mar es otro, las olas llegan hasta las puertas de las casas y los relámpagos se dejan ver al fondo.

Capítulo 56

Antígona llega a casa con su cuartillo de vino abrazado contra el pecho. Jacoba la sigue con su criatura más pequeña gritando de hambre. La hija enciende el fuego y pone a calentar el caldo mientras la madre se sienta en un banco junto al calor y empieza a abrirse la camisa, el pequeño intenta colarse entre los pliegues de la ropa con impaciencia de cachorro.

El gato se acerca con un ratón muerto entre los dientes, lo deja a los pies de Jacoba y la mira fijamente mientras se lame las patas. Jacoba coge el ratón muerto con la punta del atizador y lo echa al fuego, el pelo del animal reluce al contacto con las llamas como una constelación de estrellas diminutas.

Capítulo 57

Se pronuncia el último amén del último misterio y a continuación se oye un trueno que viene del mar. Estigie aprovecha la pausa para beber algo, las bocas se quedan secas de rezar y las encías duelen como si las atravesasen con alfileres.

Aun bien que vinisteis ahora, hace un rato no se entraba. Menos mal que ya huele a lluvia y muchas ya marcharon.

¿Preguntaste a las cartas cómo nos va a ir mañana?

Ramona no consigue esperar a que la conversación, como un río tranquilo, llegue al lugar preciso. Ella tiene que empujar el agua y provocar una catarata. Necesita escuchar las palabras que alimenten su furia y callen el miedo que le corroe cada doblez de los intestinos.

Estigie se queda quieta escuchando lo que no es más que silencio y se mete la mano que sujeta el rosario en la camisa, saca de entre los pechos escuálidos un mazo de cartas atado con un cordel y lo deja intacto encima de su rodilla. Un Jesucristo en miniatura se queda tumbado boca abajo encima de un as de copas sucio.

La suerte de tantas no cabe aquí, Ramona. No hay pregunta que yo pueda hacer a las cartas que conteste lo que cada una necesita oír.

Dosinda, Ramona, Cordelia, Lorenza y el resto de las mujeres que rezaban hasta hace un momento la miran en silencio. El aire se queda quieto como justo antes de que caiga un rayo. Estigie cierra los ojos y hace un gesto con la mano que pide la palabra a lo invisible, tres gotas de cera desbordan en ese momento la mesilla de noche y caen directamente en el suelo. Tap, tap, tap.

Huele a tabaco y a laurel, a escamas de sal y cera de vela.

No está bien hablar de estas cosas en una casa donde se vela a un muerto. Vais a molestar a las ánimas y luego Lorenzo no va a poder marchar.

Ramona le da un codazo a Dosinda para que se calle y no interrumpa aunque sea la única que dice algo razonable. Dosinda piensa en mañana, pero también en su marido difunto al que no pudo velar, piensa en la tristeza de un alma que tiene que partir y que ve que no es el centro de las conversaciones, ni siquiera llora nadie por él. A ella le dan ganas de empezar a sollozar solo para que se sienta acompañado. La suya es una ansiedad que no deja escapar a ni una sola criatura viva o muerta, Dios la bendiga. El fantasma de Lorenzo, apoyado en el cabecero de la cama, respira aliviado por volver a ser él el centro de atención.

No me hace falta, las cartas pueden decirme algunas cosas pero yo ya sé todo lo que se puede saber.

¿Y qué sabes?

Que vamos a tener que pelear como lobas y que saldremos vivas, pero no consigo ver el final.

El silencio envuelve las palabras de Estigie, que salen de su boca quemándole la punta de la lengua. Mantiene los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás como si recibiese el dictado desde un lugar escondido más allá de la médula.

Algunas no van a aguantar. No hay que fiarse.

Esas van a ser las de Elviña, o las de Oza, o las de Monelos.

A Ramona le bastan dos palabras para desbordar su rabia sin importarle que en ese momento esté en una casa de luto. Da igual que sepa que las Monelas estuvieron en la taberna de Evangelina con Antígona y dijeron que iban a unirse y a avisar a las vecinas, da igual todo cuando la rabia se dispara.

Zorras, pailanas, merdentas, burras. No entienden nada, solo entienden de poner la mano y coger una limosna. Así revienten todas, así caiga un rayo en Elviña y prenda fuego al monte entero.

Un perdigón de saliva sale por la boca de Ramona y aterriza en el vaso del padre de Cordelia, que está sentado a su lado aunque su

mente está muy lejos de ahí, probablemente haciendo guardia en la proa de un barco hasta que amanezca.

Yo solo escucho traición y eso pueden ser muchas cosas.

¿Nos van a pagar lo que nos toca por lo menos?

Solo sé que al final ganamos.

Ya, pero ¿no te dicen nada de los cuartos que nos deben?

Ramoniña, las voces dicen lo que dicen y, si no quieren decir más, pues ellas sabrán. No es tan fácil saber quién gana una guerra.

Ay, no, ¡qué va! Díselo a la que se peleó con Antígona, que aun después de arrastrarla de los pelos le escupió en las sábanas recién lavadas.

Estigie resopla, si no fuera porque le debe dinero a Moncha la Chambona, ya habría mandado a Ramona a buscar respuestas al culo de Judas o a la casa de María Santísima, aunque luego tuviese que pedirle disculpas a Dosinda por la blasfemia.

Dame de ahí un plato, Lorenza. Que esta es como una mula y no se calla.

Coge un puñado de ceniza fría de la lareira y la tira en un plato, luego pone la mano izquierda encima, cierra los ojos y dice algo que nadie entiende. Una oración, un murmullo. Apenas tres frases repetidas tres veces, luego mueve la mano sobre las cenizas haciendo un círculo hacia la izquierda, tres veces. La mano de Estigie se da la vuelta con un mapa negro trazado entre los dedos, como la rama de un árbol después de un incendio.

Lo que tengo en la mano es qué va a pasar y lo que queda en el plato es lo que se va a perder.

Se mira su propia mano izquierda como si no la conociera y coloca el plato al lado, casi toda la ceniza se quedó allí, intacta. Dosinda, Ramona, Lorenza, Cordelia y el resto de las mujeres, que hasta hace nada rezaban, la observan sin decir palabra. No es fácil quedarse callada mientras alguien desvela el destino, es necesario encoger todo el cuerpo y agarrarse a una misma toda entera. Dosinda, además, sujeta a Ramona del brazo para que no interrumpa, aunque su primer impulso también sería sacudir a Estigie para que hable y forzarla a que diga exactamente lo que quieren oír.

Mucho vamos a perder.

¿Vamos a morir?

No, pero vamos a pasar por el fuego.

¿Como en el infierno?

Peor, porque vamos a estar vivas.

Y ¿qué se va a perder?

Estigie mira ahora el plato descascarillado y manchado de ceniza.

Vamos a perder la voz, el tiempo…, pero vamos a quedar vivas. Tenéis que llevar laurel en los bolsillos para evitar traiciones, para que la fuerza esté en nuestro bando y que aquellos que no nos apoyan no puedan con nosotras.

Coge un par de hojas de laurel de una rama grande y seca colgada encima de la lareira que fue bendecida en Domingo de Ramos y dibuja con ellas arabescos en las caras de Ramona y Dosinda. Alrededor de los ojos, la frente y los labios.

Forza e furia.

Amén.

El padre de Cordelia mira fijamente un punto sobre el cabecero de la cama, entre la almohada del difunto y el Cristo de la pared. Donde las mujeres solo ven un muro de piedra, a él se le abre un horizonte infinito y un manto de estrellas a muchas millas de la costa.

Mañana poneos estas hojas de laurel escondidas en el nacimiento del pelo, dentro de la trenza, para que os den valor y no os dejen echaros atrás. Pase lo que pase no vais a caer. Estáis protegidas.

Luego mira a Cordelia, que sigue acunando al niño pequeño sentada a la derecha del difunto.

Tú no lo necesitas, que mañana te quedas con tus criaturas, Dios te perdone.

La mano que pasa el rosario lleva ahora también restos de ceniza, las cuentas se mezclan con aquello que se va a perder y aquello que se va a ganar, con la memoria de todos los árboles que murieron para dar luz y calor a la casa.

Líbranos, Señor, del fuego que nos habita.

Capítulo 58

¿Nadie avisó a Amadora?

¿Y para qué vas a avisar a la Parvallona? ¿Para que lo cuente antes de tiempo?

Un día te va a oír hablar así de ella y te va a coger del cuello como coge a las gallinas para matarlas, que no necesita ni cuchillo. Les dobla así la cabeza con la mano y se le quedan quietas, no mancha nada.

Ramona, como siempre, piensa que Dosinda solo le dice estas cosas por asustarla. Se siente invencible con su hoja de laurel bendecida por Estigie y lleva en el bolsillo cinco o seis más para dar a aquellas que mañana se unan a su furia. Según se acerca la hora, la irritan más las dudas de Dosinda.

En su casa, a oscuras, Amadora se levanta como puede para orinar una vez más en el balde que tiene al lado de la cama. Le cuesta levantarse y le cuesta aún más inclinarse. La criatura que la habita ocupa cada vez más espacio y está a punto de no dejarle nada para ella.

Capítulo 59

Es normal que Ramona siempre cuente con que alguien la traicione, se crio con una madre a la que ha visto mil veces sacar un punzón oxidado de los pliegues de la camisa para amenazar a cualquiera que se le ponga por delante.

La madre de Dosinda, que era lavandera, también le enseñó que hay que tener cuidado con la gente, que dicen una cosa pero luego cuando nadie los ve hacen otra. La mujer, que salía todas las mañanas con un cesto en la cabeza que a veces era más alto que toda ella, pasó la vida lavando la inmundicia de otros. El mundo se ve distinto desde la suciedad de la ropa. Todo lo que somos y lo que tratamos de esconder se retrata en la mugre que vamos dejando a nuestro paso. Nada queda oculto para quien limpia por nosotros, para quien ve la verdad de nuestra suciedad.

La maldición de los que más tienen es que a este otro lado de la vida hay gente exactamente igual que ellos, el día que se den cuenta de que no somos apenas bestias con forma humana nos matarán a todos.

Capítulo 60

Estigie se lava las manos en el balde que antes lavó al muerto, refrescó la quemadura de Lorenza y lavó todos los pocillos menos uno. El agua es pura y generosa, sirve para curarlo todo, para apaciguar el dolor, para arrastrar en sí el presagio de lo que viene.

El pocillo en el que Lorenza fue recogiendo todos los restos de los demás espera paciente su momento dentro de la alacena.

Capítulo 61

Antígona se apoya en la pared de piedra irregular y cierra los ojos mientras su cría se sacia de ella, tira de su pezón con ansia y pellizca el pecho con la mano diminuta, un reguero blanco y denso le baja por las comisuras de los labios hasta el cuello, da orgullo ver cómo sobra la comida. Seguramente por la costumbre, porque antes de esta criatura ya otras tres sacaron de ella el alimento, consigue relajarse completamente aunque sienta salir de sí misma la fuente de la leche, el pellizco en la piel sensible del seno y el tacto de los dientes que asoman en las encías de su pequeño.

El cansancio consigue ablandarlo todo, adormecerlo todo, convertirlo todo en un murmullo que asoma a lo lejos, nebuloso por la media luz, el borboteo del caldo, el calor del fuego y el sonido acompasado de la respiración de una cría que está siendo amamantada. Solo los pechos permanecen insomnes, la piel se destensa al vaciarse pero nunca descansan de su estado de alerta, son la parte más despierta de la propia Antígona, la única a la que no puede renunciar.

Sintió esta fatiga también con los anteriores, pero ahora parece que el cansancio se le fuese acumulando y le pesase debajo de las axilas, como si ya hubiese rebosado de sí misma. Si pudiese pararse a pensarlo, llegaría a la conclusión de que ella no es fuente de alimento sino el alimento mismo y que es la criatura quien la devora un poco cada día. Dios nos libre de acusar a un inocente, pero la naturaleza establece su equilibrio y no le importa lo que opinamos.

Ya empezó a llover. Justo cuando está a punto de quedarse dormida, los dos niños llegan de la calle dando voces y llenos de

barro.

No puede una descansar ni cuando es alimento.

Capítulo 62

La tormenta se acerca como los pasos de una bestia que emerge del mar. Antígona no quiere que sus crías se le despierten con el ruido del viento o los truenos, así que hace un gesto a Jacoba para que les ponga vino en el caldo. Luego coge una punta de un trapito, la retuerce y la moja en su propio vaso. La criatura más pequeña ya sabe reconocer lo que es suyo, extiende las manitas pegajosas hacia el paño y mastica con sus dos dientes de leche el pedazo de tela húmedo. Tarda muy poco tiempo en rendirse con un ronquido profundo y la piel arrebolada.

Da envidia ver dormir a las criaturas pequeñas, sin la ansiedad por el día siguiente.

Capítulo 63

El vino es la sangre de Cristo, por eso engorda la nuestra, enciende la piel de las mejillas, ayuda a dormir y mata las lombrices de la barriga. Los niños están vivos porque toman vino a diario. Antígona se mueve cada día porque el alcohol le da el empuje para levantarse y el arrullo para dormir. El valor y la calma. Todo.

Los niños mueren a docenas en invierno. Una madre sabe cosas que ni los médicos se imaginan. Sabe lo que es entregarse al dolor, entregarse a los hijos, ser casa y alimento de los suyos. Sabe que, aunque parezca que mal respiran, hay que ponerles el pezón en la boca porque una criatura que no se alimenta está muerta ya. Sabe que darle espacio al frío es darle espacio a la muerte. Antígona conoce a madres que han perdido tres y cuatro hijos en un año, que se preparan para perderlos como quien tiene un rebaño de ovejas, dando por hecho que algunas serán devoradas por los lobos, una tiene hijos como corderos. Corderos de Dios que quitáis el pecado del mundo. Hijos que sacrificar en un mundo que no está hecho más que para ganarse la vida como si no naciéramos ya con ella. Como si la vida que respiramos no fuese bastante y hubiese que ganar aún otra.

El vino apacigua los pensamientos, calma la rabia hasta el momento del despertar, nubla aquello que arde y deja las brasas confusas durante la noche. Una luz leve que oriente a las ánimas perdidas que decidan pasar por aquí y que, viendo la luz temblorosa, no se despisten y sigan camino, que no se les ocurra posarse en ninguna de las criaturas ni en la madre que las sostiene a todas con vida.

Sobre el colchón de paja, Antígona duerme con los brazos extendidos acogiendo a sus propias carnes hechas personas más pequeñas que se amontonan en un abrazo caliente y pegajoso de sudor, hoja de tabaco, vómito de leche, miga de pan de broa, pis de niño, calostro, aliento etílico y primera menstruación como una nube amorosa y sedante que los envuelve a todos. La cama es una madriguera de conejos, un rincón cálido donde acomodar a los cachorros, un fondo mullido de brazos y piernas entrelazados. En el instante justo antes de cerrar los ojos y abandonarse al sueño, una puede casi sentirse bendecida.

El alcohol que entró por las bocas recorre ahora la sangre de los cuerpos y viaja veloz atravesando corazones pequeños. Los piojos, que salen a pasear cuando sienten el calor y el sudor infantil, porque la humedad es lo que les da vida, muerden el cuero cabelludo de las criaturas y se quedan amorosamente narcotizados.

Capítulo 64

Los perros no pararon de ladrar en toda la noche, como si quisieran avisarnos de algo. En Oza, en Monelos, el río discurre entre las piedras porque conoce el camino y nadie se imagina nada de lo que está por venir. Los niños esa tarde se tiraron piedras amistosamente, en las casas se cenó lo de siempre, y los hijos se sentaron en fila esperando su cunca de caldo, su broa, su potaje de garbanzos, su bacalao desalado. Se rezó por la noche y se dejaron morir las últimas brasas de la lareira con un «hasta mañana, si Dios quiere».

Nadie podría pensar que era el presagio de una batalla.

¿Cómo va Dios a querer que sus hijas pasen por el fuego?

Dios ya quiso cosas peores.

Capítulo 65

La criatura acuática que habita el cuerpo de Amadora sabe lo que viene y pasa la noche en vela forzando los límites de la piel de su madre. La mujer reza por ella misma, pide a todos los santos y las ánimas del purgatorio que no la dejen parir sola y de noche.

Capítulo 66

¿Tú crees que Abraham iba realmente a matar a su hijo o solo quería asustarlo, como cuando tú me dices que en realidad a mí me abandonaron unos moinantes que pasaron camino de Coruña?

A ti te abandonaron unos moinantes.

Boh, ¿tú crees que Abraham iba a matar a su hijo?

Prueba de que lo iba a hacer es que luego, cuando Dios le dijo que parase, paró.

Ya.

Yo creo que por eso Dios le dio el carnero, para que el trabajo de subir al monte y juntar la leña no fuese por nada.

La Cruzhija apaga la última vela, se tapa hasta la cabeza y le da la espalda. María arrima los pies fríos a su hermana mayor, que pega un respingo y la aparta de una patada.

La pequeña se queda mirando la oscuridad y piensa que seguramente fue un alivio para Abraham no matar a su hijo, pero que menos mal que Dios le dio el carnero. No es necesario conocer a Sísifo para saber que trabajar para nada es el peor castigo.

Capítulo 67

Hay gente a la que lo sucedido a Tomás, el marido de Rosario, y al resto de los rapaces que se fueron a Cuba, lo de que acabaran como esclavos, les suena a historia de mentira. La gente no perdona la envidia que se le provoca, da igual que todo lo que les inspiramos solo exista en sus propias cabezas, para ellos son faltas imperdonables.

«Aún no marcharan y ya se portaban como señoritos».

«Nos decían, la próxima vez que nos veáis vamos a venir vestidos de lino blanco».

«Se reían de los que nos quedábamos y nos miraban por encima del hombro con esos trajes nuevos que les pusieron antes de subir al barco».

«Pailanes con zapatos nuevos, seguro que después no querían trabajar por no mancharse la ropa».

Que unos rapaces se sintiesen otros porque les dieron uniformes nuevos es imperdonable para cualquiera que nunca estrenó ropa o zapatos, imperdonable como un castigo divino.

«Les pusieron ropa nueva y parecía que ya se les quitaba el hambre de años».

El hambre no se va nunca, puedes haber ya ganado miles de pesos, comer caliente todos los días y vestir de lino blanco pero el hambre que pasaste sigue royéndote los intestinos hasta que te mueras. El hambre nunca te deja, tú puedes no tener hambre nunca más en tu vida, pero el hambre te tiene a ti para siempre.

Eran solo rapaces, podían ser arrogantes pero solo eran presas que iban a una trampa.

Mientras el sueño no viene a acompañarla, Rosario reza por Tomás.

Que no pase frío, que no le duela el cuerpo, que no tenga una herida que se gangrene, que encuentre quien le dé comida, agua y sustento si lo necesita.

Protégelo, Señor, yo soy tu esclava, guíalo para que llegue allí donde sea bienvenido, no lo dejes ser odiado ni maldecido por nadie.

Ayúdame a mí a sobrevivir hasta que vuelva, no me dejes caer enferma ni que me venga fatalidad, ni ser engañada, no me dejes creer mentira, ni envenenarme queriendo lo que no puedo tener. Y déjame encontrar la luz cuando esté a punto de caer sin fuerzas, no me dejes morir sin saber de él.

Toma con la mano izquierda el cuchillo que quedó posado con el filo mirando a la cama y cruza con él tres veces la llama de la vela.

Amén.

El cuchillo queda posado al lado de la vela con la satisfacción de que ha sido usado para aquello que fue creado, no para cortar carne sino para ahuyentar lo malo. Los objetos tienen así varias vidas. Una es la del uso y otra, la de la aspiración, lo mismo que las personas. Somos apenas aquello que dice nuestro nombre y nuestra profesión, y luego podemos también creer que aspiramos a ser algo más, que podemos trascender aquello que traíamos en la palabra que nos nombra. Esto no todo el mundo lo sabe. Tampoco todos los cuchillos son capaces de sostener un conjuro.

Hace falta una fuerza más grande que aquella que cargan los músculos. Un impulso que nos eleve como una ola y nos arrastre a una orilla de nosotros mismos que nunca fue visitada. Eso es lo que alcanzamos cuando aceptamos sumergirnos.

La camisa nueva de Rosario, doblada como una reliquia a los pies de la cama, espera el momento de tocar su piel y hacerla sentir renacida.

Capítulo 68

No es buena noticia tener hijas, somos una plaga que asola esta tierra. Dentro de todas nosotras hay un mar que nos ahoga y un incendio, una fosa marina con un fondo de cenizas, un naufragio envuelto en llamas.

Capítulo 69

El sexto embarazo fue distinto. Madalena se tiró de rodillas a rogarle al marido que fueran a bautizarlo cuando el hijo solo llevaba cien días en el vientre. Empezaba a sentir movimientos que eran como si un topo le royese encima de las ingles y buscase acomodo, tratando de hacer sitio a su propia madriguera. El marido, Dios lo guarde, por una vez dijo que sí. Una está obligada a creer que el hijo sobrevivió porque fue bendecido antes que los demás. Una persona hace cualquier cosa por burlar a la muerte, incluso peregrinar por la noche a un puente de piedra para que el hijo no nacido sea encomendado a lo sagrado. Así de frágiles nos quiere el miedo.

Se fue a hablar con Estigie, que entonces aún conservaba todos los dientes, y se acordó ir al puente de O Burgo, junto al cruceiro, a medianoche. El marido, Madalena, Estigie, un hermano del marido, en calidad de padrino, y la madre de Madalena, que también hizo de partera y bautizó a las difuntas criaturas mucho antes de perder la vista.

A la medianoche se colocan en el centro del puente Madalena, su madre y Estigie; el marido y el cuñado se apostan en los extremos para evitar que pasen personas o animales. Los animales nocturnos son peligrosos porque nadie puede controlar con qué fuerzas de la naturaleza consiguen mandarse mensajes, no podemos arriesgarnos a que pasen y rompan la plegaria de salvación que se envía. ¿Qué haría una raposa o un gato si se cruzan con un ruego por una criatura no nacida? Mejor no saberlo, mejor no verlo nunca.

Especialmente después de tanto tiempo sin que en una casa suene el llanto alegre y sucio de un nacimiento.

Madalena se abre el mantón, sus hombros blancos relucen a la luz de la luna como una continuación del reflejo del agua y las líneas de su piel quemada en medio de los pechos dibujan un mapa desconocido, destapa su vientre redondo como otra luna de carne y en ese momento la criatura siente el escalofrío. Estigie saca de su hatillo una concha de vieira que introduce en un balde con agua de mar que, después de recogida en la playa, se dejó nueve noches a la intemperie, y acerca la concha a los pechos de la mujer.

Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

El agua de mar moja la camisa bordada y bendice la fuente del alimento, los pechos hinchados que nunca dieron de mamar se erizan al tacto del agua, la sal deja trazos de mapa de alegría entre los pliegues de la carne como recuerdo de la primera bendición. Estigie pone la mano izquierda sobre el vientre, sus dedos se posan primero y luego recorren la redondez, asegurando la totalidad de la criatura, tocando el latido nuevo con las yemas. La concha de vieira vuelve a sumergirse y a salir rebosando, el agua de mar cae ahora por el vientre ocupado y moja la carne que late en la entraña de la mujer.

El agua cae en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Tres veces sobre el vientre de la mujer que ahora huele a sal y algas. La voz de Estigie resuena contra las piedras del suelo e impone orden en la noche. Coloca a los seres visibles e invisibles a un lado u otro de la profecía. La criatura, como un ser acuático, reconoce lo familiar y decide quedarse. Por eso el día en que nace no duda y respira como si llevase esperando todo el tiempo del mundo para salir a la superficie. El hijo se salva. El hijo vivió.

Los cinco primeros hijos muertos se llamaron Lázaro, como su padre, y Lázaro se llamó también el que quedó vivo, el que vino de entre los muertos.

Capítulo 70

Después de ver nacer a Lázaro, la madre de Madalena enterró bajo una piedra el frasquito con agua bendita y la bolsa con sal gruesa con la que bautizó a los nietos difuntos.

Es insoportable cargar con algunas memorias, mejor dejarlas descansar, enterrarlas como se enterró a los hijos que no sobrevivieron. Escarbar en el suelo, colocar una piedra encima como una caricia petrificada y dejar que la tierra los engulla.

Volvió a sentir la llamada para atender partos de algunas vecinas o para bendecir criaturas que no quisieron respirar pero nunca más atendió. Piensa que fue por eso que la vista decidió abandonarla como un castigo divino. Su madre, que se quedó sorda por unas fiebres, siempre dijo que la que no oye es como la que no ve y que aquello que más tememos es en lo que nos convertimos.

Capítulo 71

Cuando Lázaro sacó la cabeza y empezó a respirar a gritos, el sentimiento de Madalena fue más de terror que de alegría. ¿Qué haremos ahora con un hijo vivo? O, más bien, con uno que se ha resistido a morir. ¿Quién será este y qué querrá de mí?

Hacemos cualquier cosa por esquivar la muerte para nuestra carne, y no nos damos cuenta de que eso es también la condenación para nosotras mismas. De repente, aquel hijo que significaba el anhelo de tanto tiempo se convirtió en un ser temible, un amor que no la dejaba vivir tranquila. Por un lado, por el miedo a que le pasase algo y, por otro, porque una criatura que vence a la muerte trae algún secreto dentro de sus huesos que resulta amenazador. Algo que sus hermanos anteriores ignoraban, como si él pudiese desentrañar lo oscuro de la existencia. Lázaro lo sabía y venció a la muerte.

Desde el mismo momento en que salió del vientre se crio como si no necesitase nunca nada, como si supiese ya los caminos que tenía asignados, llegó a la edad en que los rapaces se convierten en hombres y se embarcó. Ahora es uno de esos que derrama su alma líquida por las costas del mundo, Dios quiera que allí donde esté alguien le abra las puertas de su casa y le dé sustento y calor.

¿Lloran los hijos cuando están en el vientre? ¿Sabrán que su propia madre es la carne que los envuelve? Parir dolor y humedad, sentir el terremoto del cuerpo abriéndose en dos para dejar salir un brote de vida nuevo. Nada puede crecer sin romperse antes. Una mujer partida deja paso a la criatura siguiente.

No hay gesto más generoso que el de traer al suelo que pisamos una nueva criatura, el de entregarse a un viaje sin retorno a lo desconocido.

Lázaro es la prueba de que Dios existe. De que la gracia fue concedida.

Cinco hijos muertos y uno vivo.
El filo de la navaja pasando seis veces por la piedra.
La luz temblando reflejada en el agua sucia de un balde.
Un hijo vivo y cinco muertos.
Una navaja que vengue toda la sangre perdida de un cuerpo partido seis veces.

Capítulo 72

Nadie se acuerda de nuestra justicia porque no surge de las palabras sino de la carne.

Capítulo 73

Un velatorio siempre es una alegría para los vecinos. No es que nadie se alegre abiertamente de una muerte, pero siempre gusta tener un lugar al calor donde acercarse y comentar lo que sea. La noche de oración por el fallecido congrega a allegados y conocidos, a familia y a algún hambriento que quiera rezar por el alma del difunto y ganarse un bocado. Gente hay que va solo por el placer de ver los muertos, rezar un poco, pasar la noche, adivinar en los gestos de la familia quién sí quería al difunto y quién es indiferente a la muerte.

En la casa de Cordelia no se oyen llantos, todo está en un raro silencio de decir sin decir, cuando empiezan a llegar hombres compañeros del marido que descargaban con él en el muelle, se miran entre ellos y luego miran a Cordelia. Alta y rubia como siempre y las ojeras más marcadas que le subrayan la belleza. Es difícil mirarla y no quedarse embobado.

¿Viste que no soltó ni una lágrima?

Aunque solo sea porque se queda con esas tres criaturas y ese padre que no vale para nada.

Zorra.

Lercha.

La fábrica las hace así, no conocen la vergüenza. Son todas unas perdidas.

Las de mi aldea lloran a gritos muera quien muera, aquí no hay decencia ni respeto por un hombre. Si no llora cuando muere el marido, el padre de sus hijos, entonces, ¿cuándo va a llorar? Que

además, una cosa es que le dé pena y otra, que llore. Una mujer tiene que hacer lo que tiene que hacer.

Eso mismo es.

Boh.

La rapaza tampoco llora, salió a ella.

La niña bastante desgracia tiene que es corcunda y no como su madre.

El mal de ojo existe, por eso no se atreven a decir nada abiertamente malo de Lorenza, no hay que invocar lo que se teme con las palabras.

De los niños no se espera tanto que lloren, los hombres les dan una propina y les dejan beber los fondos de los vasos. Es normal que ellos piensen que aunque se haya muerto el padre esto es una especie de celebración. Nunca tanto caso les hicieron.

Después de rebañar los fondos de las tazas de vino con la lengua y de mojar las puntas de los dedos en aguardiente caen rendidos. Nunca guardarán memoria del velatorio de su padre aunque nunca imaginarán por qué. Dirán que eran pequeños y con eso quedará solucionado. O si la guardan será una memoria parecida a la de una fiesta.

Compañeras de la fábrica pasan también por la casa de Cordelia después de dejar a las criaturas cenadas y acostadas y todo se les va en hablar de mañana, de que a las once paramos todo. En Cordelia empieza entonces a crecer un murmullo interior y siente envidia de que, para la mayoría, el día siguiente sea un día de batalla, un día en el que no tendrán que sentarse y ver qué será de ellas ahora que son viudas con tres hijos y un padre que no conoce.

Querría poder salir por la puerta, respirar el aire de la noche y dejar de pensar en aquello que tiene delante.

Las conversaciones a su lado siguen y alimentan el fuego en la boca del estómago. El cuerpo es extraño y decide rebelarse cuando menos lo esperamos, ahora que a su vida ha llegado la calma paralizante, Cordelia elegiría guerra. Una náusea vacía se le agarra a la garganta y le abre el pecho en dos. Las conversaciones, el rezo, las partidas de cartas, los cigarrillos a medio fumar y la

intermediación de los santos de las estampas se detienen. El niño más pequeño, que estaba dormido en sus brazos, abre los ojos, la mira y se ríe como un endemoniado.

Capítulo 74

Cada vez que llueve furiosamente, Rosario se acuerda de las lluvias que llevaron a Tomás a marcharse a Cuba. Odia el agua que lo pudre todo.

Si no fuera porque tiene que ir a trabajar, no sabría medir el tiempo. Cuenta las semanas en domingos, como una especie de día vacío, sin nada más que el insomnio ininterrumpido.

Mientras se hace la trenza piensa en Tomás, en dónde habrá pasado la noche, si estará vivo aún. Si Dios quisiera traerlo sería una manera de poder recomenzar, o si él llamara por mí, eso sí sería otra vida, en otra piel. Como estrenar ropa nueva todos los días.

Capítulo 75

La nariz del cadáver de Lorenzo va aguzándose como un marcador del tiempo en que los huesos empiezan a pegársele a la piel porque el alma ya no habita este cuerpo. El tabique nasal es un filo, da ganas de ponerle un cabo de vela en la punta de la nariz y dejarla arder.

Una se olvida de que hasta hace nada aquello era un hombre. Ahora es un montón de carne macilenta mal alumbrada. Casi estorba a las conversaciones de los que beben caña y juegan a las cartas, se podría pasar la noche rezando perfectamente sin él.

Capítulo 76

Rezar nunca hizo mal a nadie. Las palabras salen mecánicas entre los labios y las voces callan, no se atreven a interrumpir la conversación que se eleva como un hilo de humo de incienso. La oración, cuando resuena en el silencio de la noche, es el murmullo de la respiración de Dios.

Capítulo 77

En Coruña la tempestad amaina y en la bahía del Orzán aparece una ballena flotando a la deriva. A las cuatro de la madrugada aún está agonizante, no hay nadie allí para verla, pero las últimas gotas de tormenta caen sobre ella, su primer y último contacto con el agua dulce. Un ser vivo como una montaña que, en la oscuridad, tumbada sobre el lateral solo ve con uno de sus ojos un cielo negro y espera la muerte.

Nunca entenderemos cómo un animal monstruoso puede ser arrastrado así a morir de una manera tan torpe o tan estúpida, esa es la medida de lo implacable de una masa de agua inmensa.

Qué horror tiene que cometer una bestia para ser expulsada así de su propio lugar natural. Una criatura como una piedra de molino no puede ser arrojada fuera como a quien expulsan del paraíso. Algo haría. Algo tuvo que condenarla a morir en suelo seco, al destierro. Siempre que los peces mueren en seco es porque el dios de las aguas hizo justicia. Queda por saber si lo que ellos llaman justicia es lo mismo que llamamos de este lado, en tierra seca. Si consiguiese recordar, el padre de Cordelia podría contar con detalle cómo la justicia en el mar cumple siempre lo que promete y no deja ni una deuda sin cobrar.

Podemos pensar que es un dios cruel porque solo vemos la consecuencia del castigo, pero quiénes somos para juzgar si ni siquiera podemos respirar en el mundo en el que viven estas criaturas.

La ballena llegó herida, la tempestad la tiró contra las rocas antes de arrastrarla a esta orilla, por eso muere antes de que nadie pueda

verla. Tiene una sensación de haber sido soltada del abrazo del agua, algo parecido a lo que sentimos nosotras cuando caemos al vacío. Una ausencia de esperanza.

La tristeza de morir en una playa fría para quien supo defenderse en alta mar es insoportable.

Capítulo 78

La entraña de Ramona es como ella, no se deja domar por nadie. Una piensa casi siempre que manda dentro de sí misma, pero a veces parece que es el interior quien manda en una. No lo sabemos.

No todos los meses son iguales, hay algunos en que las entrañas se retuercen como si una alimaña la estuviese royendo desde las ingles al ombligo. Una no sabe qué lleva exactamente ahí dentro que causa tanto dolor o tanto que padecer. Una no deja de afanarse jamás con todo lo que la llena por dentro. El genio que tiene Ramona es de ella y de que a veces la cabeza le duele como si le fuera a estallar, le aparecen destellos de luces delante de los ojos y siente las sienes apretadas como si alguien la hubiese cogido por la cabeza y tratase de elevarla en el aire.

El último trueno de la tormenta cae para anunciar a una ciudad entera que quien manda en el mar ha decidido dejar una ballena en la orilla, como una advertencia del apocalipsis. Ramona abre los ojos sobresaltada pensando que ya es la hora y solo siente su propia humedad entre las piernas. Su entraña decidió llegar y manifestarse, manchar la cama, la camisa y hacerla consciente de que dentro de ella misma apenas hay carne y sangre. Un dolor de cabeza como un avispero empieza suavemente a oprimirle las cejas y siente el peso de una piedra asentándose en el centro del cráneo.

Capítulo 79

En Elviña, la tormenta sigue cayendo como si la mandara Dios. Los niños, que aún no se han repuesto del sermón del día, oyen los truenos y piensan en la voz que le pedía a Abraham que sacrificase a su hijo. Hay demasiados niños, más que carneros que se puedan dar por ellos. Allí donde los niños escasean es fácil pensar que valen tanto como un carnero, pero en esta aldea hay más niños que gallinas, más niños que ancianos, más niños que hombres, más niños que fantasmas.

El toque del agua que golpea contra las cosas puede sonar como si todo lo que nos rodea hablase al mismo tiempo. No sabemos qué voces tiene nuestro alrededor hasta que no le cae el agua con la fuerza suficiente. Don Eliseo sabe que lo que suena es lluvia y truenos, pero él juraría que oye voces y hasta cañonazos, ruidos de pelea y gemidos de quien ha resultado herido. Reza una y otra vez porque tiene miedo de que sea el demonio, que quiere volverlo loco.

Capítulo 80

Jacoba ya está despierta, ella nunca fue de dormir una noche entera. De fondo oye el mar batiendo contra las rocas y contra la ballena muerta, pero ella no puede distinguirlo, ninguno de sus sentidos le advierte nada. Siempre es la primera que abre los ojos en la camada de Antígona, seguramente porque a sus once años ya tiene el cuerpo hecho al vino y para dormir como el resto tendría que beber el doble. Envuelta en las respiraciones de sus hermanos y su madre, murmura oraciones por el día que a punto está de amanecer. Reza por un hermano muerto que se le aparece en sueños muchas madrugadas, para que su alma encuentre el camino de la salvación, para pedir perdón por los pensamientos que no puede controlar, para matar el miedo a sí misma con su propia voz.

Ella no sabe que todo lo que aparece en los sueños encuentra la semilla en nuestra propia mirada, en los miedos y los deseos que no nos atrevemos a decir en alto.

Reza para que no se cumpla en ella la profecía que repite su madre como una sentencia: loca como tus tías, borracha como tu madre.

Capítulo 81

Se levanta apartando con cuidado brazos y piernas pequeños. Coge el balde que está al lado de la cama, se pone en cuclillas y se alivia en total oscuridad salvo por una brasa en medio de las cenizas del día anterior. La orina sale caliente y golpea las paredes de lata con un sonido extrañamente alegre. Un ardor en las últimas gotas sube hasta la parte de atrás de su ombligo y la obliga a aguantar la respiración para no quejarse y despertar a todos. Seguramente la cogió el frío o se sentó donde no debía. Antígona siempre le dice que no puede sentarse en cualquier sitio, las piedras están vivas y son capaces de trasmitir dolores exactos que punzan los cuerpos por dentro. A ella le sucede constantemente y a veces pasa la noche orinando gotas que la queman por dentro. El interior de una mujer es carne viva y nunca se cierra. Cuanto antes lo entendamos, antes aprenderemos a protegernos.

El balde se queda ahí, al lado de la cama, esperando por la orina de los demás. Arrima un par de piñas a la brasa que resistió la noche y pone a calentar un resto de caldo.

Las piñas empiezan a arder con un chasquido. Jacoba, la madre pequeña de sus hermanos, se mete en la boca una piedra de sal y se coloca una hoja de laurel en la nuca, justo en la raíz de la trenza despeinada. Da vueltas al caldo con una cuchara de palo.

Louro de triunfo,
sal das feridas,
deixanos sair vivas.

¿Qué idioma escucha Dios? ¿Le da igual cómo le hablemos? ¿Será verdad eso de que vive en los corazones? Si fuese así no habría que rezar. Él ya lo sabe todo, lo ve todo. Entonces rezar solo es una manera de darnos esperanza a nosotras cuando en realidad Dios ya tiene todo decidido.

Laurel bendito,
sal de mar,
haced el miedo marchar.

La piedra de sal se deshace en la boca, el caldo empieza a humear, Jacoba le añade una mano llena de miga de pan de maíz desmenuzada. Remueve sin parar con una cuchara de palo y saborea la saliva salada. El caldo se espesa y va poniéndose cada vez más amarillento, los pedazos de patata se deshacen y juntan su propia fécula con la miga de pan convirtiéndose en papas.

Una no sabe qué va a pasar el día de hoy, es necesario saciarse bien. No se puede pelear con el estómago vacío o, más bien, se puede pero hay más posibilidades de perder. Jacoba no va a pelear, pero va a asegurarse de que Antígona pueda hacerlo, no todo el mundo que va a la guerra coge un arma, pero a todos los golpea la derrota, incluso a los que ganan.

El estómago recibe la pasta después del sueño con avaricia. Llenarse la boca de papas de caldo casi a oscuras mientras los demás duermen es también una manera de rezar.

Capítulo 82

La voz del alma de la ballena habla la lengua de las criaturas del mar, así que de este lado de la tierra seca no tiene con quién comunicarse. Abandonó a la bestia y aprovechó el impulso de una ola baja para sumergirse, para huir al fondo.

Si alguien hubiese presente, no se daría cuenta de que es un alma líquida y salada que se adentra en su camino al inframundo, parecería la sombra veloz de un pez plateado, un reflejo de luz en el agua revuelta. Así de casual es lo trascendente. Sin embargo, para quien tiene los ojos preparados es imposible no darse cuenta de que allí donde vaga un alma líquida el sonido del agua se vuelve opaco, la luz se concentra en círculos y la arena marca un surco preciso aunque sobre ella parezca que solo pasa una ola.

Una bandada de arroaces acompañan a toda velocidad al alma de la ballena hasta las puertas del descanso eterno. Como todos los que escoltan las almas perdidas, cantan un himno de soledad por la que se quedó en la orilla y no volverá a sentir la caricia de la sal. La música del duelo se cuela entre las capas de agua y avisa al resto de las criaturas marinas. Todas las ballenas, los pulpos, las morenas, los peces grandes y pequeños que oyen la llamada de los arroaces dejarán de mover las aletas hasta que se apague el canto líquido. No pueden arriesgarse a que la onda expansiva de su propio movimiento desvíe la ruta de quien busca descanso.

Retrasar la llegada de un alma marina podría traer grandes desgracias, la cólera del mar es una de las peores. Los marinos lo saben bien aunque nunca lo contarán en tierra seca, tal vez el padre de Cordelia lo haga cuando esté en su lecho de muerte.

Cabos de vela empiezan a encenderse en algunas casas y la ballena es solo un pedazo enorme de carne golpeada que se pudre sobre la arena, su ojo es una piedra de vidrio opacada por un rayo de luz que asoma entre las nubes negras.

Por dónde se escapa el alma de un ser tan grande, de un ser sin manos. Dicen que las ballenas y los arroaces tienen un pequeño ombligo en el lomo por el que respiran y ahí el alma mezclada con gotas de agua de mar se proyecta y dispara cuando decide huir. Que viajan juntas como familias, van a aparearse en bahías seguras y son conscientes de que las persiguen los cazadores, las ballenas saben que llevan en ellas algo que hace que sean perseguidas. No sabemos si se culpan por ello o se sienten orgullosas, pero la vida como objeto de persecución no es deseable para nadie, ni siquiera para un monstruo marino.

Aún nadie en la vecindad se ha dado cuenta de que yace en la arena como un arrecife nuevo, poblado de lapas que hacen de ella un hogar acorazado.

Capítulo 83

Hay que despertarse cuando aún es de noche para dejar todo hecho en casa y ponerse en camino. De Elviña salen Cruz, la Cruzhija y todas las rapazas a las que don Eliseo les firmó el certificado de buena conducta. Se encuentran delante de la iglesia, son capaces de reconocerse por sus sombras y bajan como una sola hasta la fábrica. Caminan juntas, respiran juntas, pero no empiezan a hablar hasta que no se acercan a Monelos, donde las lavanderas y las aguadoras ya se van cruzando camino del río con la energía propia de quien está dispuesta a meter las manos en agua helada.

Coruña es una lengua de tierra como una isla cobarde que nunca se atrevió a soltarse del todo pero que vive rodeada de mar como una gran ciudad anfibia. Las montañas sirven de muro contra el resto de la tierra, una trinchera natural en la que la mayoría de las aldeas de alrededor viven encaramadas. Ver la ciudad desde lo alto con la playa al fondo y la bahía enfrente es entender que nos sostenemos en un equilibrio improbable y que solo la gracia de las olas nos permite vivir.

No somos nosotras quienes decidimos.

Capítulo 84

Es fácil hablar cuando tu camino al trabajo no atraviesa el monte, cruza un río y mete los pies en el barro, cuando no va bajo la lluvia y el viento, cuando no se cruza con raposas y siente a los murciélagos aletear en la oscuridad. Es fácil llamar pailanas a quienes, cuando llegan a la fábrica, ya han recorrido una legua andando. Pailanas y desalmadas. Dar por hechas las cosas es más fácil cuando no hay que peregrinar. Nosotras vamos a procesión diaria, a la ida y a la vuelta.

Ya les gustaría poder valerse como nosotras, no conocen la suciedad de la tierra, o peor, hacen como que no la conocen. Zorras. No hay nada indigno en venir del suelo, justamente porque es ahí a donde volvemos siempre. A ellas les da igual todo porque no tienen un pedazo de tierra que sea suyo. Viven como los pájaros, cazando para cada día y construyendo su nido con palos y piedras, pasando frío. No tienen donde esconderse.

Recorrer la distancia desde casa al trabajo es también recorrerla en nosotras mismas. La distancia que una tarda en ser otra para que el suelo no se le hunda bajo los pies, para mantenerse erguida y levantar la vista. A veces parece que tenemos una cripta en el pecho donde el ruido queda sepultado, un corazón atravesado por flechas, sangrante y viscoso como una herida abierta. Si realmente pensásemos en lo que rezamos, deberíamos pedir no sentir la mayor parte del tiempo.

Una no sabe a veces dónde está la diferencia, a las que bajan cada día a la fábrica también nos llaman las coruñesas. Las otras

mujeres de la aldea dicen que cualquier día nos ponemos guantes, como las señoritas, para no tocar a los cerdos, y que caminamos de puntillas para no meter los pies en la lama. Es imposible explicarles. Vivimos en el medio de los dos lugares sin pertenecer del todo a ninguno.

Capítulo 85

Las pailanas son como un dolor. Solo saben dar besos en la mano que les paga. No nacieron para tener orgullo. Están tan acostumbradas a tratar con animales que cualquier cosa les vale con tal de que no les peguen con un palo, como a las bestias. No tienen vergüenza, que Dios las perdone porque ninguna de nosotras debería hacerlo.

Tienen hijos y los dejan luego tirados todo el día trabajando para ellas en la tierra, pero ellas marchan a trabajar aquí, a quitar trabajo a las de aquí. No les llega nada. Luego todo se les va en llorar a gritos, no te puedes fiar de ninguna de ellas, se venden por medio peso.

Nos miran como se mira lo que no se entiende, no saben lo que es vivir sin el olor de la bosta pegado al cuerpo. Todo lo que no sea escuchar al Señor o al cura ya es un pecado imperdonable. Vivir sola y decidir qué se hace de una misma es ser puta, trabajar y no dar el dinero a un hombre ni a un padre también es ser puta. Es como respirar, no podemos escapar nunca. Si trabajamos o si no trabajamos, por tener hijos o por no tenerlos, por querer estar solas o por no querer estarlo, la sentencia es siempre la misma. Todas putas.

Entran en la ciudad pero la ciudad no entra en ellas, es complicado explicarles que aquí no hay cura ni Cristo que lo fundó si no quieres que lo haya. En las aldeas sí que es un infierno vivir porque no hay donde esconderse. Por eso, cuando nos ven a nosotras creen que pueden dominarnos solo con una mirada, pero

no es así, nosotras ya estamos acostumbradas a andar por la calle sin que nadie nos mande. Las que llegaron de la aldea y aprendieron la ciudad son las peores, esas, con tal de no volver a la cuadra en la que se criaron, se tirarían antes al mar con un peso atado a los pies.

Nacer mujer es lo peor que puede pasarle a una criatura y probar la libertad es lo segundo peor.

Capítulo 86

Nos dejamos devorar. Seríamos capaces de sacarnos pedazos de carne para dar de comer a los desgraciados, de quitarnos las ropas, de quedarnos desnudas y luego disculparnos por nuestra propia desnudez.

A base de darnos a todos, confundimos nuestro camino con el de los demás, confundimos nuestro destino con el de los otros y confundimos nuestra voluntad con la de aquellos que nos piden pan o cobijo. Una mujer es sustento y el sustento es aquello que se devora, lo que se destruye. El combustible que mantiene a otros vivos.

Hay algo más allá de la fuerza de la defensa, el dolor interior de quien se entrega. Nuestra guerra es convencer al otro de que no hay que luchar sino darse, eso es fuerza y poder. Los hombres no lo entienden y nos miran como se mira a los monstruos, a los enigmas.

El único hombre que se sacrificó por todos fue Nuestro Señor y sigue siendo un misterio.

Capítulo 87

Ramona coge pedazos de lienzo, los dobla con cuidado, se los coloca entre las piernas y luego los sujeta con un paño más grande de tres puntas que ata en la parte delantera como el pañal de una criatura. Según empieza a moverse, nota su propia humedad sanguínea empapando el trapo y la opresión de la tela tensa alrededor de las ingles. Se pone por encima una enagua y las dos sayas que tiene, por si acaso.

Las faldas son un lastre que le añaden peso y le impiden moverse con la soltura normal. Todo lo que debería protegernos en realidad nos pone más en peligro.

Capítulo 88

Algunas lavanderas ya están en el río a estas horas, que Dios las ampare y les deje sentir las manos con este frío. Llovió durante la noche y el suelo está resbaladizo. Una niebla baja cubre todo como una sábana blanca que enturbia los bordes y desune las palabras de las bocas. Mujeres de negro respiran humo blanco mientras caminan y tratan de no resbalar, se agarran las unas a las otras como una serpiente negra que baja reptando el monte de Elviña.

La Cruzhija se cae en medio del barro, la falda se queda húmeda y sucia, menos mal que el paño es marrón oscuro y casi no se nota a la vista, pero en las piernas la humedad helada se le agarra a los muslos y las nalgas, siente bajar las gotas de agua sucia por las piernas abajo.

Una vive siempre en un sobresalto constante cuando piensa que en cualquier lugar hay una amenaza terrible. Las curuxas ven pasar la procesión negra y tienen que decirse unas a otras que no son la Compaña, demasiadas veces intentaron cruzar por el medio de ellas creyendo que eran almas muertas y se dieron un golpe contra la cabeza o el hombro de alguna.

En Coruña todo parece más simple porque solo se tienen que preocupar de lo que se ve con los ojos, el dinero que se cuenta y los barcos que aparecen en el horizonte. Quieren hacernos creer que las preocupaciones nuestras son de pailanas, pero en el fondo del pecho a todo el mundo le inquieta aquello que no se ve. Es inevitable preguntarse qué hay más allá de las piedras del suelo y de estos huesos que un día se pudren y se convierten en polvo.

Detrás de todo eso hay voces que no acertamos a escuchar, y si no miramos lo suficiente las piedras solo se ocuparán de partirnos la cabeza o de servirnos para lápidas.

Capítulo 89

Menos mal que Estigie pasó la noche rezando por el bien del alma del difunto Lorenzo, si no el ansia por lo que pasaría al día siguiente le traería a la cabeza sueños horribles y se levantaría con el cuerpo lleno de dolor, como si ya viniese de vivir una guerra. El cansancio por la noche en vela es más fácil de soportar que la incertidumbre.

En cuanto siente llegar el carro que viene a buscar a Lorenzo para llevarlo al cementerio, se levanta, da un beso al rosario y lo guarda en el bolsillo, se despide de Cordelia y se marcha a su casa.

Bienaventuradas las que duermen y no sueñan con los peligros que las acechan.

Capítulo 90

Hay quien no cree en los fantasmas, ni en la procesión de las ánimas, ni en la Estadea. A esa gente habría que encerrarla. Quien no cree en los muertos no puede creer en los vivos, no hay verdad más grande que la muerte.

Qué será de aquellos que mueren solos y lejos, de aquellos que caen por la borda durante una tormenta, los que enferman lejos de su casa y los que suspiran por última vez en ultramar. ¿Se quedan para siempre vagando por un lugar desconocido?

La muerte también puede ser una tierra extranjera.

Capítulo 91

Los peces se alejan de la orilla porque saben que pronto de la ballena solo quedarán pedazos. Nadie quiere presenciar ese espectáculo aterrador. Las personas son tan insaciables que no les llega con su parte del mundo, intentan dominar también los lugares donde no pueden respirar. Por eso cuando una criatura del mar muere así, cuando aparece como una ofrenda al maligno, al otro lado los hombres lo celebran como un regalo inesperado. Se acercan a ella, primero con timidez y luego, cuando se aseguran de que está muerta, incluso se suben encima de ella, como las hormigas a una carroña, y empiezan a partirla en pedazos y repartírsela, como las hormigas a una carroña. No queda nada para que empiece un espectáculo sangriento.

Dentro del vientre de la ballena hay cientos de peces que murieron por nada. También hay una cría que no sentirá nunca el tacto de la sal. La ballena muerta tuvo un nombre que solo puede pronunciarse bajo el agua por criaturas que respiran donde nosotras no podemos, un nombre que desafía el oído que nos descifra el mundo.

Capítulo 92

Estigie se lava la cara en un balde de lata. El agua fría le pone los nervios en alerta y salpica las puntas del pañuelo negro que le tapa la raíz del pelo y que ata en la base de la nuca con dos nudos.

De la rama de laurel que tiene colgada en la pared coge un par de hojas y se las pone debajo del pañuelo. No tiene ya tanto pelo en la cabeza como para que puedan sostenérsele en la trenza y es importante que la hoja toque el cabello.

El laurel no protege pero sirve para no echarse atrás, para que el valor no falte, por eso hay que colocarlo justo en la nuca, en el nacimiento del pelo, donde vive el valor, ahí donde la maroma del pelo se anuda. Las liendres que viven en la cabeza de Estigie se extrañan y se cobijan bajo las hojas, el olor las adormece y sienten la bendición, el picor constante cesa.

Que todo se haga tal y como tiene que hacerse, que la revuelta siga su curso como aquello que debe poner en marcha un mecanismo que, aparentemente derrumbándose, coloque cada cosa en su lugar.

Capítulo 93

El carro acaba de llegar, el velatorio termina.

Cordelia se levanta, se santigua y da gracias a Dios con sinceridad por primera vez desde que le cerró los ojos a Lorenzo. Los niños duermen en el suelo. El murmullo del rosario de las mujeres los arrulló y ahora no consiguen volver al mundo de los despiertos. El más pequeño se deja coger como un fardo por Lorenza, que, al agacharse, parece que se derrumba. Su espalda deforme proyecta en la pared la silueta de un fantasma que carga una piedra. Mientras acomoda al niño, da toques al otro con la punta del pie, el carro ya está en la puerta y hay que levantarse. El padre de Cordelia despierta en un ronquido con la boca abierta, abre los ojos, saca del bolsillo un pañuelo arrugado y se lo pasa por los labios para limpiarse las comisuras de saliva. Tarda un poco en darse cuenta de dónde está e inmediatamente se pregunta cuándo tendrá que embarcar de nuevo.

El carro que vino a buscar al difunto Lorenzo para llevarlo al cementerio es uno de aquellos que también llevaron a los muertos del cólera a quemarse fuera de la ciudad. El mismo que llevó al marido de Dosinda amontonado con media docena más en el mismo viaje. De aquella no había tiempo en el día para dar todas las campanadas de todos los difuntos. Solo en la madera del eje, el carro lleva incrustada la memoria de tres generaciones perdidas.

La yegua que tira de él fue un día parte de un regimiento de caballería y sobrevivió a batallas sangrientas. Sin embargo, sigue teniendo pesadillas en las que se ve a sí misma arrastrando un carro lleno de muertos hacia una pira funeraria.

Una no puede elegir a dónde la lleva la vida cuando es vieja y ya no sirve, por eso recuerda con nostalgia sus días en los campos de batalla.

Capítulo 94

Los santos de las estampas de las paredes, prendidos con clavos finos y oxidados como mariposas de una colección, están aparentemente igual que ayer. Las mismas caras, los mismos estigmas, la misma mirada al cielo, los mismos corderos en brazos, el mismo manto azul brillante y las mismas lágrimas exactas. Solo alguien con la vista entrenada se daría cuenta de que las partículas de polvo en la superficie del papel grueso y las esquinas roídas sirven para disimular una gruesa pátina de agotamiento. No es fácil atender durante tanto tiempo a las oraciones por un alma difunta.

Las velas están consumidas y derramadas, huele a cera y a mecha, a sudor de niño, a piedra húmeda, a brasa, a humo frío, a caldo recalentado, a borra de café, a puñado de sal y a laurel bendecido.

El fantasma del padre se queda mirando muy fijamente cuando el hombre del carro, que viene con dos rapaces más jóvenes, se acerca a su cadáver, le coge la mano izquierda y le acerca la llama de una vela moribunda a los dedos. La piel se quema y el cuerpo muerto, como una cáscara vacía, no se inmuta. Al suelo caen las últimas tres gotas de cera. Tap, tap, tap.

La caja se dispone al lado de la cama y el cuerpo de Lorenzo, envuelto tal y como lo dejó la señora Remedios pero con la mano izquierda ahora quemada, entra en la caja de madera. Siete clavos fijan la tapa. Los martillazos despiertan del todo a los presentes, el niño más pequeño mira atento desde el colo de Lorenza y antes de que el último clavo se hunda hasta el fondo suelta una carcajada.

Cordelia le pone la mano delante de la boca, nadie entiende qué le pasa a este niño, que se ríe de todo.

No hay maldad en él, pero por qué se ríe. Será el demonio, que le hace cosquillas.

El padre de Cordelia dice bien en alto que esa caja no parece muy nueva, que si es usada. Cordelia lo manda callar y el hombre que quemó la mano al difunto y que trae una colilla en la comisura de la boca se ríe de medio lado.

El ataúd sale de su casa con los pies por delante, detrás van Cordelia del brazo de su padre, Lorenza cargando al pequeño en brazos, que da palmas sonriente, y con el otro hermano de la mano. El esfuerzo de los rapaces acomodando el ataúd en la carreta al lado de unas palas los envuelve en una nube de vaho. La primera luz azul cristalina y reconciliadora se clava en el lacrimal seco de Cordelia como si pestañease entre alfileres. Desgraciadamente no hay quien la vea ahora, las lágrimas llegan tarde para dar testimonio de ella.

Hay que llorar poco a poco, tenía razón la señora Remedios, antes de que una se abrase por dentro.

El fantasma de Lorenzo, que lo ha visto todo desde el cabecero de la cama, justo debajo del Cristo crucificado, sale de la casa el último siguiendo a su propio cortejo fúnebre. Ve la carreta alejarse y se da cuenta de que nunca volverá a su cuerpo, el único hogar que conocía, y llora también por primera vez.

Capítulo 95

La noche sirve para afilar los cuchillos, para soñar el triunfo, para alimentar el miedo, para dejar levedar la ira como un pan, para escuchar lo invisible mezclado con los ladridos de los perros y para esperar a que pase el tormenta. Para, en soledad, juntar las palabras adecuadas y repetirlas en las sombras hasta que se queden alojadas en las encías como parte del propio cuerpo. Palabras sólidas como dientes afilados que no quieran perderse en el aire.

Cada una sabe qué combinación de palabras consigue poner en marcha el mecanismo que avive el fuego interior y lo convierta en incendio.

Cinco hijos muertos, uno vivo y el filo de la navaja pasando seis veces por la piedra.

Un hijo vivo y cinco muertos.

Una navaja para vengar toda la sangre perdida por un cuerpo partido seis veces.

¿Cómo iba Dios a querer que sus hijas pasasen por el fuego?

Dios ha querido cosas peores.

Loureiro seco e sal de mar facede o medo marchar.

¿Viste que no soltó ni una lágrima? Es bien sinvergüenza, ni aunque fuera por las criaturas que quedan solitas.

Loureiro seco e sal de mar facede o medo marchar.

La niña tampoco llora, se ve que salió a ella.

Protégelo, Señor, yo soy tu esclava.
Dale conocimiento y dale salud, dile que lo espero.
Dile que su mujer nació para ser su pan y su sustento.

Borracha como tu madre. Loca como tus tías.

Líbranos, Señor, del fuego que habita en nosotras.

Huele a laurel, a sudor de niño, a brasa que se deja morir, a aliento de rezo, a encía vacía, a colilla aplastada contra el suelo, a sal y a gotas de orina. Aún no es de día pero las calles empiezan a llenarse de mujeres. Una marea que podría levantar la fábrica o reducirla a cenizas. Un ejército que camina como si fuese un día normal pero que, en realidad, va a declarar la guerra.

Dies irae

Capítulo 96

Ninguna angustia se detiene porque sea de noche pero la luz impondrá otro modo de moverse más consciente de las esquinas y los filos de las cosas. La inquietud por el día de mañana desaparece. No habrá descanso. Solo queda la ansiedad de la hora siguiente, el convencimiento de que todo transcurrirá rápido.

El próximo minuto o diez respiraciones menos hasta que llegue el momento.

Que amanezca es una buena y terrible noticia. La confirmación de que el instante se acerca y también pasará.

Capítulo 97

La ciudad entera es una gran calle comercial de mercancías que vienen y marchan a un lado y otro del océano. Somos una esquina del mundo. Todo pasa por aquí, todo arriba y todo vuelve a zarpar. Podemos tenerlo todo y perderlo todo, esa es la única certeza que nunca nos abandona.

La fábrica de tabacos espera y no está sola. Al lado hay una conservera, una fábrica de salazón, una fábrica de vidrios y un muelle para traer las mercancías. Por la misma rampa donde se descargan a diario las cajas de pescado para las conservas, las gabarras acercan a la orilla los barriles de tabaco que vienen desde Cuba. El suelo limoso de pescado, el olor espeso a tripas, espinas y sal se mezclan con partículas de tierra roja del otro lado del océano y el acre de las hojas de tabaco apretadas, pegadas a las paredes de madera.

El tabaco se descarga y se lleva a la fábrica, hay que volver a secarlo y desvenarlo, dejarlo a punto para ser usado. Hasta que llegaron las máquinas, los mismos hombres que descargaban los barriles hacían la picadura y las mujeres, los pitillos y los cigarros.

Ahora parece que las que hacen la picadura son las máquinas, pero una máquina no sabe hacer nada, solo deja caer unas cuchillas sobre el tabaco que alguien colocó cuidadosamente para ser cortado. Los pitillos también son desde hace poco cosa de las máquinas. Así que cualquier rapaza de catorce años puede colocarse al lado del ingenio de hierro, hacer girar el engranaje y sacar más pitillos al día que la mejor cigarrera. Quieren hacernos creer que las manos ya no sirven para nada y que no nos pagarán la labor en

función de cuánto produce cada cigarrera porque, según ellos, ahora es la máquina quien lo hace, pero se equivocan.

Rosario piensa que en las hojas que enrolla cada día para hacer los cigarros va escondida la voz de Tomás. Que su marido viajó en una de las bodegas de esos barcos que traen el tabaco desde La Habana, que su voz y las de sus compañeros se quedaron flotando en el aire como se quedan los últimos alientos de los difuntos. Cada vez que en un despacho, en un salón o en un palacio se enciende un cigarro puro, el humo lleva en suspensión la memoria de los que viajaron en aquellas bodegas sin ver el sol durante semanas, la espalda rota de los que recolectaron las hojas y desde ahora la ira de las mujeres sustituidas por una máquina. Ningún gesto es inocente y los objetos guardan en sí más memoria de la que podremos nunca contar con palabras.

Una blusa de hilo con entredoses. Cosida para el ajuar de una joven muerta en la flor de la vida, que pasó luego por las manos de la Chambona y acaba doblada en la casa de Rosario. Una mujer que lleva consigo un cuchillo escondido desde que su marido marchó a Cuba y que con cada barco que arriba lleno de mercancía siente que la distancia que la separa de él es cada vez más grande. Esperar es la posición más incómoda.

Con un convencimiento que no sabe de dónde viene, Rosario abrocha sobre su cuerpo los botones de guisante de la camisa nueva como si se ajustase una coraza o una armadura. La tela fina del encaje al contacto con su piel eriza el vello que lleva tanto tiempo sin notar un roce.

Capítulo 98

Hay muertos que después de velarlos dos días enteros se despertaron al sentir el golpe de la tierra contra la tapa de madera. Es nuestro deber mantener la esperanza. El enterrador tira la primera palada encima del ataúd y espera unos segundos, se queda en silencio mientras en su cabeza repite tres veces:

Escapa, fillo,
se non é a túa hora.

El hijo más pequeño, el que constantemente se ríe, volvió a adormecerse en el hombro amortiguado de Lorenza, el otro niño observa la escena como si fuese él el único despierto y la tierra se hubiese detenido.

Escapa, fillo.

Las respiraciones de los presentes se detienen en un gesto final de impaciencia, necesitan que todo esto termine de una vez.

Escapa.

El muerto decide no escapar. Los ritmos de las respiraciones y las paladas de tierra se acompasan hasta que el ataúd queda completamente enterrado y los pulmones, llenos de aire nuevo. Las lombrices y los escarabajos se reacomodan en la tierra removida. Los topos se permanecen quietos y escondidos, ellos sienten la vibración de la tierra que cae encima de la madera como si fuese un terremoto. El hueco desaparece por completo y lo que era fosa es ahora una tumba.

A esta hora aún no llueve. Cordelia, su padre, Lorenza y los niños vuelven en silencio caminando a un hogar que ahora parece más vacío. Un velatorio, aunque sea por un mal hombre, da mucha vida a una casa.

Capítulo 99

Moncha la Chambona coloca un pollo desplumado sobre un taco de madera y, de un golpe limpio, le rebana el cuello con la macheta. La cabeza del pollo cae al suelo con un ruido pesado y húmedo de carne muerta.

A ver qué haces hoy, a ver en qué te metes que luego no te busques un problema. Que eres muy lercha, respondes por todo y a veces hay que callarse, ¿oíste? Hay que dejar que hablen otras, que lleven la fama otras.

Una mosca azul, que hasta ese momento se golpeaba sin parar contra la ventana, se tira en picado y aterriza en la cabeza del pollo muerto. Va directa al corte, al sabor crudo de la carne escondida bajo la piel.

Te echan siempre la culpa de todo por la fama que tienes. Eres muy espabilada, pero después las calladas son las que llevan los privilegios, dime tú de qué te sirve.

Ramona bebe agua caliente con unto y azúcar y no contesta, solo deja hablar a la madre, las entrañas se le retuercen y las sienes le oprimen la vista.

Yo conseguí lo que conseguí de estar calladiiita calladiiita, de hacerme la tonta a veces, de dar las gracias siempre y decir sí, señora. Hay que ser lista y tú eres muy brava. Te va bien porque me tienes a mí, pero, si yo te falto, ¿qué?

Ramona responde un boh con los párpados medio caídos por el dolor de cabeza, pero con el tono desafiante intacto. Nada la pone a una al borde de sí misma como el dolor puntual de la entraña propia y la sensación de que la luz le punza los ojos.

No hago bueno de ti.

La macheta golpea la madera, parte huesos, separa carne de cartílagos y subraya las palabras de Moncha con hilos de sangre, pequeños pedazos de hígado y piel caen al suelo. La mosca se siente bendecida y da pequeños revuelos para acomodarse una y otra vez. La desgracia de unos es la suerte de quien menos nos esperamos.

Ya llorarás cuando te falte tu madre.

El pollo que está siendo descuartizado llegó anteayer a la casa vivo junto con otro que ahora mira la escena estupefacto metido en un cajón con un puñado de maíz y un pocillo con agua. Las gallinas pueden no ser muy listas pero ver cómo parten en pedazos a una de ellas no las deja indiferentes. El pollo vivo se da cuenta en ese momento de que un cordel roñoso sujeta su pata a la de una silla y de que el filo que corta ahora los muslos de otro en pedazos vendrá a buscarlo dentro de poco.

Ramona sorbe en silencio con los ojos aún medio cerrados.

Si un día yo te falto, ya verás, no tienes nada de lo que crees que tienes. Que muy bien te va solo por estar conmigo y por ser mi hija. Que tienes ese puesto en la fábrica porque fui yo arrastrándome a pedirlo para ti.

Las madres pueden odiarnos tanto o más que cualquiera, con un sentimiento de propiedad que las ciega a cualquier razonamiento. Que la maestra de su cuadrilla le dijese tantas veces que parecería que había nacido para liar tabaco con esos dedos ágiles y delgados y que a los tres días de llegar ya estuviera haciendo mazos enteros como cualquier cigarrera veterana da igual. Hacer demasiado bien algo, quieras o no, es inevitable que despierte el rencor ajeno. Da igual que Ramona líe los cigarros impecablemente casi desde el primer día, la madre no va a dejar de echarle en cara todo lo que le debe. Los favores no se hacen por una gracia sino para sellar una servidumbre.

Ramona hunde la cara en la cunca y sorbe hasta la última gota de grasa líquida. Moncha sigue mientras amontona trozos de pollo en un plato de barro.

Has de llorar sangre y te has de acordar de lo que te digo.

La macheta sube y baja señalando a Ramona y deja suspendido en el aire olor a entraña húmeda. El pollo vivo pega un grito destemplado que interrumpe la conversación y aletea en un gesto de desesperación insoportable.

Te has de acordar de tu madre.

Ramona se levanta y siente el bajo vientre como una vasija llena de líquido caliente a punto de rebosar, el olor a hígado de pollo le provoca una náusea que le llena la boca de saliva. Que en este día justamente el cuerpo haya decidido abrírsele por dentro y tenga que ir a pelear sangrando parece un arreglo del demonio o de su madre.

La suerte tiene caprichos que alteran el curso de la mano de Dios y que la llevan a una donde nunca imaginó, por eso hay que estar siempre atenta. Moncha lo sabe y sería bien capaz de firmar un trato con el mismo Satanás con tal de sacar un beneficio. Gracias a eso su hija tiene lo que tiene aunque no quiera admitirlo.

Hará dos o tres años, una viuda llena de deudas, de esas que viven en la ciudad alta, mandó recado a Moncha la Chambona para dejarle en prenda, a cambio de un dinero, un mantón bordado traído de China. Una pieza de seda que daba miedo mirar, cada hilo parecía que se podría desintegrar con el roce de los dedos de personas normales.

Cuando se cumplió el plazo, la mujer no tenía dinero suficiente para recuperar el mantón, aunque seguía siendo rica y teniendo criadas, y Moncha, lista como una chispa, le pidió el dinero que tenía en ese momento y que hablase con el director de la fábrica de tabacos, que era hermano de su difunto esposo, para que su niña entrase como cigarrera. La deuda quedó así saldada.

El mantón volvió a la cómoda de castaño a donde pertenecía, pero nunca se recuperó de la vergüenza de quedar en manos que no se lavaban a diario y en menos de un año se dejó devorar por la polilla.

Cuando Ramona abre la puerta para marcharse, una racha de viento húmedo la golpea, avienta las chispas en la lareira, les levanta las faldas a las dos mujeres y llena la casa de olor a tormenta. La mosca es empujada al fuego sin que sus alas puedan

evitarlo, muere abrasada y feliz como cualquiera que antes de que le llegue la hora encuentra un tesoro. El pollo que queda vivo parece comprender la escena en ese mismo momento, rompe el cordel que le sujetaba la pata y escapa aleteando por la puerta detrás de Ramona, torpe y atolondrado como si acabase de recordar para qué sirven las alas.

Moncha sale corriendo con la macheta en la mano, pero solo llega a tiempo de ver a Ramona doblar la esquina y desaparecer. El pollo dejó tras de sí un reguero de plumas y la mira desde lo alto de su propio tejado como un condenado que consigue huir el día antes de su ejecución.

Capítulo 100

Chambonear es un talento. Es hacer creer que se vende a saldo cuando en realidad se vende al doble, o que se está haciendo un favor a quien compra porque no se quiere vender. Que parezca siempre que haces lo que no quieres hacer y al mismo tiempo que los demás hagan lo que tú quieres.

Hay criaturas que llevan dentro un saber que las demás ignoramos y desde la edad tierna buscan la mirada de los demás. Ramona nació en una casa donde se rapiña lo que era de otros. Era natural que empezase por procurar la atención. Es lo primero que robamos cuando conocemos la avaricia. Lo material viene después.

La niña era un juguete vivo. A las señoras les gustan mucho los niños pequeñitos, les gusta vestirlos como si fueran muñecos y sentarlos a la mesa, algunas hasta los sientan con sus propios hijos y se dicen, mira, vista así nadie diría que es pobre, o peor, nadie diría que es la hija de una chambona, o, aún peor, nadie diría que es una muerta de hambre. Entonces la niña Ramona soltaba una de esas frases de su madre, una blasfemia, una maldición de taberna por su boca sin dientes y se volvía un divertimento para las señoras, que se escandalizaban y se reían escondiendo la cara entre las manos.

La cuestión no es tanto que la niña pudiera ser tan malcriada como cualquiera de los hijos de los ricos o tan lercha como su madre, sino que los niños de esas señoras, por ser hijos de matrimonios que no admiten otra cosa que lo que Dios manda y como Dios manda, solo aprenden a ponerse encajes y comer con cucharas de plata. Niños que no sirven para nada. Que no saben

valerse solos. Ramona podría comerlos vivos y echar luego los huesos a los perros. Quien nace con el talento de ver la debilidad en los otros no puede conformarse con una vida sometida, aunque la tolere a ratos.

Es inevitable el desprecio por los débiles.

Capítulo 101

Hay un camino de colillas inequívoco desde la puerta de casa hasta el centro mismo de la estancia donde se veló a Lorenzo y restos de aguardiente en varios vasos abandonados. Gotas de cera en el suelo y sobre la mesilla de noche, velas enteras consumidas. Huele a brasa decaída, a hilo de humo moribundo, a conversaciones apagadas. La penumbra de ahora parece fingida después de tanta actividad nocturna, el vacío de la casa golpea a Cordelia con tal violencia que tiene que hacer un esfuerzo para no vomitar allí mismo.

Padre.
¿Oíste las gaviotas cómo chillan?
Oí, padre, atienda.
Son putas y vuelan bajo, así roban todo lo que pueden.

Al viejo hay que recordarle todo, todos los días, muchas veces cada día. La mayor parte del tiempo está viviendo en las tempestades de su memoria y piensa que esa casa no es su casa, que el barco donde pasó más de media vida zarpó y lo dejó en tierra. Los días buenos habla de países desconocidos o simplemente no habla, se queda quieto mirando como si escuchase algo que se nos escapa a todos. Como si el cabo que lo amarra a esta parte de la vida se hubiese roto. Rara vez tienen la sensación de que está con ellos, por eso tampoco importa mucho si se le escucha o no, porque no hay nada que les confirme que está ahí salvo porque su carne los acompaña.

En algún momento su mente decidió no volver de alta mar, cada vez que alguien le recuerda que ahora ya no está navegando es como golpearle la cabeza con una piedra, se queda en silencio hasta que su mente vuelve a rodearse de niebla tranquilizadora.

Traen el temporal con ellas, las persigue.

Ya, ya sé. Mire, padre, escuche, yo me voy a la fábrica.

Cordelia le habla controlando la náusea que le provoca pensar en sí misma limpiando la casa, de sentir que el olor a velatorio se le adhiere a la piel y a la punta de los cabellos. Un miedo frío le entra hasta la médula como una llamada urgente y tiene que marcharse. Olvidarse al menos por unas horas de lo que ha pasado. Volver de trabajar cuando ya todo esté limpio y el hecho de la muerte no sea más que un recuerdo, la manera más tranquila de pensar en los difuntos. Como algo pasado, nunca como presente.

Luego le hace una seña a su hija, que la atiende mientras prepara el desayuno a los hermanos, para que vigile al viejo. Que no lo deje salir, que lo encierre si hace falta y que le haga comer y dormir, que lo atienda. Todo eso le dice solo arqueando las cejas y moviendo de lado la cabeza.

Lorenza está perfectamente adiestrada para eso de entenderse sin hablar.

Se puede decir todo sin una palabra.

Queda usted aquí.

Quedo, sí. Quedo.

Cuando Cordelia ya está saliendo por la puerta y siente que el aire fresco vuelve a entrarle en los pulmones, el viejo se sobresalta como si de repente recibiese un recado importante.

Pero si me llaman para embarcar me voy.

Capítulo 102

Es necesario explicar muchas cosas para entender el instante.

Hay una entraña profunda que compartimos unas y otras, un musgo oscuro y abrasador que anida detrás mismo de los intestinos, un lugar más profundo que los bronquios o la médula. Esa parte de ser nosotras que no se aprende, que simplemente encendiéndose hace que miremos y ya lo sepamos todo. Esa es la memoria secreta. Un mecanismo que se pone en marcha con la propia existencia y nos fuerza a entenderlo todo, a ver lo que se esconde en el borde invisible de las palabras y sentir el rastro de lo inconfesable bajo el polvo de las alfombras o en las telas de araña.

Lorenza hará lo que la madre le diga y cuidará del viejo, lo seguirá a donde vaya si no es capaz de contenerlo. Nadie le ha dicho que eso es lo que tiene que hacer y no es necesario que las palabras sean pronunciadas. Lo que se dice es una cosa, lo que se quiere decir es otra y lo que se calla, otra distinta. Todo puede ser cierto, aunque es en lo que se calla donde se guarda más porción de verdad.

De ahí venimos, del silencio y el disimulo, de la negación y el servicio, de la aceptación de los demás para la negación propia. Solo quien entienda esto entenderá la dimensión de la herida que arrastramos. Nacemos con una parte ya un poco muerta, una parte que no nos pertenece a cada una sino a la memoria de todas nosotras.

Capítulo 103

Una solo necesita bajar con un poco de leña, montar un fuego a la hora en que las cigarreras y los trabajadores de las fábricas de alrededor paran para comer y procurar que no se apague. Ir colocando encima del fuego las tarteras, latas, ollas, escudillas…, dar calor por orden a todo lo que llegue. Un poco de caldo, un par de sardinas asadas con una patata cocida, un potaje de garbanzos con unas lascas de bacalao, un caldo hecho papas con harina de maíz, patatas cocidas con rustrido…, se cobran unos céntimos por cada comida recalentada y después de la hora se acabó. Pueden recogerlo todo, volver a casa y hacer otras cosas.

La mayoría de las calentadoras son rapazas a las que les gustaría entrar a trabajar a cubierto en la fábrica o viejas que ya no son capaces de ganar un jornal.

La mañana del lunes, después de la tormenta de la noche, la plaza está llena de barro y de charcos enormes. Los bajos de las faldas van absorbiendo la humedad, en un par de horas pesará como un fardo y llegará casi a las rodillas. Aunque sea incómodo cargar con peso y sea difícil moverse con soltura, es más seguro que la saya esté mojada. No es la primera vez que una mala racha de viento tira un pedazo de tela en las brasas y la rapaza acaba quemada de arriba abajo. Las más jóvenes tienen la ilusión de dejar un día de calentar comida a la intemperie y entrar en la fábrica, pero muchas de ellas se han quemado ya las manos tantas veces que sus dedos han perdido la sensibilidad para doblegar con paciencia la hoja de tabaco, para sentir cuál es la presión justa que hace que el cigarro tire sin deshacerse, la finura necesaria para que los pitillos parezcan

casi una obra de arte, todos iguales, blancos e inmaculados como velitas en un altar infantil.

No hay que aprender nada nuevo para ser calentadora. Solo hacer lo que se hace en casa. Las cigarreras comen lo mismo que todo el mundo.

¿Cómo hará una cocinera para resistirse a probar lo que cocina para los señores? Seguro que no se resiste, lo prueba y no siente que roba cuando lo hace. Hay muchas señoras a las que no les gusta que las criadas coman lo mismo que ellas, dicen que no es manera de marcar las distancias. Nadie entiende bien de qué distancias hablan, pero es que las señoras siempre hablan desde un lugar que parece que queda lejos de la vida de todos, como cuando se habla de Dios, que está en los cielos y al mismo tiempo en los corazones.

Capítulo 104

Quien vive lejos es más consciente del tiempo y la distancia, por eso las de Elviña son siempre de las primeras en la fila de la entrada. Cruz, la Cruzhija y el resto de las que llaman las pailanas echaron a andar cuando aún era de noche para estar aquí antes que nadie y no mezclarse con las ansias de pelea. Se miran las unas a las otras buscando afirmar la confianza, con el deseo de que al final las máquinas ardan en el infierno, el impulso de consultar a Cruz qué hacer y con la voz de don Eliseo en el fondo de la cabeza gritándoles que más vale que no lo dejen en vergüenza.

Es imposible complacer a todo el mundo.

Las llaman pailanas y ellas llaman a las de Coruña las señoritas con tono de retranca, es decir, con absoluta seriedad. Cualquiera de estas rapazas está en deuda con Cruz porque la sacó de la aldea, y sus padres o sus maridos, porque les entra un sueldo en la casa que no depende de la tierra. Cruz puede pedir pagos en dinero o en especie además de en respeto. Una vez arregló un asunto de paso por un camino vecinal consiguiéndole al dueño del terreno que la hija entrase en la fábrica. A la rapaza luego la echaron por robar tabaco y el padre la malló a palos. Normal.

Los favores nunca desaparecen y las cigarreras siguen atravesando el camino acordado, la ladrona enfermó ese mismo invierno y subió al cielo sin oponer resistencia. La vergüenza en las aldeas es un peso insoportable.

Las rapazas llaman al trabajo en el campo la esclavitud y, aunque las de Coruña las llamen pailanas, ellas son las señoritas de su aldea

y miran por encima del hombro a las que cargan el carro de hierba seca y van con las vacas al monte.

No hace falta casi nada para despertar el orgullo, solo que alguien esté un poco más desfavorecido para hacernos sentir dignas. De eso se aprovechan aquellos que nos roban mientras nos afanamos.

Capítulo 105

La entrada es completamente pacífica vista desde la superficie. Las comisuras de las bocas van selladas con fuerza y los ojos se ajustan más para mirar al frente porque el horizonte no es la labor inmediata, sino estar al acecho hasta la hora del asalto. En la fila se miran las unas a las otras, impasibles o intercambiando un gesto imperceptible para las ajenas al secreto.

Diciendo sin decir.

Casi nadie quiere, en realidad, ir a la guerra y quien lo hace es porque está acorralada, así que muchas entran pensando que tal vez ocurra un milagro y no haya que levantarse. Algunas hay que rezan por dentro, los padrenuestros son una espiral de humo que sube desde el centro de los pulmones, una pequeña brasa que da calor durante una tormenta pero que también podría incendiar una casa.

La que no sabe qué es lo que va a pasar hoy es porque no le llegó la voz, porque ayer no estaba donde debía, porque no tiene amigas que la avisen, porque no hay quien le hable. Pobre de ella, algo habrá hecho.

Lo saben las suficientes para dar el primer impulso y empujar al resto, eso es lo único que importa.

Capítulo 106

Vivir al lado de la fábrica es una suerte, especialmente si parte de tu trabajo es entrar la primera y controlar la entrada de las demás, y aún más si eres ciega y el camino es apenas una línea recta guiada por el olor a mar mezclado con el de fardo de hoja de tabaco, un poco más a la izquierda del olor a pescado.

Madalena y su madre son de las primeras almas en cruzar la puerta detrás de Pepe el Portero. La madre se queda sentada en un banco de la entrada hasta que llega Rosario, que la lleva del brazo a la mesa que comparte con el resto de su cuadrilla. Le pone al lado de las manos la picadura y el papel y la vieja empieza a liar pitillos mejor que antes de quedarse ciega.

Justo en el piso de abajo, Madalena está apostada en la puerta viendo pasar a todas como un gran rebaño obediente. La electricidad que trae el aire de tormenta le hormiguea en la punta de los dedos, justo bajo las uñas, la única parte sensible que se salvó del fuego. La piel quemada entre los pechos se superpone formando arabescos que quedan ocultos bajo la camisa pero que marcan el lugar donde su aliento da la vuelta y la mantiene con vida una respiración detrás de otra. En la cintura de la falda lleva la navaja que afiló anoche invocando a sus hijos, el vivo y los muertos, y mira a todas las que entran con la autoridad de quien custodia la puerta y registra a las trabajadoras a la salida. Hoy puede pasar lo que pase, ella se conforma con que la madre no salga herida. La vieja no quiso quedarse en casa. No podrá verlo, pero no quiere tampoco que se lo cuenten. Siempre se queja de que lleva trabajando toda su vida, pero hoy precisamente no quería perderse el espectáculo, aunque solo pueda sentirlo llegar.

Nadie se acuerda de los ciegos cuando llega el apocalipsis, pero a lo mejor para ellos es más fácil distinguir dónde ponerse a salvo, por ese sentido de entender el mundo que no tiene nada que ver con los ojos sino con el cuerpo entero.

Cada día, al terminar la jornada, antes de salir, las cigarreras se colocan en fila y se dejan registrar. Levantan las manos, la falda, abren el capazo y se dejan palpar la cintura, la espalda, las piernas, las costillas, las axilas, las faltriqueras, los hatillos…, son tantos los pliegues de un cuerpo.

Pepe el Portero supervisa a los mozos del almacén, los que descargan el tabaco y hacían la picadura hasta que llegaron las máquinas. A veces mira las manos pasar de una a otra como si las porteras, en lugar de tocar la carne de otras mujeres, lo estuviesen tocando a él. No es fácil ser hombre y ver cada día el registro, hay que tener una fortaleza especial, una mirada que no admita la flaqueza. El ser humano es previsible, cualquier roce de piel mínimo consigue hacerle sentir el salto caliente del deseo o del asco.

Las cuadrillas se turnan para salir las primeras porque si no habría una guerra civil cada día. Mientras las porteras revisan y supervisan a las maestras, Pepe el Portero apunta y les dice que miren ahí debajo, que levanten esa tela que arrastra o un mandil que tiene una doblez rara. Las mujeres se amontonan, da igual que tengan prisa o que pierdan la paciencia. Algunas piden que las dejen pasar delante porque sus criaturas están solas, porque los pechos se les revientan de leche, porque aún tienen que volver a tiempo para preparar la cena.

A primera vista, Pepe el Portero no parece un coloso que alguien pondría delante de una puerta para intimidar. Sin embargo, es capaz de levantar del suelo a dos mujeres que se pelean tirándose de los pelos y disolver a la multitud que las anima. Supervisa los registros de lejos y alimenta así la rabia que le urge el cuerpo siempre a punto de explotar.

Capítulo 107

Desde que Antígona se pegó con la lavandera de Monelos y la arrastró de los pelos por toda la Palloza, está prohibido armar disturbios cerca de la fábrica. Como ni la lavandera ni Antígona saben leer, no pudieron enterarse de que su pelea se contó en el periódico como un chiste. Si lo supiesen, la misma Antígona, que después de estampar a su enemiga contra el suelo le cogió las sábanas limpias y escupió en ellas, podría ir a aquel que escribió el artículo a pedirle que le explique lo gracioso de tirarse por el suelo a defender a los propios hijos. La lavandera le daría la razón y la ayudaría a pisarle la cabeza.

Las mujeres somos capaces de sacarnos los ojos entre nosotras y luego ir juntas contra cualquiera. Somos temibles porque sabemos que estamos solas.

La de Antígona con la de Monelos fue la última pelea que se vio en la plaza antes de la prohibición, se recuerda como un momento glorioso y sigue contándose en las tabernas como una hazaña. Nadie pensaría que una mujer que está aún dando de mamar, blanca como un espectro y con ojeras hasta la boca, sería capaz de tumbar a una lavandera recia como una vaca. Los cuerpos guardan dentro de sí fuerzas que ni ellos mismos conocen.

Capítulo 108

Aunque las cigarreras vengan insultándose por la calle, se callan como en misa en cuanto dan la vuelta a la esquina y la fábrica aparece delante de ellas. El edificio impone silencio como una gran montaña varada al lado del mar, pero no borra la memoria de la pelea, al contrario, la reviste de solemnidad.

Ese es el legado de Antígona a todas nosotras.

Capítulo 109

La casa que veló al muerto tiene que volver a ser una casa de vivos. El viejo dormita sentado en una silla mientras Lorenza desprende de la mesa de noche los restos de cera seca, abre las ventanas para que se mude el aire y deja la ropa de la cama preparada para llevar a lavar en un cesto. Las estampas de las paredes descansan, por fin, recuperan fuerzas para cuando haya que rezar por los que habitan entre estas cuatro paredes. A los santos les resulta mucho más agradable interceder por los vivos, aunque sea por causas imposibles. Los milagros están ahí donde queda un último suspiro que exhalar, los muertos ya pueden seguir su curso.

Del velatorio solo queda un olor persistente a cera quemada.

El ánimo en la fábrica empieza a hormiguear en las manos de las que hacen fila para entrar mientras Lorenza, doblada sobre sí misma, barre el suelo. Una caterva de niños viene a buscar a los hermanos pequeños porque en la playa apareció una ballena. No hay para ellos un acontecimiento mayor que un monstruo varado en la arena. Ni una guerra, ni un naufragio, ni la muerte de un padre. Nada.

El viejo no oye el entusiasmo de las criaturas porque lo venció el sueño y ronca con la boca abierta.

Capítulo 110

En la fila, Ramona camina al lado de Dosinda mientras se acercan a la puerta, mira al frente para no sentir las miradas de las otras. Se sabe ya depositaria de gran parte de la ira común solo por ser una de las que llevó el mensaje a las demás, y hoy justamente su cuerpo decidió rebelarse contra ella. Mira al frente para que no se le note que le cuesta mantenerse erguida y siente la humedad sanguínea entre las piernas empapando la tela que la protege. Al pasar al lado de Madalena y pisar por fin las baldosas de la entrada, levanta la cabeza y la mira de frente sonriendo con malicia aunque en ese momento el vientre le dé una punzada. Dosinda la ve sonreír y reza por dentro. Pide a Dios y a quien haga falta para que no quieran que Ramona salga mal de esta.

Que no la echen de la fábrica, que no se pegue con nadie, que no salga herida, Dios mío. Que ya sé que es terca como una mula, pero no es mala. Ayúdala, Señor.

Amén.

Todo lo que Dosinda sufre a Moncha la Chambona le serviría para empezar otra guerra y, aunque en este momento esté maldiciendo a Ramona por dejar escapar al pollo vivo, confía en que su hija no se va a dejar domar. La Chambona sería capaz de presentarse en la fábrica con un saco de piedras, hacérselas tragar a quien hiciese mal a Ramona y luego tirarlo al mar.

Los hijos de Antígona durmieron la noche entera como benditos. Una prole de carne amontonada y sudorosa, Dios los bendiga. Jacoba queda encargada de todos ellos y de llevar al pequeño para que Antígona lo alimente antes de que estalle la revuelta. Una no

puede ir a la guerra con los pechos llenos. El cuerpo se empeña siempre en ser nuestro lastre.

No trae almuerzo para ella, pero trae el resto del cuartillo de vino en el capazo y dos piedras grandes que cogió por el camino. Dos piedras que podrían abrir cabezas, romper ventanas o partir voluntades solo con verlas acercarse en las manos de una mujer harta de ser sustento.

Capítulo 111

Dosinda, Ramona y Antígona llevan desde primera hora cada una su hoja de laurel en el nacimiento mismo del pelo, encima de la nuca, bien amarrada con la trenza. Es importante acompañarse de aquello que la ancla a una al suelo en caso de tempestad, tener algo que nos recuerde que el valor reside en nosotras en caso de que la tierra quiera abrirse bajo nuestros pies, que lo que nos salva es nuestra voluntad de vivir y no echarnos atrás. La ira.

Capítulo 112

Un director, un contador, un tesorero, un pesador, un escribano, un inspector de labores, un portero y tres mozos de almacén.

Ninguno vale más que una de nosotras, ninguno hace nada que no podríamos hacer nosotras. Ninguno serviría para hacer cigarros con la misma mano con que se coge el pecho y se pone en las bocas de las criaturas, mientras con la otra deja en remojo la ropa para lavarla más tarde, las mismas manos que retuercen el cuello de un pollo y luego ponen la presión exacta para que el humo no se trabe, la vena no obstruya ni las hojas se desprendan.

Las operarias somos miles entrando en fila, una serpiente gigantesca que da la vuelta a la plaza.

Una puerta doble que da a la rampa del puerto por donde entran las mercancías y otra puerta grande que da a la plaza por donde entran las trabajadoras. Una escalera como una columna vertebral enorme cruje bajo los pies de las que subimos a los talleres. Abajo, el suelo firme está reservado para las oficinas y los almacenes.

Capítulo 113

La silla, para sentarse. Cada una la suya.

El capazo, para colocar las hojas de tabaco bien secas con las que elaborar los cigarros. Las armas, en los pliegues de las ropas donde antes se escondieron los hijos. Navajas y cuchillos como aguijones, piedras y escapularios. Ni el cuerpo ni el alma se salvan solos, confiarse es morir antes del ataque.

En la punta de la lengua, la palabra que avive la rabia y ayude a masticar este tiempo eléctrico hasta el momento del estallido.

Capítulo 114

Tres mozos de almacén que levanten pesos, que arrastren los barriles desde las rampas a los almacenes. Que crucen la pasarela desde una gabarra cargada hasta arriba como una montaña flotante, que carguen un fardo y con él en la espalda crucen la tabla de madera un pie delante de otro hasta el almacén, y así uno sobre otro, y otro, y otro. Hojas de tabaco listas para ser picadas o desvenadas. Miles, millones de hojas pegadas unas a otras y tres espaldas que las carguen en medio de una nube de olor a tabaco, moho, sal y alga podrida.

Tres mozos de almacén como tres buenas bestias de carga que traigan y lleven barriles de hoja de tabaco de Virginia o de La Habana que llegan en bodegas de barcos que son como cuevas submarinas, que fumen pitillos, que se rían de lado.

Tres rapaces fuertes que miran con envidia a los marinos extranjeros porque se marchan en cualquier momento y no se les niega nada.

Las almas líquidas se reconocen entre ellas.

Capítulo 115

Los talleres largos como galeras en los que las cigarreras laboran con la cabeza baja dibujan una simetría tranquilizadora de cuerpos en orden y movimientos sincronizados. Cabezas perfectamente alineadas, cada codo roza el siguiente codo como una cadena de carne, un gran monstruo hecho de brazos y manos que no se detienen. La respiración conjunta de miles de mujeres ordenadas, el rumor del roce de las hojas de tabaco, el toque leve de la cuchilla al posarse en la madera, el gemido por el dolor de cuello, la tos y la voz baja.

Talleres rectangulares y largos, con mesas en fila y divididos al centro con estanterías donde colocar los mazos de cigarros recién hechos. Nada más. Manos rápidas que doblan, enrollan, encolan, unos ojos más o menos fijos y una mente que va y viene. Maestras recorren las mesas, supervisan los cigarros hechos, se dan la vuelta y no miran cuando alguien da a otra algún cigarro o cuando se lo quita. Eso, la mayor parte del tiempo, es cosa de ellas.

Capítulo 116

A las once menos diez, Jacoba, hija de Antígona y madre pequeña de sus propios hermanos, sale de la fábrica con la cría más pequeña envuelta en un mantón. Recién comido, con las comisuras de la boca aún húmedas de leche, la carne infantil despide un calor pegajoso y sosegante. Madalena aprovechó un despiste de Pepe el Portero para dejarla pasar, no quiere ser ella la que deje a una criatura inocente sin el sustento de su madre.

Las calentadoras tienen todo preparado porque dentro de poco será la hora de comer.

Cuando María llega desde Elviña con el almuerzo de las Cruces en la cabeza, Faísca ya tiene tres o cuatro hombres de esos que descargan en el muelle esperando turno para calentar su jornal. A María le da igual esperar un poco, lo único que tiene que hacer es estar ahí. Sabe que algo puede pasar hoy, aunque no sabe bien el qué, la madre le dijo que a lo mejor no era nada, que trajese la comida, como siempre, y esperase. Su hermana, también como siempre, metió cizaña y le dijo que se prepare, que ya verá.

Cruz manda venir a María con la comida porque tiene la esperanza de que en el último momento todo se calme, que la rabia de ayer se haya enfriado con la tormenta de la noche y que la lluvia haya arrasado toda la pólvora del ánimo. Espera que den las once con una piedra en el estómago, si pudiese comer lo más seguro es que lo vomitase todo.

Faísca tiene nueve años, dos más que María, es rápida y espabilada como una centella. Viven en ella el ansia de la niña, el

hambre del pobre y la curiosidad infantil. Todo a la vez.

A María le gusta de Faísca que sabe muchas cosas y no le habla como si fuera tonta. Mantiene un fuego encendido y habla con la gente que se le acerca, sabe cobrar sin que se le escape nadie, con la misma cuchara de palo remueve todo lo que pasa por su candela y, si la persona se despista, lo prueba. Mueve las manos rápido para que la brasa no se le apague aunque sople el viento y usa siempre las mismas tres piedras para resguardar el fuego porque, según ella, las piedras ya saben lo que tienen que hacer.

La madre de Faísca era una de esas mujeres que vienen de las aldeas a servir, internas, que al poco de llegar se quedan preñadas y nunca dicen de quién.

Capítulo 117

Al fondo de la bahía, bajo las quillas de los barcos, donde el sol no alumbra nunca, no ha llegado aún noticia de lo que va a ocurrir en la fábrica dentro de unos minutos, allí solo se habla de la ballena muerta. De cómo ha podido ser. Quién fue el último pez que la vio con vida, cómo una ballena puede morir sin más, golpearse, dejar de respirar y ser arrastrada hasta la orilla. Una ballena anciana, el día que siente venir su muerte, simplemente deja de nadar y se deja bajar. Sin más estruendo que el que hacen las burbujas de aire cuando salen por última vez del cuerpo, un peso abandonándose al fondo y depositándose en la arena húmeda. Sirve primero de alimento a los peces más pequeños y de refugio después, cuando el esqueleto queda al aire y los corales quieran habitarlo.

El espectáculo terrorífico de los niños subiéndose encima de la montaña de carne muerta en la playa solo causa espanto en las criaturas marinas, que reafirman su idea de que todo lo que sucede a este lado del agua es una pura barbarie. Es necesario huir de esas bestias, ni las ballenas están a salvo.

Los niños de Cordelia, los de Antígona y los de otras madres están subidos a la bestia marina, que, además de empezar a pudrirse, huele a carne salada y seca.

Son una masa informe de brazos y piernas que corren. Cabezas redondas con orejas despegadas, encías vacías y dientes rotos o a medio salir. Nacen igual y mueren a docenas en cuanto viene un mal aire, que entra por el puerto y sale por la playa después de atravesar a todos los niños que encuentra a su paso. Así de frágil es nacer y

aún más morir, por eso hay que dejarlos al menos correr libres. Es lo que se van a llevar si no consiguen pasar del próximo invierno.

Capítulo 118

Nadie cuenta los minutos pero todas sienten que llegó la hora.

Capítulo 119

El minutero del reloj se coloca por fin en lo más alto de la esfera y comienzan a sonar las campanas. La manos se detienen y se abre la puerta a un nuevo tipo de silencio, un vacío que comprime los oídos y deja un sabor metálico en las encías.

¿Siempre resonaron así las campanas? ¿Siempre se quedó la vibración del metal en el aire como si pudiese atravesar las piedras de las paredes?

No son solo las campanas de la fábrica las que marcan las once, todos los campanarios de todas las iglesias desde la ciudad alta hasta esta orilla repiten la hora y no dejan ni a un alma sin aviso.

Silencio para que entre el sonido. Llegó la hora.

Cuatro,

cinco…

Antígona se levanta de las primeras. Dar el pecho a su criatura la ha liberado para erguirse y parece la jefa de un batallón de fantasmas. Alta y lívida como una aparición. No dice ni una palabra pero empieza a marcar las campanadas con el puño sobre la mesa con tal fuerza que las pilas de cigarros empiezan a caer al suelo.

Siete.

Ocho.

Nueve.

En otras mesas empiezan a seguir también el ritmo de las campanas, los puños sobre las mesas y ni una palabra. El latido del corazón de un animal acorralado, el sudor frío del momento antes del ataque.

Cruz se queda parada y agarra el brazo de la Cruzhija, las de Elviña no se levantan pero esperan con los ojos brillantes y la respiración cortada.

Diez.

Once.

Las once.

El supervisor de labores, que al oír el ruido de los golpes subió las escaleras corriendo desde su despacho, entra en el taller, donde más de la mitad de las mujeres ha parado y la otra mitad se ha puesto de pie.

Ya está bien, siéntense, esto no es un salón de baile. Cada una a lo suyo.

Lo dice con el tono confiado de quien está seguro de que va a ser obedecido. La madre de Madalena, que hasta ese momento no había parado sus manos, se pone de pie como si despertase de repente de su ceguera, mira de frente al lugar de donde viene la voz y, con los ojos fijos y vacíos, saca de debajo del mandil el mismo cuchillo que usó para pelar las patatas el día anterior.

Tú calla. Saco de esterco.

El hombre se queda un instante congelado, se oye una risa ahogada al fondo. Es difícil no querer unirse a un ejército comandado por una ciega que decide pelear, muchas de las indecisas se ponen de pie y echan mano a las navajas que afilaron anoche o simplemente cierran los puños sin apartar la vista.

¡¡¡Larga d'aquí, cabrón!!!

La madre de Madalena grita y desata el caos como si abriese las compuertas del infierno.

El hombre se tambalea, intenta retroceder, tropieza y busca la salida como una presa que huye de los cazadores. Más tarde, al dar su testimonio a las autoridades, dirá que no podría asegurarlo pero su sensación fue que el suelo temblaba. El desconcierto y los gritos cuando alguien al que creíamos sometido se rebela contra nosotros pueden confundirse fácilmente con un terremoto.

Nadie intenta detenerlo, nadie lo defiende. Ni las de Elviña, que se quedaron quietas y sentadas, ni las furiosas que le gritan como un eco del grito de la madre de Madalena. No le tocan un pelo, solo se le acercan y lo insultan. Basta eso. El hombre se ve a sí mismo pisoteado por mujeres que se atreven a mostrarle su cólera a la cara.

Cabrones, fillosdeputa, hijosdemalamadre, cerdos, indeseables, puercos, miserables, pasmón, desmiolado, filloduncán…

Los gritos rebotan en las paredes, salen y vuelven a la estancia. Cada vez que la mirada despavorida del hombre gira para buscar una salida, somos más, la rabia nos multiplica. Se abren puertas nuevas llenas de otras como nosotras que gritan con la misma rabia. Los mismos gritos que antes salían de las gargantas salen ahora del centro mismo de la tierra, del fondo del mar, de la madera del suelo, del corazón de la tormenta que expulsó a una ballena del mar.

Ladrones de los pobres, sarnosos, malnacidos, ¿ahora lloras? Más lloramos nosotras, sinvergüenza.

Antígona se sube a la mesa con sus dos piedras en las manos para ver mejor cómo el supervisor de labores trata de escapar de la jauría, su risa se cuela entre los gritos cuando ve al director, que se asoma a la puerta y sale huyendo escaleras abajo.

Cagón, ven aquí. Ven a decirnos ahora que no nos pagas lo nuestro, ven. Ven que te matamos, hijo de Satanás.

No es una pelea por un recuento, no es un grito de una loca, no es una discusión. Esta vez somos una gran bestia desencadenada.

No es la voz de una, somos cientos, miles.

Las ventanas están rotas antes de que vuelen las sillas. Además de navajas, muchas leyeron el pensamiento de Antígona y trajeron piedras en los bolsillos de los mandiles o escondidas en los capazos.

El viento húmedo entra en el edificio y el ruido se desata porque ya no hay quien lo contenga. Las sillas y las mesas resuenan contra el suelo cuando son arrastradas para quitarlas de en medio, dos mil mujeres gritando y en movimiento necesitan más espacio que cuatro mil quietas y calladas.

Las once, y quien no tiene navaja arrancó piedras del suelo para defendernos. Caras encendidas y ojos en llamas.

El infierno no es un lugar, nosotras somos el infierno.

Capítulo 120

Vuelan las hojas de tabaco que estaban en las mesas y en los capazos, se pisotean o salen por las ventanas. El frío entra hasta los huesos del edificio y refresca el ánimo de quien se deja poseer por la ira como una droga alucinógena. El interior de la fábrica se siente como la cubierta de un barco en pleno motín, la madera cruje bajo los pies y el bramido de las cigarreras retumba insistente contra las paredes, que son ahora frágiles, incapaces de contenernos.

Las once.

Pepe el Portero es loco y vive en él la rabia del pobre que se cree bendecido porque le dejan trabajar, corre como una chispa y se coloca delante de la puerta.

Quita, cabrón, que hoy no mandas. Ni mandas ni nos tocas. Baja la vara, que te la parto en la cabeza.

Madalena le enseña la navaja afilada seis veces. Sonríe ante el espasmo de pánico del hombre y siente pagado cada momento en que lo odió. Volvería a vivir todos los días desde que pisó el suelo de la fábrica por primera vez, a sentir sus miradas y escuchar sus comentarios de bestia hambrienta, todo a cambio de ver escrito en su cara el terror a morir a manos de una mujer.

Pepe levanta la vara para descargar el golpe en Madalena, que no se mueve. Los gritos se acercan bajando por las escaleras:

Escapa o te matamos, cerdo.

Fuera, a la calle.

No mandas en nosotras, malnacido.

Pepe el Portero no resiste, se asoma al hueco de las escalera descompuesto.

Putas. Sois todas unas putas que mordéis la mano que os da de comer. Pasar para dentro, fillas do demo. No valéis para trabajar ni para ser mujeres como Dios manda, no valéis para nada. Putas.

Del hueco de la escalera llueven piedras que le dan en la cabeza, en los hombros, en la espalda, el portero sale corriendo y desaparece tropezando, metiendo los pies en los charcos, sin abrigo, con la cabeza descubierta y sangrando, como un perro apaleado.

Putas.

Putas.

Putas.

Capítulo 121

Para el supervisor, la puerta está demasiado lejos, demasiado abajo, demasiado al fondo, demasiados gritos que parecen abofetearlo y no le dejan encontrar la salida. Mujeres amontonadas que le cierran el paso y, aunque no lo toquen, lo van dejando sin aire, sin aire, sin aire…

Somos tres mil.

Consigue por fin llegar a las escaleras, las baja de dos en dos, agarrado a la barandilla, los gritos bajan y suben por el hueco de la escalera, las cabezas despeinadas y furiosas se asoman a insultarlo. Aprovechan la ocasión porque nunca se sabe si volveremos a tenerla.

Desde las ventanas rotas, la furia celebra ver al director y al supervisor, a los mozos de almacén y a un par de maestras huyendo sin abrigo en medio del viento de diciembre. La plaza entera se paraliza mirando al edificio como si estuviese en llamas.

Una tropa de mujeres tira hojas de tabaco, piedras, y grita por las ventanas que cortan el viento con el filo de los cristales rotos:

¡Fuera, cabrones!

¡Hijos de malamadre!

¡Iros, cagones, que sin nosotras no valéis para nada!

Somos doscientas.

Somos trescientas.

Somos dos mil.

Somos una legión.

Somos una miríada.

Somos una nación.

El tiempo se detiene y a la vez explota en miles de pedazos, se estira y se encoge, se vuelve afilado en las esquinas como los trozos de vidrio de las ventanas, que hacen resonar los pasos crujientes como cortezas de pan. La muchedumbre de mujeres es una milicia como un hormiguero que se devora a sí mismo desde dentro.

Las once.

Moncha la Chambona da por perdido el pollo que desapareció entre los tejados. El pobre animal busca desesperado un lugar donde cobijarse. Las gaviotas lo miran con desconfianza y los gatos lo acechan desde los bordes de las chimeneas.

Las once.

Jacoba se queda parada en medio de la calle, un grito que viene de la fábrica detiene todas las conversaciones. La criatura por suerte sigue dormida, le cubre la cabeza con una mano para que no sienta los gritos y apura el paso para llegar a casa.

Las once.

La criatura en el vientre de Amadora decide que va a salir hoy y le da una patada desde dentro que la dobla por la mitad, un estallido eléctrico que la atraviesa desde el bajo vientre hasta los riñones. Si no fuera porque ya sabe que el dolor hace que a una mujer se le nuble el sentido, ella también habría jurado que el suelo tembló.

Las once.

Don Eliseo ha dormido mal y se fuma un pitillo sin saber que los mazos de tabaco, en ese mismo momento, vuelan por los aires.

Las once.

Un topo tiene que reconducir su galería porque el ataúd de Lorenzo está justo en medio de su camino y rodea con un murmullo roedor las paredes de madera.

Capítulo 122

Romper una ventana es querer romperlas todas.

La ira es como la levadura, fuerza los límites de las cosas hasta que suceden. De todas las emociones posibles, es la única que protege nuestro derecho a defendernos, por eso es la parte de nosotras que más nos quiere. La única dispuesta a mover los cimientos del mundo con tal de que nuestra fragilidad sobreviva.

No se puede reprochar que un día los esclavos se rebelen, eso quiere decir que siguen vivos. La ira es, entonces, el fuego de la esperanza, la fe furiosa en acción.

Capítulo 123

Nadie piensa en los ciegos en medio de una guerra. Un campo de batalla no es lugar para desvalidos, por eso los ejércitos no tienen almas caritativas que velen por los suyos más débiles.

Dosinda pierde de vista por primera vez en todo el día a Ramona para ir a coger del brazo a la madre de Madalena, refugiarla en una esquina y buscar donde dejarla sentada y a salvo. La mujer saca del puño de la camisa un pañuelo hecho una bola y de dentro del pañuelo un rosario. En medio del tumulto camina cogida del brazo de Dosinda y reza para que todo acabe bien. Su voz susurrante esquiva los gritos y las blasfemias, el ruido de cristales rotos y los golpes de las puertas. Baja las escaleras un paso detrás de otro y una frase detrás de otra. Dios te salve, María, llena eres de gracia. La oración busca cómo elevarse hacia un oído que interceda por estas que hoy decidieron romperlo todo para demostrar que están vivas. Ahora y en la hora de nuestra muerte, amén.

Cuando una no puede ser de ayuda porque vive sumida en la oscuridad, lo mejor que puede hacer es rezar y pedir. Nada se le debería negar a una mujer a la que ya se le negó la luz que la alumbra.

Capítulo 124

Las puertas del despacho del director se abren de golpe con tal ímpetu que el cristal de una de ellas se parte allí mismo con un estruendo que resuena en el pasillo como un «arriba los corazones». Los pasos se aceleran para ser las primeras y, una vez dentro, la furia es tal que ni siquiera se paran en lo bello de los muebles, los cuadros o el grosor de la alfombra bajo los pies. Mujeres que en cualquier otro momento dudarían si tocar con la punta de los dedos el respaldo de una silla de este despacho entran como una turba arrasando con todo. Gritos, carcajadas y golpes se superponen y no se dejan distinguir, el polvo del tabaco en suspensión oscurece el aire y lo hace aún más irrespirable de lo normal.

Que no quede nada, vaciadlo todo.

Tiradlo todo al mar.

Apenas entra en el despacho pisando los cristales, Antígona se cruza con una cuadrilla entera que sale cargada con sillas, cuadros, carpetas con papeles, todo envuelto en un entusiasmo de fiesta salvaje.

¡Tíralo todo!

Los cinco sentidos no son suficientes y las palabras no alcanzan a la emoción de la furia desatada que seca la boca y al mismo tiempo la llena de saliva pegajosa. Antígona va directa a una puerta aún cerrada en la parte baja de la mesa del director y saca dos botellas de licor. Le tiende sonriendo una de ellas a Estigie, que acaba de entrar con dos rapazas más para ayudar a vaciarlo todo. Se oyen golpes metálicos y ruido de arrastre en la sala de picadura, donde

las máquinas. Las dos mujeres beben directamente de la botella aunque en el mueble haya también vasos para servir el licor.

El dulzor les baja por la garganta sin arder en absoluto, como un néctar.

Los ricos desconfían del sabor amargo del aguardiente. Prefieren el oporto o el moscatel y lo toman en copitas que parecen campanillas dadas la vuelta. Si pudieran, lo cubrirían todo con azucre, se cubrirían a sí mismos con azucre. Nada que no sea dulce para ellos. No se hizo la miel para la boca del asno, ni el amargor para el paladar de quien se alimenta con cucharas de plata.

Por eso la gente marcha. Por eso Tomás, el marido de Rosario, se embarcó un día y su mujer no supo de él hasta que escribió para decir que estaba en la cárcel. Dicen que la empresa que lo llevó a él y a más de mil rapaces a Cuba era ilegal, pero quién sabe, quién controla qué haces en un lugar que está tan lejos de las líneas que te colocan en este mundo. Una vez que abandonas tus paisajes conocidos, ¿lo que está bien y lo que está mal sigue siendo lo mismo?

Rosario sí lo sabe. Ella, que nació de una mujer que fue sustento, que sabe lo que es dar de una misma sin pensar siquiera, sabe también que a veces actuar como los demás no esperan o como otros censuran es la única manera de hacer el bien. Tomás, haga lo que haga, seguirá siendo él mientras siga respirando.

Ese es el efecto del alma líquida que se derrama allí por donde vas y que va empapándose de otros lugares. Un alma contenida en pequeñas burbujas al lado de los pulmones. Nadie puede verlas, ni siquiera los médicos, pero se nota perfectamente que están ahí, en ese lugar que pasa justo al lado de la respiración. Por eso, cuando no nos reconocemos en algo, el aliento se nos altera como si los pulmones estuviesen sumergidos. Un naufragio interior que es el vaticinio de la propia derrota.

Llevamos dentro de nosotras catástrofes que el aliento no conseguirá nunca sacar a flote, por eso entre los gritos se oyen silbidos como de viento atravesando las gargantas.

Las voces que viven en Estigie y la llamaban a romperlo todo se quedan en silencio cuando el licor dulce entra en su cuerpo, de repente una calma como un lago de almíbar amansa los gritos en su cabeza. La rebelión es un murmullo lejano. El cuerpo en ese momento recuerda que pasó la noche rezando, el cansancio aparece como un golpe y el suelo lleno de cristales rotos es de repente cálido y acogedor. Se sienta encima de la alfombra, en una esquina del despacho ya casi vacío, con la botella de oporto entre las manos. El olor amargo del tabaco y el dulce del licor son un narcótico que la sumerge y no la deja levantarse. Las voces se callan y el silencio es una manta caliente sobre la cabeza.

Antígona se lleva su botella en la mano y cruza el pasillo de la planta baja por detrás de las escaleras siguiendo, impaciente, el ruido de las máquinas siendo arrastradas. Quiere ver cómo se hunden, cómo mueren. Una gran ejecución pública, para que a nadie se le ocurra volver a traer algo así. Para que sepan que somos capaces de matarlas, de arrastrarlas, de tirarlas al mar y dejar que se pudran. De ser diosas e impartir crueldad, de decidir qué es lo justo.

Cuando llega a la rampa del muelle, apenas se ven las grandes ruedas de hierro, el agua está oscura y el cielo, completamente encapotado. El suelo de la rampa y la superficie del agua están llenos de papeles y hojas de registro, de cartas y libros de contabilidad. El papel escrito puede guardarlo todo y al mismo tiempo es lo más frágil para guardarlo todo.

Borrar la memoria es bueno si lo que se borra es lo que nunca debió ser. Borrar la memoria es malo porque si se borra lo que nunca debió ser, no hay lección del tiempo vivido. Nunca podemos estar seguras de qué va a ser mejor.

Capítulo 125

Pasan de las once. El tiempo no es nada pero estalla en mil pedazos como proyectiles de madera en el casco de un barco cuando lo alcanza una bala de cañón.

Capítulo 126

Hacer volar las sillas que en realidad son tuyas, romper lo que te da el sustento, la satisfacción instantánea de que todo reviente. Las hojas de tabaco, los cigarros, los pitillos… Una nube marrón y fría se mete en las gargantas, las narices y los ojos como un océano sucio. Un ejército de mujeres furiosas que tira al aire todo lo que encuentra, como una legión que no solo pelea, busca venganza.

No hay en ellas más que la fuerza de quien un día decide parar de obedecer, incluso a expensas de su propio beneficio. Como los esclavos cuando les cortaban los tendones a los bueyes y entonces tenían que cargar ellos la caña de azúcar hasta el trapiche. Era su modo de decir: sin nosotros no hay ni esclavos.

Obedecer no es una virtud. El que obedece lo hace por miedo o esperando recompensa. Quien os pide obediencia ciega, por muy suavemente que lo haga, os está tratando como a siervos o como a máquinas.

Nos necesitan para ser amos.

Capítulo 127

Las mujeres de las conserveras no pueden levantar la vista del pescado que tienen enfrente, el olor les seca los ojos y ponen atención para no dejar pasar ni una espina.

No tienen tiempo ni pulmones para pensar en lo que gritan las cigarreras. A quién se le ocurre morder la mano que da de comer, así no se puede ir por la vida, luego se quejarán de que las llaman locas a todas. Ya no les basta pegarse entre ellas, ahora también tiran abajo su propia fábrica y queman el pan del que comen sus hijos.

Desgraciadas, han de llorar sangre.

Capítulo 128

Sentada en el suelo delante de la puerta grande de las cigarreras, Amadora llora a gritos como si fuera la hora del juicio final.

Perdóname, Señor, que me obligaron, que yo no te soy rebelde, yo solo soy tonta. Y no me quites el trabajo, ¿de qué voy a vivir yo si en nada tengo que alimentar otra boca? Que yo tenía este trabajo como quien tiene oro y si pierdo esto solo me queda descargar en el muelle o fregar de rodillas. Aquí, por lo menos, estoy al calor y no cargo la espalda. Escúchame, Jesucristo.

Levántate de ahí, que aún has de coger frío y te sale la criatura asombrada.

Madalena guarda la navaja en la cintura y la ayuda a levantarse del suelo.

Lo que ha de salir es desgraciada como su madre.

Amadora se limpia la nariz con la manga, y la criatura que la habita vuelve a darle una patada que le llega al riñón y la dobla por la mitad. En ese mismo momento, la señora Remedios, que acaba de planchar unas sábanas de lino, siente un pellizco en el costado como un eco de la patada acuática. Se queda quieta y corta su propia respiración para asegurarse de que lo que escucha es la llamada de una criatura que viene de un vientre conocido y que es inevitable como una marea que a cierta hora sube para inundarlo todo.

Capítulo 129

Cuando las máquinas bajan a la rampa del embarcadero y se colocan en la gran piedra de afilar al borde del agua, Antígona pide a un mozo que está allí al lado que las ayude a empujarlas. El rapaz, con la colilla en la comisura de la boca, le dice que lo haga ella o que, por lo menos, le dé la botella que lleva en la mano.

Ven a cogerla, que te la rompo en la cabeza, hijo de mala madre, no mereces el aire que respiras. Si no fuera por nosotras, ya estarías metido en un barco partiéndote el lomo en Cuba.

No entienden nada. No se les puede explicar nada.

La Cruzhija está en esa edad en la que ve a los animales aparearse y siente envidia, aunque no tenga muy claro qué es lo que está envidiando. El cuerpo sabe antes que nosotras, también nos traiciona pero sabe. Mira al rapaz al que amenaza Antígona como mira a los toros y a los machos cabríos que se suben en la grupa de las hembras, furiosos y arrebatados.

La aldea es radical y categórica, todo es explícito, solo se ocultan las palabras. En la ciudad es al revés, se oculta todo pero se grita por las ventanas. Quien desea lo hace en los callejones, en casas de mujeres que tienen prohibido mostrarse por el pudor de los demás. Alguien tiene que curar esa ansia, matar esa hambre, alguien tiene que apaciguar esa bestia que late y que si no, nos asaltaría por la fuerza y nos devoraría a todas. Un puerto trae hombres esfameados de sobrevivir al océano, de cruzar el mar, de descargar siete bodegas de barcos en un día.

Capítulo 130

Las puertas.

Las voces vuelan enfurecidas, cruzan los pasillos, se escapan por las ventanas y suben por el hueco de las escaleras. La confusión hierve y se mezcla con la rabia de quien lleva tiempo esperando este momento.

Que cierren las puertas.

Pechade as portas.

Que no salga nadie.

As portas.

Que no entre ni Dios.

Amadora no tiene valor para interponerse y se queda contra la pared viendo cómo Madalena cierra, pasa la llave y la guarda en el bolsillo, al lado mismo de la navaja que sujeta con un cordel a la cintura del mandil. En ese momento vuelve a sentir un dolor dentro de sí que la dobla por la mitad.

Perdónanos, Señor. O por lo menos perdóname a mí. Yo no quería, solo estaba aquí.

Un edificio puede no ser nada más que paredes, pero cuando alberga una marea humana furiosa es imposible que una parte de esa ira no llegue hasta los cimientos y lo haga suyo subiendo por cada una de las piedras hasta el tejado. La realidad es muchas veces invisible a los ojos. Los muros de piedra guardan en ellos, como disparos, el impacto de los gritos, la humedad del llanto, la velocidad del pensamiento y el secreto de las conversaciones.

La fábrica de tabacos no solo alberga en sí más de dos mil almas, es un gran monstruo de piedra aparentemente inmóvil, una gran armadura que protege a un ejército. Un insecto gigante a punto de ser asediado. Una gran ballena varada.

Quemadlo todo.

Tiradlo todo al mar.

Coged los libros, los documentos…, que no quede nada.

Los capazos dejaron las piedras que trajeron de casa al lado de las ventanas y llevan ahora libros y documentos llenos de números camino al agua. La puerta del almacén de atrás, por donde entra el tabaco directamente de las bodegas que lo traen de ultramar, sigue abierta, una puerta de corral grande por donde hoy sale todo, hojas de tabaco, libros contables, muebles, todo lo que pueda ser arrasado y hundido. Todo lo que haya que quitarse del paso.

El papel escrito no puede sobrevivir sin ayuda. La rampa de embarque de delante de la fábrica es ahora una laguna de papeles, los libros se van directos al fondo, pero los documentos sueltos se quedan flotando y desde lejos son una mancha blanca como el reflejo de una nube plana. Las que bajan cargadas de papeles los tiran al aire, los hacen volar antes de tocar el agua, como pájaros condenados a muerte.

Los peces que viven en el puerto se asoman a la superficie con la boca abierta para tocar el papel con sus bigotes de gato mojado y les dan pequeños bocados a las esquinas. Quien necesite saber las ganancias de este año tendrá que preguntarles a ellos.

Capítulo 131

El suelo de la rampa es una piedra de afilar enorme, una trampa contra el mar. Una piedra que se deja subir y bajar por los pies de los mozos, las quillas de las gabarras y las olas que a veces llegan hasta arriba y golpean el muro del edificio. La fábrica es entonces, los días de tormenta, un cetáceo de piedra que dejó de respirar. Un esqueleto gigante comido por los peces que engulló un día. La cuenca de un ojo vacío como las ventanas rotas.

La proa de la gabarra queda flotando a centímetros de la piedra y las olas le dan pequeños toques en la quilla. Un compás sordo y amortiguado como un beso bajo el agua. Un tirón suave que avisa de un peligro. Un golpe apelmazado por un arañazo contra una piedra que desgastó todas las quillas de este puerto.

Capítulo 132

Hay que destrozarlo todo, reventarlo todo.

Sembrar el caos es lo que hace necesario el orden y no hay orden sin trabajadoras.

La salvación somos nosotras.

El hundimiento es lo único que nos puede salvar.

Capítulo 133

La puerta de la entrada es imposible de atravesar pero la de los almacenes, la que da directamente a la rampa del muelle, aún tiene que estar abierta porque están sacando las máquinas a trozos para tirarlas al mar. Dosinda coge a Amadora, que no consigue ponerse derecha, y va con ella pegada a las paredes, esquivando rapazas que corren con piedras en las manos, gritos y sillas que caen por el hueco de la escalera y revientan en pedazos contra el suelo. Pasan por detrás de las escaleras, atraviesan el pasillo de las oficinas, las puertas de los despachos no conservan ni un cristal, los papeles vuelan y los gritos no las dejan oírse entre ellas. La madre de Madalena va cogida de la tela de la falda de Dosinda, las sigue mientras camina erguida como si nada pudiera tocarla. No tropieza, no duda, no ve la luz pero la luz va dentro de ella.

Al final del pasillo cruzan la puerta que entra al almacén, donde las máquinas ya no están, y el tabaco vuela por los aires, el portón grande sigue abierto y al salir Dosinda ve al fondo a Antígona discutiendo con uno de los mozos de almacén.

Amadora se para cada dos pasos porque, entre el dolor y el miedo, el aire no le llega a los pulmones. La criatura pelea dentro de su carne anunciándose, buscando la salida, diciéndoles que no queda tiempo, esta pequeña bestia debe ser sacada de su océano interior. Dosinda sería capaz de quitarse la piel y dársela a quien la necesitase, por eso el día de la batalla elige ser los ojos de una ciega y poner a cubierto a una mujer a punto de partirse por la mitad. Cruzan la plaza camino de la casa de Madalena como tres extrañas a

las que esta guerra ya les da igual, nada de lo que sucede a su alrededor puede tocarlas.

Desde una de las ventanas rotas de la fábrica, Madalena las ve entrar en su propia casa y respira tranquila sabiendo que la madre ya está a salvo. Dosinda merece el cielo, la gloria, la vida eterna. Lo triste es que ella nunca pensará que es digna.

Capítulo 134

Pon agua a hervir con unas cebollas de esas de ahí.

Una mujer ciega conoce su casa sin necesidad de ver, la madre de Madalena señala exactamente donde cuelgan unas cebollas y le tiende su cuchillo a Dosinda, el mismo cuchillo que ayer peló patatas y que hoy amenazó de muerte corta ahora las cebollas para el fumeiro.

No les quites la piel, solo pártelas por la mitad y ponlas en el agua.

Esta criatura más que nacer parece que me quiere matar.

Sentada en una silla con las piernas abiertas, Amadora se dobla sobre sí y aprieta los dientes con las manos en las rodillas.

No tengas miedo, parir es siempre lo mismo. Ponte de pie y súbete la falda.

La madre de Madalena recorre con las dos manos la carne redonda de la barriga de Amadora, mete las puntas de los dedos bajo los pechos, entre las costillas, y le toca las ingles. Las mujeres no pueden dejar ni un pliegue de sí mismas sin revisar. La barriga vuelve a ponerse tensa, el grito de Amadora se queda paralizado en la garganta y la deja unos instantes sin aire.

Las criaturas vienen a este mundo a buscar a su madre, no a matarla. Que no te oiga decir eso.

Amadora se agarra al respaldo de la silla con las dos manos, el dolor es una serpiente gigantesca que le estrangula el cuerpo entero.

El agua hierve por fin y una nube de vaho y olor a cebolla empieza a envolverlas, el fumeiro funciona. Las criaturas necesitan humedad para salir, necesitan calor, hay que convencerlas de que no hay nada amenazador a este lado. Afuera, en la calle, yendo hacia la fábrica se oyen gritos, pero no consiguen traspasar la nube blanca. Dosinda piensa por primera vez en Ramona, en si se habrá dado cuenta de su ausencia o estará ensimismada pegándose con la primera que se le ponga por delante.

Capítulo 135

La esperanza de que esto acabe pronto desaparece cuando la furia sube hasta el techo mismo de la fábrica, se desborda, baja por la plaza, llega a la rampa del puerto y toca el agua con un chasquido de hierro ardiente. Los peces carroñeros que viven en la bahía salen huyendo. Hasta ellos saben que la ira envenena el aire y lo hace irrespirable.

Las de Elviña no saben qué hacer si nadie les manda. Se quedan quietas como un animal acorralado y tampoco intentan detener la furia de las otras. Alguna se guarda con disimulo unos pitillos en el mandil antes de que vuelen por los aires, pero nada importante, en un momento en que las ventanas se rompen a golpes y el taller se siente como un campo de batalla salvar unos pitillos es el ansia infantil de quien no entiende que el naufragio ya empezó. Que la vía de agua entra con una fuerza capaz de desgastar un acantilado y que el tiempo es ahora una cuenta atrás hasta el hundimiento.

Quitar de ahí, pasmonas, que solo sabéis estar en el medio.

Y se quitan. No pelean. Como una enfermedad que vuela en el aliento, el ánimo les hierve por unirse y empezar a romperlo todo. La urgencia de mirar alrededor y temer que no quede nada para romper cuando su voluntad sucumba al caos. Las sillas y las piedras han roto ya todas las ventanas, las mesas están volcadas y el aire está oscuro por el tabaco en suspensión. Cada minuto que pasa es más difícil quedarse quieta.

Cruz se abre paso en medio de los gritos para salir, para intentar salir, para marcharse, para intentar marcharse. Se cruzan en su

camino, las máquinas salen a pedazos por la puerta, las cigarreras jóvenes las cargan para tirarlas al agua del puerto, para ahogarlas. No basta romperlas, las quieren hundidas. La Cruzhija se muere por unirse, aunque desprecie a las otras, es imposible ser joven y no querer romperlo todo. Cualquiera que haya tenido juventud sabe que romper es parte de estar viva. Como partirse, como un parto.

La furia es también un músculo que se activa en la adversidad. La Cruzhija toma una pieza de hierro desprendida a golpes de una de las máquinas de picar tabaco sin ni siquiera encorvarse. Nunca sabemos cuándo necesitaremos mover un peso más grande que el de nosotras mismas. Para eso sirve la ira.

Las mismas rapazas que ayer en la iglesia abrían la boca con el sacrificio de Isaac y temían ser abiertas en canal y muertas en la hoguera como prueba de fe hoy ven las llamas y el caos como una bendición. Una cosa es lo que se dice y otra, lo que se hace. Dios puede hacernos creer que él sabe lo que nos conviene, pero somos nosotras quienes nos escuchamos los pensamientos todos los días, quienes convivimos con esta voz en la cabeza que nos dice que las cosas deberían ser de otra manera. Somos nosotras quienes tragamos la rabia a diario, deberíamos poder escupirla aunque solo fuese una vez.

Aquí o todas o ninguna. Ahora que los hombres escaparon, esto es todo nuestro. No solo porque aquí trabajamos nosotras, es que ahora ya es solo nuestro.

El tono de Rosario, plantada en lo alto de la escalera, es el de un general delante de las tropas, la luz que entra por las ventanas se refleja en el nácar de los botones de la blusa y la envuelve como las alas de un ángel. Sus palabras golpean a Cruz y a las demás marcándoles el camino. No es posible permanecer quieta en medio de una revuelta, o huyes a tiempo o te dejas arrastrar.

No hay otro modo de sobrevivir. Elviña y el resto de las que tenían dudas caen como caen los grandes generales, siendo seducidas.

La Cruzhija sale fuera cargando parte de una máquina de picadura con otras cinco o seis, las ruedas de hierro que dan vueltas para

hacer mover el mecanismo las llevan entre varias rapazas que ayer estaban entusiasmadas en la taberna de Evangelina escuchando a Antígona jurar por sus hijos.

Las rapazas posan por fin en el borde de la rampa los pedazos de las máquinas y empujan. Un chirrido como un quejido de mula vieja, un golpe contra el agua y luego nada, unos reflejos oscuros que desaparecen, se hunden, tocan fondo. En poco tiempo estarán cubiertas de limo y moluscos, se incrustarán contra el fondo para ser refugio de peces, dando a las criaturas más pequeñas un lugar oculto donde colocar sus huevos.

Antígona discute con uno de los mozos de almacén a gritos y lo amenaza con abrirle la cabeza con una botella. Todas saben que solo lo haría si la botella estuviese vacía, las rapazas se ríen en alto y la llevan de nuevo para dentro. Él también lo sabe, sonríe y escupe en el suelo sin soltar el cigarro de la boca.

No son ni las doce y todas se rindieron a la furia. Marcharse es un privilegio negado, la nuestra es la furia de permanecer, de quedarse.

Capítulo 136

La podredumbre de un cuerpo es un reloj poderoso, la ballena es una montaña de carne resbaladiza y húmeda que empieza a oler a marea baja. A cadáver. Los niños se suben por encima y juegan a pelearse en lo alto, con los brazos, con palos como si fuesen espadas, con puñados de arena, con manojos de algas marrones. Algas que, en las profundidades, forman bosques sumergidos aquí son látigos de juguete o estiércol, fuente de mal olor y casa de pulgas de mar, amasijo en el que enredarse cuando se camina al lado de la orilla, olor sólido a mar podrido.

Para un niño, una ballena muerta es un castillo, una fortaleza, un barco, una trinchera, un campo de batalla, una montaña sagrada, un pretexto para no volver a casa, para no ir a la escuela, un interés que hace que el frío o la lluvia desaparezcan, un misterio varado en la arena, una bestia vencida por una fuerza mayor que todo lo conocido, una fiesta.

Los niños vuelven a encaramarse una y otra vez, luego van resbalando y dejándole marcas en el espinazo con sus suelas de madera. Clavan las uñas negras en la piel gruesa y limosa para no caerse, como garrapatas, y cuando uno llega a ponerse de pie en el lomo viene otro por detrás y lo tumba. Los más pequeños no consiguen erguirse apenas y ya vuelven a caerse. La boca, el pelo y las comisuras de los ojos llenas de arena, granos minúsculos que se cuelan por los cuellos pequeños y sudorosos que no sienten el frío, vapor azul que sale de las bocas pequeñas como minotauros que pelean contra montañas. Embisten con sus cabezas contra el cuerpo varado y sienten el retorno de la carne muerta más fuerte que un muro de piedra.

Cuando en la playa no hay ballenas varadas, juegan a la guerra después de escarbar un hoyo, pero no hay mejor trinchera que la carne muerta. Se pelean por ser los dueños, los mayores tiran abajo a los pequeños y sudan por el esfuerzo para no verse relegados del monte de podredumbre y huesos.

Sube, tíralo, gánale, baja de ahí…, todos gritan.

En el momento de más emoción, el cielo se abre y cae un trueno, pero el juego no se interrumpe. Las batallas no se abandonan por la lluvia, no se abandonan por los truenos, no se abandonan por las bestias caídas.

Alrededor de los niños, las gaviotas aletean aparentemente despreocupadas pero miran de lado y van acercándose poco a poco al cuerpo muerto. La carroña está cada vez más cerca de la superficie y su olor las llama de manera inequívoca.

Capítulo 137

Las voces de Estigie siguen dormidas. El sabor del oporto ahogó en almíbar el ansia de pelear. Haber pasado la noche rezando por Lorenzo no ayuda a mantenerse despierta. El suelo, la alfombra, los cristales, la pared, el retumbe de los pasos por el pasillo, los gritos y los insultos, la vibración de las tablas del suelo son lo que la arrulla. Lo único que hacía falta era un poco de dulce, un poco de alcohol, una noche sin dormir y un motín para poder descansar.

Al fin.

Capítulo 138

Solo la naturaleza está preparada para mostrar lo innombrable. Los animales, los árboles, el viento o el mar son categóricos, nunca dejan lugar a dudas. Los niños miran a los animales muertos con la fascinación de quien presencia una metamorfosis. Es su manera de indagar en aquello que los adultos no les explican, de buscar sus propias respuestas.

Los niños parten lombrices, algunos se las comen, y se las tiran los unos a los otros con puñados de tierra.

Cogen ratones por el rabo y se los tiran unos a otros.

Cazan ranas y se las tiran unos a otros.

Cogen piedras y se las tiran unos a otros.

Hay algo intramuscular en las criaturas pequeñas que no les deja parar de tirarse cosas los unos a los otros. La primera guerra es la infancia.

Capítulo 139

Cómo nos cambia un día u otro. Si no hubiese tenido el dolor, si no hubiese sentido su cuerpo doblarse, si hubiese podido correr como cualquier otro día. Si no sintiese entre las piernas su propia humedad pegajosa anclándola al suelo. No bastaba con cargar el peso del propio cuerpo sino también dos faldas una encima de otra que la preservan a una de que la humedad salga para fuera, pero también de que nadie lo sepa, que nadie lo note. Cargar el peso extra del parecer, que no parezca, que no se vea. La vergüenza de la inmundicia, la suciedad.

Capítulo 140

Dosinda se perdió haciendo el bien siguiendo a Ramona para cuidar de que no se metiese en más problemas cuando perseguía al inspector de labores hasta la puerta, asistiendo a una ciega y luego a una mujer a punto de parir. No se la puede culpar más que de que no soporta ver necesidad a su alrededor, solo es feliz cuando ocupa un lugar vacío para alguien. Así, seguramente no piensa en sí misma, en su propia necesidad de que la hagan sentirse útil.

Capítulo 141

Ramona da vueltas por la fábrica arrasada por dentro. Los cristales ya están rotos, el tabaco ya voló por los aires, los muebles, los papeles y los documentos se destruyeron, ayudó a arrastrar las máquinas que se hundieron bajo el agua de la bahía, las de Elviña y las otras aldeas ya se dieron cuenta de que somos todas la misma. El desastre le despierta el instinto, sube y baja las escaleras buscando, mirando qué queda, si alguna puerta lleva a algún lugar desconocido, si alguna tabla del suelo se mueve más de lo debido. A quién se le ocurrió subir al tejado. En qué momento de destrucción o de huida el tejado fue una buena idea. Adónde se puede huir si estás en una fortaleza asediada. Ojalá poder, como los topos, excavar galerías que nos llevasen lejos, como las ratas huir por los huecos de las puertas, como los gusanos abrirse paso por la tierra removida. Huimos como pájaros buscando lo alto, buscando que alguien nos levante y nos saque de un sitio que nos ahoga, subir al tejado es como subir al cielo a rogar por la salvación, a exigir la salvación.

¿Quién es capaz de negarnos nada después de haber asaltado y abierto por la mitad esta bestia de piedra?

¿Quién se cree en la potestad de decirnos qué hacer ahora?

Correr por los pasillos con Antígona buscando un rincón sin arrasar es una diversión y un desahogo que apacigua el dolor en el vientre, la mente atenta a la caza hace olvidar el cuerpo. Cómo imaginar lo que tiene sentido cuando se está rompiendo los cimientos de lo que la alimenta a una, cómo tratar de entender lo lógico cuando lo que se busca es romper. Subir al tejado es lo único

que tiene sentido si los cimientos están siendo devorados, subir al tejado y sentirse un pájaro libre es lo único que puede desear quien está harta de vivir encerrada, lo único que la coloca a una cerca de Dios. Subir al tejado es la última herejía.

Las máquinas en el fondo del mar, donde no puedan ser vistas, y nosotras aquí, donde dominemos todo, que nos vean desde la costa de enfrente, desde el faro, desde el cielo, que no quede nadie sin oír nuestros gritos, nadie a quien no podamos escupir desde arriba.

Aquí mandamos nosotras.

Capítulo 142

Una mujer en su periodo no debería mojarse ni las manos, pero a Ramona le da igual. Sale al tejado y la primera racha de viento le mueve las faldas como dos sábanas húmedas y pesadas tendidas en medio de una tormenta. La inercia del peso de la tela la hace tropezar y casi la tumba, el aire frío le sube por las piernas y le eriza la piel. Si no fuese porque hoy su entraña decidió abrirse y sangrar, podría moverse con más soltura, no tendría que cargar con el doble de peso. Se ata fuerte el nudo del chal a la espalda y deja dibujada en el pecho una cruz de tela que parece la coraza de una gladiadora.

El viento silba como lo hace al oído de los pájaros, la lluvia cae suave como pequeños cristales blandos que limpian hasta el fondo de los pulmones, hasta el vientre, hasta los riñones, baja el aire frío y húmedo de la tormenta que se acerca atravesando tejidos blandos, humedeciendo los huesos, alimentando musgos ocultos bajo capas de piel, abrasando poco a poco los bronquios, enrojeciendo la nariz y dejando gotas minúsculas en las cejas y en las pestañas. Ramona sigue los pasos inseguros y se sienta en lo alto del tejado descalza y con las piernas abiertas. Las personas se mueven en la plaza como hormigas tontas que recorren una y otra vez el mismo camino, casi indistinguibles unas de otras. De los talleres vienen gritos de guerra y signos de que, aunque las mujeres empiezan a estar cansadas, la furia no es algo que se deje aparcado sin más. Una puede reírse y estar furiosa, puede dormir mientras odia y puede dar de mamar a sus hijos mientras piensa en abrir las entrañas a quien le hizo mal.

El cansancio hace que necesitemos pensar más en lo que nos provoca la ira para mantenernos despiertas. Es el cansancio lo que nos hace peores, bastaría dejarnos descansar.

Capítulo 143

Ramona está subida a un tejado, envuelta en dos faldas húmedas con la cara mirando al cielo y los ojos cerrados, no siente ninguna maldición por dejarse tocar por la lluvia. Es liberador mirar el cielo, sentirse fuera, más alta.

Tengo hambre.

Si no viene nadie a negociar con nosotras, a lo mejor tenemos que dormir aquí.

Aquí no se puede dormir, nos vamos a morir de frío.

Los pechos de Antígona, como si escuchasen las palabras de Ramona, deciden tensar un poco más la piel y mandarle el primer aviso. No le queda mucho tiempo, en algún momento tendrán que descargarse. Una no puede luchar contra su propio cuerpo. Ramona siente la humedad entre las piernas y sabe que si la cosa se alarga tendrá que empezar a partir en tiras la falda que lleva por debajo.

Antígona mira al cielo como si lo que cayese sobre su cabeza fuera agua del Jordán, saca la botella del bolsillo del mandil, le pega un trago y se la tiende a Ramona, que le dice que no, que bastante mareada está ya. En el fondo se alegra, una nunca sabe cuándo puede necesitar un último golpe de valor.

Capítulo 144

Desde la fábrica de vidrios, al otro lado del muelle, alguien señala el tejado.

¿Qué hacen esas ahí?

Están locas.

Capítulo 145

El ejército aparece en medio de la bruma. Este es el momento en que en una batalla empiezan a sonar los tambores. El instante mismo en que los pasos de las botas, los cascos de los caballos, el crujido del cuero de las sillas de montar, el golpeteo de las baquetas sobre la piel tensa de vaca, las gotas contra el suelo y el bramido lejano de los truenos, todo se acompasa creando un estruendo de ceremonia marcial como el aviso de un terremoto.

Capítulo 146

El fuego no se deja llevar, va él mismo donde quiere o hay que matarlo. Las calentadoras cogen con un fardo sus cuatro cosas y escapan para ponerse a cubierto, pero Faísca no quiere abandonar sus tres piedras solo porque un ejército se les venga encima. Una va a tener que ganarse la vida mañana también si está viva. Tira un puñado de tierra en el fuego y lo pisotea para apagarlo, coge las piedras aún calientes para meterlas en su hatillo y se quema las manos.

Mejor quemarse que perder.

María sale corriendo detrás de ella buscando un lugar de refugio, la cesta con la comida de la Cruz y la Cruzhija queda abandonada a los pies de los caballos.

Desde lo alto del tejado, Ramona, Antígona, Rosario, Madalena, Cordelia y algunas rapazas más jóvenes ven correr a las calentadoras, a los descargadores de pescado, todos desaparecen y el silencio deja paso al ruido marcial.

¿Todo eso por nosotras?

¿Cuántos son?

¿Nos van a disparar?

Si nos disparan, van a necesitar muchas balas, van a necesitar cañones para tirar este edificio abajo.

Antes íbamos a protestar, ahora a lo mejor vamos a morir.

¡Hijos de mala madre! ¡Castigo de los pobres!

¡Hijos de puta!

Los caballos vienen a la guerra contra un fuerte, contra un edificio cerrado pero custodiado por mujeres armadas con piedras y navajas, sin más armadura que su piel. En ese momento, Antígona se pone de pie, por primera vez tiene la cara encendida. Le viene la color y parece otra, parece viva. Es necesario dejarse arrastrar por la ira para sentirse viva. El calor del alcohol también ayuda a dar color a la cara y al valor, porque no es lo mismo sentir las articulaciones sueltas y elásticas, sentirse invencible y no adormecida de cansancio, sentir, por una vez, que lo que pasa es así porque una quiere. Se toca otra vez la trenza, el laurel sigue ahí, clavado como un puñal en la raíz del pelo. Marcándole el centro, recordándole que esta es su hora. Coge una teja con las dos manos y la levanta por encima de la cabeza.

Esa fue nuestra primera bala.

Capítulo 147

Cualquier cosa es arma cuando se llega al acorralamiento, arrancan las tejas y empiezan a tirarlas contra los caballos que forman en la plaza y que se acercan a la puerta.

No los dejéis acercarse.

Colocaos en la puerta.

Ayudadme.

Ella es una capitana en tierra y el edificio es un gran navío varado, el ejército quiere entrar al asalto pero van a tener que pasar por encima de ella. De todas ellas, colocarán sus cuerpos detrás de la puerta. Se puede aplastar a una pero no se puede aplastar a todas.

Los soldados empiezan a disparar al aire, Rosario grita desde el centro de los pulmones.

Malparidos, hijos de Satanás, cobardes, que disparáis a mujeres solas, no vengáis a salvar a las máquinas, que ya no están aquí. Están en el fondo del mar, malnacidos, no vengáis a buscar lo que ya está hundido.

Las matamos nosotras, si nos disparáis no va a quedar quien trabaje.

A nosotras no nos vais a hundir.

La camisa de Rosario le recuerda que puede ser otra, que no es necesario agacharse todo el tiempo y esconderse, callarse y tener miedo a lo que piensen de nosotras. El pecho se yergue y grita hasta ceñir los botones y cada uno de los hilos sobre su piel erizada.

No os valen nada más que los esclavos. Malparidos, dejadnos vivir, traidores de los pobres.

En la planta baja se amontonan las mesas delante de la puerta, no van a poder entrar, da igual que el ejército rodee la fábrica. No hay que tener miedo. De pronto se hace el silencio. Una piensa que una guerra es como un baile, que empieza y no para hasta que la música termina, pero no es así. El ritmo cambia, para, continúa y es desconcertante. Sobre todo, porque es preciso descansar. Sobre todo, si estás en un tejado tirando tejas, después de haber arrastrado muebles y máquinas para tirarlas al mar, sin haber dormido en toda la noche. A estas horas y sin haber comido, los brazos no aguantan muchos tirones, excepto Rosario, que se siente una mujer nueva, como si hubiese cambiado de piel.

Llega un momento en que hay que pensar qué se hace. Se oye una voz de hombre que viene de abajo, del batallón:

Ríndanse.

Entréguense a las autoridades.

Abran la puerta.

Unos tiros al aire subrayan cada frase, cada amenaza.

Desde el fondo del estómago, como un monstruo oculto, Rosario grita hasta que el sonido de su propia voz crea un silencio en los oídos. A su alrededor, el movimiento se vuelve lento y solo ve a Ramona, que le sonríe, como si solo necesitase un grito para recuperar la energía, coge más tejas, las levanta por encima de su cabeza con las dos manos y las tira con toda la rabia que es capaz de vomitar.

Una lluvia de tejas cae al suelo y un bramido colectivo desafía los truenos y parte las nubes que liberan el diluvio sobre el asedio.

El grito sale despedido de lo alto del tejado, se estrella contra el mar de la bahía y se deja sentir reverberando en los muros, los tejados y galerías blancas. No queda un alma en esta bendita ciudad que no se haya enterado de lo que pasó. El cielo se cerró en nubes negras, se hizo de noche antes siquiera de dar la una, se abrieron las compuertas de los cielos y la tierra volvió a temblar.

Capítulo 148

El padre de Cordelia mira por la ventana, pendiente, como siempre, de si lo llaman para embarcar. En su mente confundida todos los barcos que zarpan son el suyo y todos los que llegan también. Solo durmiendo se tranquiliza y deja de pensar en que lo han dejado abandonado en tierra.

Lorenza, la niña, ya hizo todo lo que tenía por hacer. Ya barrió el suelo y recogió todas las colillas que quedaron perdidas después del velatorio, ya puso a remojo la sábana sobre la que se veló el cuerpo del padre difunto, ya atendió a sus hermanos, les lavó la cara y las manos, los riñó por pegarse, los obligó a dar las gracias por los alimentos y les dio de comer. Luego los dejó volver a marcharse a la playa, donde la ballena continúa dormida como un monstruo solitario. Al abuelo también le sirvió la comida y un poco de vino que sobró del velatorio.

La casa se siente extraña, un par de momentos Lorenza tiene la sensación de que el suelo tiembla, pero eso es lo normal después de haber recibido a tanta gente durante la noche, los cimientos tienen que volver a rencontrarse. Lorenza quiere acercarse a la fábrica a ver qué ha pasado con la protesta. Una no puede ser testigo todo el rato de una conversación de guerra y no querer luego ver cómo termina. Así que cuando el viejo empieza a dormitar otra vez, va a la alacena, se bebe de un trago el pocillo lleno de restos de aguardiente que fue guardando el día anterior y sale por la puerta sin hacer ruido con el estómago ardiendo.

Capítulo 149

A los puestos de las chambonas, en el campo de la leña, llega la noticia de que el ejército salió para tomar la fábrica de tabacos pasadas las doce.

Las van a matar a todas, si no ya me dirás para qué hay que mandar soldados. Capaces son de prender fuego a la fábrica con ellas dentro.

Moncha recoge la mercancía, cierra con llave, se guarda su punzón y una navaja en el bolsillo del mandil y sale corriendo para la Palloza maldiciendo hasta a las ánimas del purgatorio. La pupila de su ojo birollo es un vórtice capaz de hundir a una legión.

Capítulo 150

Sentir el peligro y que al mismo tiempo te empujen hacia él, el caballo piensa que tiene voluntad pero no es cierto. La rienda es la verdadera voluntad y es el jinete quien la maneja. Si los caballos pudiesen verse desde fuera, no tendrían tanto orgullo. Las piedras del suelo resbalan y meten los cascos en los charcos, los belfos resoplan aliento azul e intentan dar la vuelta. Los soldados levantan las fustas, los chasquidos contra las ancas de los animales resuenan en el aire como disparos de cuero.

Puede que solo sea el miedo, pero al tejado llega la vibración del suelo por el paso disciplinado de los soldados y se mete dentro del cuerpo a través de las uñas y el aliento entrecortado. Ramona no cambia el gesto pero siente la vejiga que se afloja, los músculos de las piernas se quedan casi sin fuerza, aunque mantenga la cara tensa y la mandíbula apretada. Coge aire por la nariz como los caballos y se agacha a desprender una teja larga que levanta sobre su cabeza con las dos manos. La orina caliente le baja por las piernas y forma un reguero amarillo con hilos de sangre oscura que se desliza hasta el borde del tejado, cae al suelo y se mezcla con el agua de los charcos.

Una tiene que elegir entre pelear o aguantar las ganas y elige pelear. No retiene nada. La ira no deja margen para nada más.

El abismo dentro de una misma puede llegar tan hondo que es preferible enfrentarse a cargas de artillería, no hay calma ni paz para las que cargan el dolor como parte de su propia naturaleza. Madalena señala con las manos como garras al batallón que se

acerca y se despliega por la plaza. Es una gárgola enfurecida que busca un ejército que la calme, una guerra que le apague el fuego que la abrasa. Grita como si acabasen de abrirle la garganta, como si en el fondo de los bronquios le naciese una tempestad. Un lugar inhóspito en el centro mismo de los pulmones, en el hueco en el que da la vuelta el aire antes de convertirse en combustible para el cuerpo. El segundo preciso en que la diferencia entre vivir o ahogarse es un gesto, la vida o la muerte son apenas un equilibrio entre suspirar o quedarse sin aire.

Grita la furia de los cinco hijos muertos y el único vivo, la de la madre ciega. Todas las furias que la preceden y la suya propia.

Todo sucede despacio, como bajo el agua, y a la vez rápido, como un relámpago.

Capítulo 151

Los niños arriesgan sus vidas en cada juego, no se guardan nada, así se preparan para las guerras que vienen.

No podéis subir aquí. Es nuestra.

Marcan territorio igual que los animales. Subidos a la bestia muerta como si fuese un castillo, una fortaleza, un islote o un barco. Los más pequeños cogen racimos de algas secas marrones y las tiran a lo alto del lomo del animal con la rabia de quien no alcanza. Intentan agarrarse a la carne resbaladiza, arrancan de la piel lapas y pequeños crustáceos pero vuelven a caer de espaldas sobre la arena. Las pulgas marinas saltan alrededor de ellos a cada movimiento. El asedio de la ballena muerta es un festín de criaturas que celebran su conquista.

Nadie desde la perspectiva de los pájaros tuvo nunca miedo a un ejército.

La fábrica es nuestra. No podéis subir aquí.

Nadie pensó nunca la víspera que acabaría así, pero una no sabe a dónde lleva cada uno de los pasos anteriores. Han pasado más de tres vidas desde que rezábamos por el alma del difunto Lorenzo, desde que nos asustó pensar en el sacrificio de Isaac. Soltar la ira es como tirar una piedra por una ladera, puede llegar sola al fondo y apenas pisotear la hierba o provocar un derrumbe. Las mujeres nacen con la obligación de preservar su vida y la de otros porque nacen con un campo de batalla dentro de sí mismas.

Para las mujeres y sus criaturas la guerra es siempre cuestión de vida o muerte.

No hay nada aquí para vosotros. Volved con vuestras madres, no defendáis a otros más que a los vuestros.

Los hijos pueden ser soldados porque nosotras llevamos la guerra dentro, eso los prepara para luego ser soldados de otros. Se oyen las risas del ejército que suben hasta arriba en medio de la lluvia y llegan a los oídos de quien aguanta el equilibrio. La risa, en un mal momento, puede provocar un incendio que nos mate a todos. No saben lo que hacen riéndose.

Iros a casa. Aquí no hay nada para vosotros.

Desde lo alto de la ballena tiran puñados de arena sucia a los más pequeños, que caen de espaldas. La arena les entra en los ojos y la boca, pero no paran de intentar subir y resbalan una y otra vez. De fondo, las olas se van acercando cada vez más. La lluvia los va calando lentamente. Uno de los niños de Antígona, subido en lo alto de la cabeza de la bestia, sacude un alga larga como un látigo contra los pequeños que tratan de subir, uno de ellos es su propio hermano. Le da igual. Los hermanos pueden ser los primeros enemigos.

¿Decir amén cuando no se cree significa lo mismo que decirlo creyendo en Dios? ¿Quién decide el significado y el peso de cada palabra que pronunciamos?

Míralos cómo caen.

La risa es de todos. Los niños se ríen de los otros niños porque hacerlo es parte de lo que nos hace quienes somos. El hijo de Antígona manda el látigo de algas y le da en la cara al más pequeño de Cordelia, el que solo se ríe, y lo tira contra la cola de la ballena. Cae con la boca abierta y muerde las lapas del lomo del animal muerto, un diente de leche se le queda incrustado y la encía tierna sangra una sangre inaugural e inofensiva con entusiasmo. El niño no se ríe pero tampoco llora, se traga el líquido con sabor metálico e intenta subir por la cola resbaladiza del animal una vez más.

Míralos cómo caen.

Derribar jinetes está reservado a los guerreros, a los grandes generales, a la artillería pesada y a mujeres que conquistan una fortaleza y arrojan tejas contra un ejército. Reírse de los enemigos y despreciarlos es lo que recarga la fuerza de los músculos.

¿Quién decide lo que se puede y lo que no se puede decir? Hay palabras que salen con la fuerza de un disparo y atraviesan a quien las recibe, a quien las oye y a quien las pronuncia. Los pulmones se quedan vacíos y secos, la próxima vez que cojan aire se les clavará en medio del pecho como una puñalada sin filo.

Capítulo 152

Si saben que están en minoría, los soldados pueden huir. Qué suerte saber que siempre puedes desaparecer y te respaldará un ejército, la nuestra es la furia de quien no pudo marcharse. La furia de los árboles que ven venir el incendio y se preparan para arder.

¿Somos o no somos?
Somos las señoritas y las pailanas.
Somos dos mil.
Somos tres mil.
Somos una legión.
Somos una muchedumbre.
Somos nosotras y nuestros hijos muertos, y las hijas que hacen de madres solas y los maridos que se marcharon, somos nosotras y la memoria de todas nosotras. Somos las piedras de las manos y los cimientos que nos atan al suelo, las montañas y los acantilados, somos los confines y las orillas, somos una miríada de voces que gritan al mismo tiempo hasta que se les desvanecen los pulmones. Somos el séptimo sello del apocalipsis, la bestia herida que escupe fuego y viene del mar.

Carguen.
El trueno acompasado de las armas amartillándose.
La toma de una fortaleza es el fusilamiento de un edificio.

Apunten.

Fuego.

El ruido de artillería atraviesa la bóveda gris plomiza de la ciudad y cae sobre las cabezas de los niños que solo jugaban a matarse sin maldad, los alientos se detienen en ese mismo momento. La lluvia es lo único que no se para ante nada. La ballena, si no estuviese muerta, abriría los ojos.

Una cosa es que un rayo atraviese las nubes, otra cosa es que el ruido de las armas desafíe una tormenta. Las cargas de artillería suenan como campanadas fúnebres que marcan la cuenta atrás de una muerte, y la ballena deja de ser lo más importante.

La mayoría de las gaviotas saben lo peligrosas que son las balas perdidas y se quedan custodiando a la bestia muerta. Los peces huyen de la orilla, nadie quiere mirar.

La tierra seca es el infierno para las criaturas del agua.

Capítulo 153

Cuando a una criatura pequeña no se le mueve el vientre basta pasarle unas ramitas de perejil por el medio de las nalgas para convencer al cuerpo y que se rinda. Parir es lo mismo, hay que entregarse y no luchar contra lo que viene. Hay que darse y dejarse. Las buenas paridoras, las mujeres que traen siete, ocho o diez hijos vivos, lo saben. Una tiene que rendirse.

En la cocina llena de vaho y olor a cebolla, de rodillas en el suelo sobre unas pajas que sacaron del colchón de Madalena, Amadora se queda vestida solo con la camisa. El cuerpo sabe de la urgencia y deja de importarle la desnudez. A cuatro patas, con la barriga casi tocando el suelo, brama a cada poco como una res cuando la marcan.

Echa aceite aquí.

La madre de Madalena coge en su mano un puñado de perejil y le habla a Dosinda, que intenta aguantar las ganas de vomitar. Demasiado calor, demasiado olor, demasiado miedo. Ve borroso cuando abre una lata pequeña que le señala la mujer. El aceite cae como un hilo grueso y pesado, la madre de Madalena se frota las manos, reparte el perejil y empieza a pasarlas por Amadora. La barriga, las piernas, las nalgas, el vello púbico se empapa de aceite y acompaña el paso de las manos, pequeñas hojas de perejil se quedan prendidas en las ingles. La mujer mete los dedos en la entraña viva y toca un cráneo de huesos blandos.

Aún no abrió del todo, va a haber que esperar.

Saca la mano y besa la punta de los dedos que tocaron la carne nueva, luego se los da a besar a Amadora.

Madre, aquí está tu hijo. Amén.

Para parir hay que entregarse a Dios, pero Dios no va a hacerlo todo. Para eso están las parteras, el perejil, los fumeiros y lo que haga falta.

Capítulo 154

Las paredes se ondulan al contacto con los gritos de más de dos mil mujeres que deciden escupir su ira por la boca a la vez, las piedras se contraen y presionan la estructura.

En algunas partes de la ciudad hubo quien sintió un leve terremoto. Pensaron que venía del fondo de la tierra pero no era así, esto pasa constantemente cuando se avasalla la razón. Las partículas de los gritos, mucho más fuertes que las piedras, se solidifican, se estrellan contra las paredes y son capaces de atravesar hasta los cimientos de los edificios. En algunos casos se han registrado revueltas cuya presión ha conseguido empujar contra el suelo la estructura con tal fuerza que ha provocado un corrimiento de tierras.

En el momento en que sucede nadie se da cuenta, al menos no con la mente de entender, aunque todo el mundo es capaz de asimilar que la injusticia te quita el suelo bajo los pies.

Los gritos salen de las gargantas con tal fuerza y golpean el techo de tal modo que las paredes se contraen y forman un vacío como el que sigue a una explosión. No queda aire para respirar, boquean como peces fuera del agua, cada aliento es un pedazo más de ahogo que les hunde el pecho. Una revuelta es una ola que te pasa por encima, tienes que tener la sangre fría de dejarte flotar y la fe de que aparecerás al otro lado cuando la ola pase.

Los cimientos se clavan más al suelo. Un edificio es un cálculo de pesos y estructuras que podría derrumbarse con una leve vibración constante. Como la de una onda sonora. Como la de una piedra incansable. Una placa tectónica no es sino una gran piedra, una gran piedra viva que deja asentarse encima de sí misma. Los gritos pueden despertar a las piedras y estas pueden mover las olas, no hay nada extraño aquí. Solo es el mundo poniéndose en pie ante la injusticia. Aquello que decía Jesucristo de que si él callase las piedras gritarían, y cuando él murió hubo un terremoto y la cortina del templo se rasgó en dos. Todo está ahí delante de nuestros ojos aunque nos resistamos a verlo.

Un edificio que alberga una fuerza humana de tal tamaño no puede pretender contenerla. No hay muros que detengan a las mareas vivas, y hasta las ballenas pueden ser expulsadas del océano, ¿qué más pruebas necesitáis?

Capítulo 155

El griterío es una droga envolvente. Cuando se haga el silencio va a resultar insoportable, los oídos no están preparados. Es como saltar de lo alto de una montaña al fondo del mar.

El silencio es lo que reina en un fondo marino, por eso las criaturas oceánicas nos llaman bárbaros.

Capítulo 156

Las gaviotas del puerto miran con suficiencia a las que viven en la playa y no entendieron por qué les disparaban a ellas, que no habían hecho nada. Se escondieron, torpes y furiosas, pero algunas no llegaron a tiempo. Alcanzaron a una, que cayó a plomo a los pies de los caballos. Siempre hay víctimas inocentes, se queda en el suelo como una carroña, seguro que habrá quien la lleve, no tardará en ser sustento para otro.

Seguramente tenían envidia de su punto de vista privilegiado, ojalá pudiesen verlo, ojalá pudiesen ver desde arriba cómo la lengua de mar besa el edificio, cómo las cabezas arremolinadas en las ventanas se mueven y gritan escupiendo furia, cómo en los alrededores los grupos de entusiasmadas gritan a los soldados que reorganizan el flanco más débil del edificio.

Los peces no se enterarán de nada, están a otras cosas, y los dioses, si en algún momento les interesa lo que nos pasa, lo harán con la curiosidad de los niños cuando miran un hormiguero, sin pensar que tal vez ese reguero de pequeños insectos está en plena crisis o haciendo de ella un divertimento.

El jornal de hoy ya se perdió, los equilibrios son frágiles cuando la vida es como la de los pájaros, que salen a sobrevolar y buscar el alimento del día. Tener la esperanza en que el hoy dará el sustento es una fe en lo desconocido que no nos podemos permitir los pobres.

El ejército se mueve como bloques de un rebaño, apenas se sabe si hablan entre ellos, como si no quisieran parecer personas, solo

armas con piernas o montadas a caballo. Es mucho mejor para echar las culpas a otro decir que no era yo, era el ejército. La masa, el grupo, la voz de otros envolviéndonos, una voluntad que es intangible pero que nos mueve las manos y los pies, una ola invisible que nos arrastra y nos hace hacer cosas, que despierta nuestra furia y se alimenta de ella. Es verdad, nosotras también somos una masa, pero la ira que nos mueve es un sistema nervioso que nos recorre a todas. No es necesaria la orden porque el ansia vive en nosotras y nos dice qué hacer, nadie nos dio alternativa.

Capítulo 157

Los caballos son arrogantes por naturaleza, por eso no entienden cuando les tiran piedras, miran alrededor pensando que todo es un tremendo error. No se dieron cuenta de que el hecho de que vayan con el amo no significa que sean el amo, que el fin último es que el amo llegue limpio y rápido a donde se pretende y que a ellos les pegarán un tiro el día que se rompan una pata y ya no sirvan.

Resoplan y dan pasos atrás cuando un adoquín o una teja les cae justo en los cascos y las fustas de los soldados les golpean las ancas para recordarles que su voluntad aquí no es importante. Ellos se dan cuenta en ese momento de que todo era una trampa, que el galope orgulloso que traían no era sino un engaño.

Los soldados que los montan los empujan hacia el objeto de su propio miedo, las tejas vuelan y se estrellan contra el suelo, las esquirlas se les clavan en las patas, trozos cortantes de pizarra se les incrustan disparados a toda velocidad.

Desde las ventanas bajas se oyen insultos:

Desgraciados.

Malparidos.

Dolor de los pobres.

Merdalleiros.

Traidores.

Judas.

¿Nos vais a pagar el hambre que pasamos?

Fillos dun can.

¿Dónde estabais vosotros cuando de verdad se os necesitaba? Venís como si aquí hubiera una guerra y aquí lo que hay es justicia.

Venís a matar a la justicia, hijos de Satanás.

Iros a morir donde se junta la carroña y dejadnos a nosotras, que venís aquí a pelearles el pan a los pobres.

¡Traidores de vuestras madres! ¡Así os arrastren!

¡Chupaespiñas de los ricos!

Sois bien valientes, venir a luchar contra mujeres subidos a caballo.

Venid y luchad sin nada en las manos si tenéis valor, medíos con nosotras.

Sois todos muy bravos pero os arrancamos los ojos si os tenemos delante.

Que no vuelva a ver a mis hijos, os mato a todos como mato gallinas, ¡os corto el pescuezo, cabrones!

Esperadnos como esperáis que venga Nuestro Señor Jesucristo, cuando muráis me habéis de ver en el infierno, fillos de puta.

Me habéis de esperar porque vais a morir y yo os voy a estar esperando.

Fillos de puta sin dios, que no tenéis dios que os aguante.

Ojalá cayera ahora un rayo que os partiera por la mitad.

Hay que tener fe para esperar una intervención divina o pensar simplemente que la ira desatada puede estrellarse contra el cielo oscuro y partirlo en un rayo que cae en el medio de la bahía. Si María Santísima hubiese querido interceder, este habría sido el momento perfecto para bajar envuelta en nubes de tormenta.

Capítulo 158

Tiros al aire, se oyen gritos que vienen del tejado y de las propias gaviotas enloquecidas, el viento y los golpes de mar. Un grupo de soldados se va a la puerta principal con los fusiles en ristre, se paran como si estuvieran delante de un reo que van a ajusticiar. Las que se asoman por la ventana del piso de arriba gritan por el hueco de la escalera para que se aparten de la puerta, van a disparar contra las puertas, contra la cerradura y contra cualquiera que se interponga.

Los trabajadores de los salazones y los de la vidriera quieren mirar desde las ventanas qué está pasando y los jefes les gritan que no hay motivo para parar. Quien manda nunca ve motivo para parar, puede haber un monstruo varado en la playa, una rebelión enfrente, una tormenta que parta los cielos y nunca hay motivo para parar. Por eso les gustan las máquinas, porque no piensan, porque no se distraen, porque no paran. Son como los esclavos sin tener que alimentarlos, sin tener siquiera que molestarse en castigarlos porque nunca harán nada mal. Los jefes lo que no quieren es que nadie tome nota de lo que está pasando enfrente. Que a nadie se le ocurra pensar que podría agarrarse a esa ola de desenfreno, eso es lo único que les importa.

Carguen.

Apunten.

Los soldados, como los muertos, son todos el mismo. Son todos una misma voz y un mismo movimiento. La primera carga de artillería se incrusta en la puerta y desprende astillas. Una puerta de

doble hoja, como la de un castillo, no es nada cuando disparas contra ella. Los soldados experimentan la satisfacción de ver que la orden funciona, llega un momento que uno deja de pensar en qué es lo que quiere y lo único que le importa es que la orden funcione. Que se cumpla.

Apunten.

Segunda carga, que golpea aún más fuerte y desprende astillas como una lluvia de madera, los pies hundidos en los charcos, en el mismo suelo en que Antígona arrastró a la que le pegó a su niño. El mismo suelo puede albergar la venganza y la vergüenza, la rendición y la victoria.

Abran la puerta. Entréguense o será peor.

Las que están al otro lado de la puerta se quedan quietas, miran por el hueco de la escalera hacia arriba, un montón de cabezas despeinadas y en silencio. Nadie se atreve a decir nada. Hay cosas que no pueden tolerarse bajo un mismo techo. No puede un ejército venir contra unas mujeres. Contra unas trabajadoras. No puedes mandar al ejército para atemorizarnos y quitarnos la voz. Si retrocedemos ahora, no tendremos nada nunca. No seremos nada nunca.

Fuego.

Un trueno cae en ese momento que hace temblar los cimientos de la fábrica y un grito de guerra desde el tejado golpea en el ánimo. Un nervio eléctrico que baja directamente desde el cielo y las recorre a todas.

Capítulo 159

Las criaturas pueden llegar a los cinco años y morir como si las arrastrase una ola, de la misma manera los hijos vienen al mundo como en rachas de viento. Un nacimiento no se deja frenar por nada.

El vaho purificador del fumeiro hace la atmósfera de la habitación húmeda y nebulosa, los bordes se difuminan como un fondo marino. No abráis la puerta, que no escape ni una gota de agua evaporada, que no notemos el frío del aire. El ambiente de un bosque cálido concentrado en una sola habitación. La urgencia de una criatura que saca la cabeza entre las piernas de la madre es la vida hecha carne caliente y sangre. Una fuerza imparable como una tormenta que arrastra del suelo los restos de una batalla.

Tienes que entregarte a Dios. Entrégate y deja que la criatura se abra camino.

Amadora grita porque sabe que no le queda un pedazo de piel en el cuerpo sin tensar, toda ella es un músculo a punto de romperse, hace mucho rato que sobrepasó su propia fuerza conocida. Un cuerpo que se parte es un cuerpo que no volverá a ser el mismo.

Entréguense. No hay nada que puedan hacer.

La puerta de la fábrica se dobla porque sabe que no le queda tiempo ni resistencia.

Una mujer que grita en una atmósfera húmeda y caliente al lado de una fortaleza a punto de caer. Un dolor que vuelve cuero la piel, que divide un cuerpo por la mitad mientras otro cuerpo emerge de sus mismas entrañas. Dosinda no siente el dolor pero reza y suda

mientras agarra a Amadora por la cintura para ayudarla a mantener el equilibrio.

La señora Remedios llegó abriéndose paso entre la tormenta y los soldados, el miedo y los gritos, entre maldiciones, insultos y barro, entre niños que lloran y buscan a sus madres y piedras que vuelan buscando cabezas para herir.

La señora Remedios pide que le agarren las piernas y mide la abertura con sus propios dedos.

Ya casi estás, por aquí ya cabe una cabeza.

Una mujer que sigue a la voz del deber que intenta abrirse paso mientras las caras se superponen frente a ella y la empujan contra las paredes de las casas, que le hacen meter los pies hasta el fondo de los charcos de agua negra.

Una mujer de rodillas en un suelo de piedra grita:

Sácalo, filla, bótao fora.

Parir es la guerra del cuerpo contra una misma, la humanidad sacando un ejército de las entrañas de una. Una mujer que brama como si la tierra se abriese en ella, como un volcán, como el océano expulsando a una bestia grande como un arrecife.

La señora Remedios la cuelga de la viga del techo para que la criatura vea el camino libre hacia abajo y se arrodilla con las manos a los pies de la mujer que grita, esperando una ofrenda de carne sangrienta con los pulmones listos para respirar nuestro aire.

Colgada por las axilas con una sábana doblada, Amadora es un ancla de carne, el inicio y el fin en el mismo cuerpo. El dolor como un fuego vivo que sube de los talones a la nuca, que encoge las piernas y aviva la voluntad de empujar como si el cuerpo ya supiese qué hacer antes de que el cerebro o la señora Remedios lo digan.

La cabeza se abre paso por fin, la cría no espera, abre la boca y empieza a gritar aún con el cuerpo dentro de la mujer. La madre de Madalena siente el llanto de la criatura nacida como si se le abriesen las ventanas del alma y una luz cegadora la arropase por fin en medio de la oscuridad.

Un golpe más y el fruto del vientre, ya maduro, se deja caer al vacío. Llega al mundo cabeza abajo envuelto en sangre y sujeto por

el cordón que aún lo une a la madre, que ahora suspira mientras por las piernas le caen gotas de sangre aguada, pedazos de entraña que alimentó a la criatura, restos viscosos de aliento sumergido que ya es vida nueva.

Todo cae al suelo, en un montón de paja, y luego irá a enterrarse o tal vez se quemará en el fuego, porque fuera cae una tormenta otra vez y no es seguro salir a enterrar nada. Pero no puede quedarse ahí.

El fardo de carne sangrienta grita como si ya supiese que hubiese preferido quedarse al abrigo del agua caliente, del mar propio de la madre, grita como una expulsada a este mundo. La señora Remedios le ata y corta el cordón con una navaja y pasa la criatura a Dosinda, que la acerca al pecho de la madre.

¿Será rapaz, por lo menos?

No.

Pobre, tanto trabajo me diste.

Las hijas no son riqueza pero son manos, hay que dar siempre las gracias.

La madre de Madalena escucha la respiración ansiosa de la criatura tirando del pezón por primera vez y se santigua.

Capítulo 160

El fuerte cae. La última mesa se aparta con un ruido de arrastre como si todo el edificio se quejase. Los soldados entran, dividen la masa de mujeres y se abren paso subiendo a las plantas altas, quieren a las del tejado. Hacerlas callar a ellas es matar a esta bestia. El ruido de las botas, el crujido del cuero mojado y las espuelas contra los escalones, los chasquidos del metal a cada movimiento y afuera los cascos de los caballos. Mujeres que enmudecen y se apartan porque saben que llegó la hora temida durante todo el día, la bajada de la furia, el frío después del incendio, el momento en que un fuerte cae rendido.

Rosario se asoma al hueco de la escalera con una teja aún en las manos, la deja caer y el estruendo silencia el ruido de las armas que vienen a por ellas.

¡Subid, perros! Que sois muy valientes cuando vais armados contra unas mujeres.

Cordelia va a agarrarla del brazo para que calle pero no le da tiempo, los soldados ya están delante de ellas.

Traidores que defendéis a quien no lo merece.

¿Quiénes sois vosotros para atacar a unas trabajadoras honradas?

Judas de vuestras madres, venís a hacer el trabajo sucio a los que nos roban.

El soldado que está sujetando a Rosario lleva una esquirla diminuta de la teja que tiró por el hueco de la escalera clavada debajo del ojo izquierdo, no dice nada pero aprieta más la mano con la que le sujeta el brazo. Ella sonríe y ya da todo por perdido, baja la

cabeza para carraspear bien y le escupe en toda la cara un esgarro amarillo y pegajoso.

La fusta que hace un momento azuzó al caballo contra el peligro le cruza la cara, la piel del pómulo y el labio se parte como si le clavasen un cuchillo. La sangre cae violenta sobre los botones de nácar y el hilo de las puntillas de la blusa nueva. El grito de ella suena vacío, se abre un silencio como una fosa y el aire se vuelve pesado. La cara de Rosario empieza a hincharse, la mandíbula le pesa como si en lugar de partirse de un golpe se hubiese vuelto de piedra. Un zumbido en el oído le hace sentir que todo se aleja, sigue de pie pero su cabeza cayó a un abismo. Ramona, que la agarra del brazo, nota como si de repente el cuerpo de Rosario dejase de tener peso, mientras su vientre parece a punto de desbordarse de sangre hirviendo. El mismo soldado que golpeó a Rosario la coge a ella del pelo, casi levantándola en vilo, y se limpia la cara con la manga, su gesto es impasible pero tiene las orejas rojas, congestionadas.

No hay necesidad de pegar así, ¿eh? Que es una mujer, no una mula.

La voz surge del fondo, de un montón de cabezas que observan, cualquiera de ellas podría decirlo. Para el hombre son todas escoria, poco las separa de ser todas putas, apenas un paso más de la necesidad.

Silencio, la próxima que hable va detenida con ella.

La Cruzhija agarra el brazo de la madre para que se calle, una cosa es interponerse y otra cosa, defender. Ahora hay que conseguir volver a casa. A Cruz, sin embargo, la idea de regresar a Elviña y tener que contar lo que pasó en este día le pesa en el pecho como una losa. Se tiraría al mar con tal de no tener que volver, hacer la cena y mentir a la cara a don Eliseo.

El silencio de la batalla empieza a romperse y vienen a las mentes la ropa por lavar, los animales por atender, el trabajar la tierra y los hijos a los que alimentar. Una voz interna desearía poder continuar en ese limbo de lucha sin preocuparse de nada más, ninguna se atreverá a decirlo en alto pero es la verdad. Los hombres tienen suerte porque solo tienen que ir a la guerra, nosotras tenemos que limpiar y hacer la cena a las criaturas después de cada batalla.

Capítulo 161

Los pechos de Antígona no se rinden nunca, no renuncian a aquello para lo que existen. Da igual que ella se suba a un tejado, se beba una botella entera de oporto o se pegue con quien se le ponga por delante. La leche le vuelve a los pechos una y otra vez. Lo único seguro, lo único estable, lo único permanente. Cuando otro de los soldados va a ponerle la mano encima, se abre el mantón y destapa su camisa empapada de leche materna hasta la cintura, el olor dulce y pegajoso se queda suspendido en el aire y desarma a un hombre que está preparado para golpearla y tirarla al suelo pero no para verla derramar el sustento de sus hijos. Da dos pasos atrás con gesto de asco, ella lo mira fijamente, blanca y espectral como la muerte que nos ha de visitar un día a todos.

Váyase a su casa, no tiene usted vergüenza.

Capítulo 162

Vuelve la mente a lo diario, las criaturas que lloran, el borboteo de la olla hirviendo, el dolor exacto cada cambio de luna, el quitar las liendres de la cabeza y el traer agua para lavarse. La ausencia del marido, del padre, del hermano, el mal aire del recién nacido, el lar que no tiene quien lo alimente y sigue encendido para ser guía de las ánimas perdidas.

La Palloza huele a mar estancado, a pescado, a sal de la conservera, a hojas de tabaco, a pólvora, a silla de montar y a bosta de caballo que se acumula en pequeñas montañas donde antes solo había charcos.

Dios siempre es más cruel con sus hijas, nos dejó ser heroínas pero ahora tenemos que limpiarlo todo.

Capítulo 163

A estas horas, el único ojo de la ballena ya desapareció, se lo comió una de las gaviotas. La cuenca abierta recoge gotas de lluvia como una laguna dulce y minúscula que antes dio luz a una bestia que fue un universo marino. Que cruzó bosques de algas y que vino a morir a esta orilla. Los dioses tienen sus motivos para hacernos perder batallas, y los monstruos no son más que incomprendidos por las criaturas más pequeñas.

Algunos niños preferirían haberse quedado subidos a la espina dorsal gigante y oír la artillería a lo lejos, pero uno no decide cuando son todos. Solo sigue a los demás y ahora ve a los caballos y tiene miedo de meterse entre las patas y que lo pisoteen, que la gente lo tire y lo pisotee, que lo dejen atrás y lo pisoteen.

Capítulo 164

Las noticias de que algo ha pasado en la fábrica de tabacos llegan a todas las casas como llegó en su momento la peste, quien no sintió pasar al ejército oyó la artillería o vio la nube de humo adentrándose en la bahía. La gente va llegando en oleadas, arremolinándose alrededor de la fábrica a pesar del ejército, a pesar del humo y a pesar de la lluvia.

Son siempre las cigarreras, no hay quien haga nada bueno de ellas.

Capítulo 165

Rosario no sabría contar bien la secuencia de los hechos, desde que gritó y las tejas se precipitaron como si un rayo se partiese contra el suelo de la plaza, el tiempo parece haberse vuelto líquido, todo sucede muy rápido y al mismo tiempo en una cadencia que le permitía ver y percibir cada mínimo movimiento. Los gestos estaban deformados, los olores, multiplicados, las sensaciones, los gritos y el dolor en los brazos. Las voces amontonadas en sus oídos y lo que pareció un solo golpe fue como caer por un acantilado. Como debajo del agua, los sonidos aplacados por un muro líquido que contiene el impacto, que lo hace rebotar y ralentiza los segundos.

Lo último que recuerda es la sensación de una ráfaga de viento mojado en la cara, mirar a Ramona, empezar a tirar tejas y luego un soldado que la agarra y casi le parte el brazo.

Ella revolviéndose, la mirada de Ramona, que ya no sonríe y se revuelve agarrada también por otros soldados, gritos y disparos al aire. Gritos agudos de mujeres, insultos, un último intento de zafarse y un golpe en la cara con una fusta que suena como un disparo de cuero, un dolor que quema en línea recta. Una sensación de mareo, de asfixia, empezar a ver los bordes borrosos de las cosas y oír todos los ruidos confundidos.

Pensar en ese instante que aquel hombre podría partirle todos los huesos, que cómo va a vivir con los huesos rotos, qué le va a decir a Tomás si vuelve y se la encuentra tullida. Tocarse la cara, ver la sangre y darse cuenta de que la camisa nueva está arruinada.

Un momento de pensar en no resistirse más, en hacerse la muerta o dejarse morir. Un dolor en el vientre, tal vez una patada, una sensación de humedad pegajosa y la cabeza volátil por la caída, por la tensión, por el aturdimiento, por el miedo. ¿Cuánto dolor puede resistir un cuerpo? El deseo irrefrenable de desmayarse y quedarse en el suelo, que todo pueda terminar como cuando una se queda dormida. Cerrar los ojos y acabar lo que sucede hoy sin rezar siquiera. No dejar que ni Dios se entrometa en el final de esta historia.

Unas manos fuertes la sujetan ahora por los hombros y la ponen de pie, la vista no consigue enfocar, tropieza y se tambalea. Entonces el soldado que la ha agarrado todo el tiempo se ríe y la empuja contra Ramona.

Ramona se aferra al brazo de Rosario y no vuelve a pronunciar una palabra. Arrastra con ella el frío, el peso de la doble falda y un reguero de sangre negra y viscosa que le baja desde la ingle hasta las rodillas.

Capítulo 166

El arcoíris marca un camino luminoso desde la fábrica hasta la cárcel, como si en lugar de ser detenidas se abriesen ante ellas las puertas del cielo. ¿Estará Dios del lado equivocado?

Dos chalupas con remeros que en su día se dedicaron a buscar ballenas y ahora se retiran haciendo este tipo de recados de traer y llevar mercancía de los barcos a tierra y de tierra a los barcos. De un extremo a otro de la bahía, unas cuantas mujeres detenidas son como llevar unos pocos fardos, unos barriles, un equipaje vivo, un bulto que, por una vez, se lleva a sí mismo. Ramona, Rosario, Cordelia y las dos hermanas de Monelos por subirse al tejado, Madalena por ser la portera y algunas más que tiraron desde las ventanas piedras y sillas a los soldados y dos más que se rieron cuando el soldado que vio a Antígona empapada de leche materna dio dos pasos atrás. Tan valientes que son y no aguantan nada.

Las mujeres van agarradas unas a otras, cogidas del brazo por soldados que las arrastran porque no hay nada peor que no obedecer a lo que se les dice, y es necesario que cunda el ejemplo. Estas que podrían ir discretamente en un carruaje veloz y cerrado van a cruzar la bahía ante los ojos de todos. Cualquiera que se asome a una ventana puede ver bajo un rayo de luz cristalino las dos chalupas balleneras, movidas por dos remeros y un timón cada una. Esperando mientras cabecean ligeramente contrariadas, ligeramente ansiosas. Las embarcaciones nunca ven la hora de marcharse, aunque estén amarradas siempre hacen el ademán de seguir al viento, esa es su naturaleza. Para eso fueron hechas.

El recorrido no es más que una procesión de la vergüenza, eligieron que fuese una ceremonia porque así se comporta quien quiere doblegar a otro. Como la mujer de Lot, no es que huyas de tu ciudad en llamas, es que no puedes lamentar huir de tu casa en llamas o te castigaré también por eso. Nada es nunca suficiente. A quien es sustento se le exige todo.

Los cadáveres de las máquinas miran desde el fondo de la bahía la quilla de las chalupas que recogen a las cigarreras que van detenidas y se amontonan en los bancos. El cansancio y la adrenalina hacen que cueste más gritar. Cordelia no tiene voz y quien la conserva ahora es como si la garganta se le hubiese cerrado, lo que resultaba natural cuando una estaba subida a un tejado siendo atacada por un ejército es ahora un aspaviento inútil. Así de complicada es la vida, no basta tener razón y decirlo, es necesario hacerlo en el momento y el lugar. Llorar sería un alivio, disolvería el peso que le oprime el pecho como una piedra de barro sólido, pero esa parte de ser mujer está muerta con Lorenzo bajo tierra. Las personas llevan de nosotras pedazos arrancados.

Nunca es nuestro momento. No hay lugar para nosotras.

Capítulo 167

Como cualquiera que no está acostumbrado a subir a una embarcación, Ramona pisa torpe el suelo oscilante de madera de la chalupa. Siente el mareo leve de haberse subido al tejado y el golpe de bajar al suelo, su propia entraña desbordándose, la humedad entre las piernas acartona cada vez más el paño atado entre las ingles. Le cae de la nariz una mucosidad líquida que le baja por los labios, se la va limpiando cada tanto con el mantón, tal vez llora. Paró de llover.

Se sienta al lado de Rosario y mira hacia la fábrica humeante, el tejado deshecho, los gritos de la gente de alrededor, la vergüenza sólida golpeando en las sienes y el chapoteo dócil del agua, el leve resoplido de los remeros y la mirada se le queda fija en el agua, en el fondo. Basta un instante para no sentir y dejarse caer como quien se deja volar.

Bajar.
Bajar.
Bajar.
Bajar.

El cuerpo de repente ingrávido, los gritos que vienen de algún lugar blando, el peso de la falda doble como un ancla que la arrastra al fondo, el deseo de abandono, el agua y la sal entrando por la nariz como una puñalada líquida en el centro mismo de la cabeza.

Bajar.
Bajar.
Bajar.

Una mano casi monstruosa que la agarra por la trenza y la sujeta. Se despierta en ese momento y tira hacia arriba de sí misma, patalea, se resiste a bajar. La cabeza por fin sale del agua, los gritos que antes no conseguían tocarla la golpean ahora como si la arrancasen de un sueño. Este debe de ser el sueño de los muertos, en ninguna realidad oiría la voz de su madre llamándola o un remero sabría nadar como para salvarla.

Moncha grita desde la orilla con el punzón en una mano y la navaja en la otra que va a matarlos a todos, que dejen a su hija, que son unos hijos de mala madre y unos desgraciados. Nadie se atreve a acercarse a ella, baja por la rampa de embarque y se mete en el agua hasta las rodillas, hasta la cintura. El agua tira de ella hacia dentro, hacia abajo, pero ella no siente nada.

La luz le abrasa los ojos, el aire entra a golpes en el pecho, el ruido y los gritos la traen violentamente a este lado. El aturdimiento no le deja darse cuenta de que efectivamente es la voz de su madre la que grita. Consigue mirar pero no ve nada. Tose y vomita buches de agua como peces transparentes.

El remero que se tiró al agua la sujeta con un brazo por debajo de las axilas, con otro se agarra él a la borda y la levanta para hacerla subir. El timón y otro remero la agarran por los brazos, es diminuta pero pesa como tres mujeres solo por el agua en la falda doble, es un lastre que lleva consigo. Ella ya lo sabía desde esta mañana, pero a los hombres les sorprende. Si ellos supieran el peso que arrastramos todos los días, no nos tratarían con la banalidad con que nos tratan. El remero que se tiró al agua coge impulso y sube medio cuerpo de nuevo a bordo, la chalupa zozobra, una lengua de agua les moja los pies a todos.

Una mujer en su estado no debería mojarse ni las manos, ni estar bajo la lluvia. ¿Qué puede pasarle si se tira al mar?

Capítulo 168

Esta orilla del mundo guarda el eco de los gritos y los cañonazos, se deshace en pequeños granos de arena que concentran pedazos de memoria cristalizada. El mar, las olas son el *memento mori* de todas nosotras. Recuerda que eres mortal. Recuerda que te puedo matar a ti y a tus hijos. Recuerda que eres un confín del mundo.

Todo lo que nos rodea es memoria hecha piedra, suelo, raíz, montaña y acantilado. Las palabras que creemos nuestras solo son el resultado de las voces que resonaron antes en este vacío.

Capítulo 169

Una puede rezar a lo que crea mientras una chalupa ballenera escora porque Ramona se tiró por la borda y empieza a entrar agua. Nada es más cruel que morir ahogada en una orilla, en un puerto, delante de la puerta de tu propia casa. También puede rezar porque si la embarcación no se va al fondo llegarán a la cárcel que está al otro lado de la bahía.

Madalena solo cree en su hijo Lázaro, el único que ante sus ojos se levantó de entre los muertos. Le reza a él. Un ser divino sobre la tierra, el hijo que sobrevivió y al que, seguramente por lo extraordinario de su existencia, vivir al borde del mar le parecía un castigo. Tenía que adentrarse y navegar océanos, arriesgarse a ser devorado por bestias marinas o a morir en un naufragio.

Madalena sabe que en algún lugar desconocido hay un pedazo de su propia carne empeñado en sobrevivir y eso es lo único divino que está dispuesta a reconocer.

Capítulo 170

Los barcos están vivos, no son animales pero tampoco son exactamente seres sin alma. No se puede llamar objeto a algo que cruza océanos, que se deja tripular y que tiene un temperamento propio. Como los cuchillos, tienen un filo que atraviesa el casco de lado a lado. Guardan memoria de aquellos que los tripulan y del eco de sus voces. Por eso se ofrendan las aletas y las colas de las ballenas a los dioses que quieran escucharnos, porque es necesario no olvidar y ser conscientes de que el mar solo se deja navegar y que consigamos matar a una bestia no quiere decir que hayamos vencido. Nada es nuestro.

Lázaro, protégeme. No me desampares, yo que te tuve dentro seis veces, cuida de tu madre. Cuida de la madre que te trajo a este mundo.

Una no debería dar hijos a este lugar que no nos considera, una debería quedarse sola, irse sola y no dar más vida que para sí misma.

En medio de una tempestad en mar abierto, Lázaro cae de bruces y se parte una ceja contra la cubierta. El barco da un pantocazo con furia, las olas rompen y lo arrastran como a un muñeco, el agua salada le entra por la nariz y los ojos y la sensación de ahogo solo se salva porque sigue sintiendo la madera del barco como un límite entré él y el océano inmenso.

Maldita mar, maldita galerna, mal rayo os confunda. El salado de la mar y de la propia sangre se mezclan en la boca, el cuerpo empapado resbala cuando trata de ponerse de pie.

Mamaíña, no dejes que me lleven las olas, déjame agarrarme, dame fuerza para no caer por la borda. Dame fuerza para seguir vivo.

Un hombre que navega tiene que conocer el barco aunque esté ciego y sordo, adivinar sus movimientos aunque su cabeza no consiga orientarse. De repente, el suelo que pisa ejerce un empuje hacia arriba, la ola vuelve, Lázaro busca donde asirse, oye un grito lejos que viene en medio de un silbido de viento y el chasquido como de un árbol atravesado por un rayo.

El barco duda, parece que el cabeceo se detiene, como un herido al que aún no le duele nada pero ya está atravesado por una bala y se mira incrédulo, inmediatamente la proa cae al vacío y se estrella contra la superficie del agua.

Lázaro, el hijo vivo de Madalena, que lleva dentro de sí la cáscara vacía de los anteriores cinco hijos como un eco interno, en lo más alto de la ola, justo antes de que el barco cabecee una vez más y reviente de un pantocazo contra la superficie.

Rezar tiene sentido solo si se reza a lo que se ama, a lo que se adora, a lo que se teme.

Capítulo 171

La furia es como la marea. Cuando baja, deja al descubierto los restos del arrastre, las cicatrices del destrozo, la huella de su paso.

Capítulo 172

Las cargadoras de muelle abandonan las carretillas que arrastran a diario y se acercan corriendo al pie del embarcadero de la prisión para recibir a los malnacidos que detienen a mujeres por defender lo que es suyo.

¿Qué mal hicieron? ¿Pelear por el pan de sus hijos? ¿No querer ser esclavas?

Aunque algunas tiran piedras, nada golpea más fuerte que las palabras.

Un día nosotras también vamos a dejar de obedecer.

Sus gritos dejan un zumbido ardiente en los oídos, como el que sigue a una explosión.

Capítulo 173

Cordelia mira atrás mientras sube los escalones del embarcadero de la cárcel, desgraciadamente no se convierte en estatua de sal. Ojalá lo hiciese, piensa, ojalá mirar atrás y que todo acabase como quien fallece o despierta de un sueño terrible. Terminar la vida como una estatua a la puerta de una prisión. Ser esa imagen que advierte a los que entran de que mirar atrás puede ser mortal. Que lo que está bien y lo que está mal puede ser cuestión de cómo se mire y de quién lo cuente. Pero no sucede. En lugar de eso, sus ojos vivos ven la fábrica envuelta en humo, como un incensario enorme, el cadáver de una bestia negra en una pira funeraria. Una columna volátil y fina sube por entre las nubes y se queda marcando el lugar de la batalla.

La lluvia ha parado un momento pero seguramente seguirá en breve.

En el fondo, piensa, es mejor eso que volver a una casa donde pasó la noche velando al marido muerto.

Luego piensa en la niña Lorenza, porque las madres no podemos vivir un día sin pensar en la carne que nos sigue, la imagina pequeña y contrahecha y se avergüenza de su alivio. Una madre como Dios manda no se olvida de su carne viva.

Rosario no puede mover la cara, que tiene ya hinchada como una calabaza, el labio partido le cuelga y probablemente le quede la marca como una delincuente o como una perdida.

Ramona tiembla de frío y no dice ni una palabra.

Capítulo 174

Cuando Antígona llega a casa, su criatura pequeña está llorando en los brazos de Jacoba, extiende los bracitos hacia ella buscando el olor dulce y pegajoso y se calma en cuanto comprueba que sigue manando alimento de la fuente que conoce. Antígona se sienta al lado del fuego, se recuesta contra la pared con los ojos cerrados sintiendo el calor en las pestañas. Si su cuerpo dejase de respirar en ese mismo momento, sus pechos permanecerían despiertos alimentando a su criatura hasta dejarla saciada.

A Jacoba se le caen lágrimas de alivio y le sirve un pocillo con aguardiente mientras le calienta algo de comer. Ninguna de las dos dice ni una palabra. De sus otros hermanos aún no saben nada, solo que fueron a ver una ballena muerta que apareció en la playa.

Capítulo 175

La plaza está llena de humo a pesar de la lluvia cuando Lorenza llega. Las cigarreras y el ejército están mezclados, ellas intentan marcharse a sus casas lo antes posible y el ejército quiere supervisar que lo hagan ordenadamente y sin llevarse nada del edificio, que ha quedado destrozado. Lorenza empieza a parar a las mujeres a las que conoce, a preguntarles por su madre.

A tu madre la llevaron.

En medio de la lluvia y al tener tan poca estatura, casi tiene que colgarse de la cintura de ellas, que no quieren parar, quieren volver a casa cuanto antes. Un fardo de niña se les cuelga de la falda, un peso amorfo que pregunta por su madre con la cara pasmada de una criatura mal hecha.

A tu madre la llevaron.

¿Cómo la llevaron?

Presa, al Parrote. La sacaron con unas cuantas que se subieron al tejado.

Al Parrote llevaron a unas cuantas presas.

Un grupo de soldados se abre paso a empujones, Lorenza da un traspié y cae de rodillas en una bosta de caballo aún caliente. La certeza de que es una niña huérfana la golpea por primera vez y la deja sin respiración.

Capítulo 176

Las que marchan para Elviña van juntas, igual que vinieron. Más cansadas que si hubieran hecho pitillos todo el día.

Ni se os ocurra contar nada de lo que pasó, nosotras no hicimos nada. Nos quedamos quietas hasta que acabó todo, no abrimos la boca, no tocamos nada y no sabemos nada.

Cruz marca con la punta del dedo cada una de las caras.

¿No podemos contarlo ni en confesión?

Ahí menos que en ningún sitio.

Capítulo 177

No valió para nada, perdimos.
No perdimos, lo que pasa es que aún no ganamos.

Capítulo 178

Cada vez que es preciso usar palabras para contar, hay un momento en el que alguien dice que eso no fue lo que recuerda, que las cosas no sucedieron así, que las voluntades tampoco fueron esas y que los hechos no se ajustan a lo que se cuenta como cierto. Lo que pasó un día es un lugar que ya no existe.

Cada quien tiene en su memoria los restos de ese naufragio que no es más que la impresión de su propio miedo como huellas en un suelo mojado. Tratamos de reconstruir un paisaje en medio de ruinas humeantes, pero todo lo que ardió es irreconstruible. Indagar lo que persiste en la memoria durante generaciones es recorrer las ruinas del sueño de otras personas.

La niebla de los disparos, de la tormenta y de la memoria se mezclan y se separan alumbrando momentos que parecen nítidos como los retablos que cuentan las vidas de los santos. Madalena, despeinada y sucia, se sienta delante del escribano de la cárcel.

Nombre completo.

Madalena Maceiras.

El nombre suena ahora como un sonido hueco, la mujer que habla ahora no es la misma que se despertó por la mañana. Ha vivido una vida entera en solo un día. Una vida y una muerte.

Estado civil.

Viuda.

Número de hijos.

Seis.

La mano quemada y deforme, escondida en el bolsillo del mandil, aprieta la navaja como quien se agarra a un cabo en medio de una

tempestad.

Capítulo 179

La sangre derramada, los restos de entraña, el agua pegajosa que trajo a la hija de Amadora a esta orilla se mezclan con la paja del suelo y van juntas al fuego. La belleza de las llamas devora aquello que sustentó a una criatura que duerme por primera vez fuera del agua. El humo sube como una plegaria. El fuego sanador, ritual y metódico, es la necesidad de ordenar el mundo desde la destrucción. Las brasas son la voluntad última de la persistencia, el último sí. En un lar es donde empieza y acaba todo lo que conocemos.

Pasaremos esto como quien resucita de entre los muertos.

Capítulo 180

Solteras con hijos, repudiadas en el silencio de las casas pero acogidas con una silenciosa maldad que las señalará de por vida. Los hijos pueden llegar a odiar a sus madres por haber sido señalados por el resto, como si ellas pudiesen elegir. Nuestra propia carne son los peores jueces y nos tratan no como si les diésemos la vida, sino como si no se la hubiésemos dado toda, como si les quitásemos parte del aire. No se les puede explicar todo a los hijos. Ellos son egoístas y no lo entienden.

A las hijas más vale no decirles nada porque bastante tienen con nacer mujeres, si no se lo explican las palabras acabará explicándoselo el propio cuerpo. Además, ellas ya viven tan cerca de nosotras que son capaces de oír nuestros pensamientos sin hablar.

Una tiene hijas como quien alimenta un ejército, siempre preparadas para ir a la guerra y ser una misma botín y campo de batalla. Hay líneas enteras de mujeres con hijos de soltera mirándose unas a otras con desconfianza, madres que recriminan a sus hijas su misma falta, hijas que se crían sin padre y son señaladas por los vecinos.

Posfacio

Los niños son seres desesperados. Se juegan la vida constantemente y dan todo su ser en cada intento, como los locos y como los fugitivos. Los que estaban subidos a la bestia y los que tenían los pies sobre la arena sintieron el temblor y pensaron que eran las hermanas de la ballena llamándola.

Nadie los creyó. Nadie cree a las mujeres ni a las criaturas.

Por suerte, los relatos se empeñan en existir. Anidan en huecos oscuros de la memoria, suenan en susurros y palabras dichas a medias, se clavan entre los dientes sin atreverse nunca a cruzar la línea de los labios, sumergidos en saliva, ocultos en gestos apenas esbozados y en silencios clamorosos, escondidos entre las líneas de las verdades oficiales. Para verlos hace falta una pupila adiestrada durante generaciones que perciba los gestos mínimos, esos que con el tiempo son capaces de crear grietas que provocan terremotos.

Por eso, la única verdad que vale la pena defender hasta que las llamas nos consuman es aquella que nace y se alimenta del fuego interior, ese que se aviva con cada golpe de aliento enfurecido. Quien os diga que busquéis la fe en otro lugar solo quiere que dejéis de creer en vosotras.

En Barrio das Flores, A Coruña,
5 de octubre de 2025

Nota final

Creemos que sabemos pero no sabemos. Creemos que entendemos pero no entendemos. Los hilos se entrecruzan, se anudan y se parten con una complejidad y una ligereza que obligan a descomponer en páginas, frases y párrafos las palabras y los hechos. Ni así la forma de la narración consigue envolver el contenido absoluto de lo contado.

La distancia que nos separa puede ser una gota o un océano, la narración es un medio líquido que la literatura intenta transformar en sólido.

Citas

The dead don't go anywhere. They're all here. Each man is a cemetery. An actual cemetery, in which lie all our grandmothers and grandfathers, the father and mother, the wife, the child. Everyone is here all the time.

ISAAC BASHEVIS SINGER

O caos é uma ordem por decifrar.

JOSÉ SARAMAGO

Nota de la autora

Todas y cada una de las palabras que componen esta novela han sido escritas por mí y colocadas una a una en su lugar correspondiente.

Lar debe también su existencia al trabajo de profesionales que previamente escribieron sobre historia, antropología, arquitectura, sociología y política. Ana Romero Masiá, Ana Naseiro Ramudo, Carolina Castañeda, David García-Asenjo, Luis Alonso Álvarez, Xavier Castro, Antonio Pereira Poza y Enrique Carballo Gende, todos ellos enriquecieron mi punto de vista y, por tanto, la narración.

Lara Hermoso, Monica Bedana, Raquel Vicedo y Laura Ferrero fueron las lectoras secretas de esta novela, Carolina Reoyo, su editora cómplice, y Txell Torrent, la aliada que no me soltó la mano en ningún momento.

Por último, *Lar* existe por y para todas esas personas anónimas que construyeron la historia que nos precede con sus vidas cotidianas.

BIBIANA CANDIA



Primera edición: octubre de 2026

© 2026, Bibiana Candia
por mediación de MB Agencia Literaria, S. L.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Ilustración de cubierta: © Magali Cazo

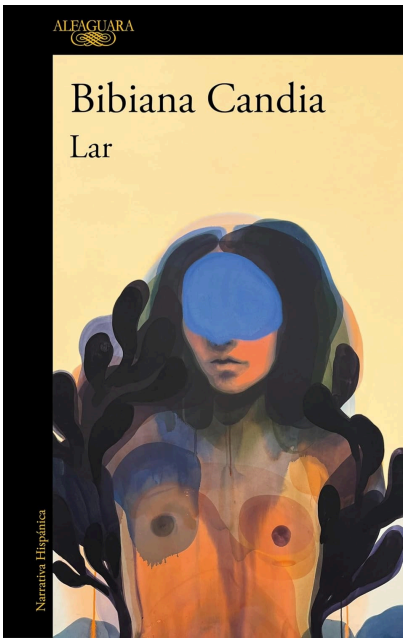
Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87975-21-0

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: AlfaguaraES
X: @AlfaguaraES
Instagram: @AlfaguaraES
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Dios siempre es más cruel con sus hijas, nos dejó ser heroínas pero ahora tenemos que limpiarlo todo».



A Coruña, 7 de diciembre de 1857. Las cigarreras de la Fábrica de Tabacos se rebelan contra la llegada de las máquinas y protagonizan una revuelta sin precedentes. Este es el punto de partida de *Lar*, una novela que habla desde la carne y la sangre de sus protagonistas: madres, hijas, viudas, ancianas y jóvenes capaces de

enfrentarse a un ejército con tal de defender su sustento. El relato de veinticuatro horas de un hecho histórico que deja al descubierto una tragedia cotidiana.

Con una voz coral y un lenguaje de gran fuerza simbólica, Bibiana Candia construye una historia sobre la maternidad, la ausencia, el trabajo, la resistencia y la memoria, donde lo íntimo y lo común se entrelazan. *Lar* es una novela visceral que reivindica la ira como única respuesta humana ante la injusticia.

«Una marea de mujeres no se mueve sola. La suya no es como la fuerza de los esclavos, que se alimenta del deseo de huir. Esta viene de otro lugar, de la raíz misma que las ata al suelo, como árboles, como un bosque, como las piedras. La furia de permanecer, de quedarse».

Sobre Bibiana Candia

Poeta y escritora (A Coruña, 1977), es autora de la novela *Azucre* (2021), destacada en *Babelia* y en *El Cultural* como uno de los debuts del año, y galardonada con los premios Nollegiu, de las librerías de Navarra, Premier Roman du Chambèry, Espartaco (Semana Negra de Gijón) y el I Premio Novel Almudena Grandes que otorga el Gremio de Librerías de Madrid. Ha sido traducida al gallego, polaco, italiano, francés y ruso. También es autora de los poemarios *La rueda del hámster* (2013) y *Las trapecistas no tenemos novio* (2016), del libro de relatos *El pie de Kafka* (2015) y el artefacto literario *Fe de erratas* (2018). Ha colaborado en las revistas *Jot Down*, *Letras Libres* y *Ctxt*. Por su trabajo como periodista cultural, ganó en 2020 el XXVII Premio Carmen de Burgos de divulgación feminista que concede la Universidad de Málaga, y en 2021 el XLII Premio Internacional AFundación de Periodismo Julio Camba.de *Lisboa, El Evangelio según Jesucristo, Ensayo sobre la ceguera, Todos los nombres, La caverna, El hombre duplicado, Ensayo sobre la lucidez, Las intermitencias de la muerte, El viaje del elefante, Caín, Claraboya y Alabardas*.

Alfaguara ha publicado también *Poesía completa, Cuadernos de Lanzarote I y II, Viaje a Portugal, el libro autobiográfico Las pequeñas memorias, El Cuaderno, José Saramago en sus palabras* —un repertorio de declaraciones del autor recogidas en la prensa escrita—, *El último Cuaderno, Qué haréis con este libro*. *Teatro completo* y El cuaderno del año del Nobel. También es autor del relato breve *El cuento de la isla desconocida* y de la narración infantil *La flor más grande del mundo*. Recibió el Premio Camoens y el Premio Nobel de Literatura.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club





O

Índice

Lar. Una tragedia
Dedicatoria
Citas
La víspera
La noche
Dies irae
Nota de la autora
Créditos
Sobre este libro
Sobre Bibiana Candia

Índice de contenido

1. Lar. Una tragedia
2. Dedicatoria
3. Citas
4. La víspera
5. La noche
6. 'Dies irae'
7. Nota de la autora
8. Créditos
9. Sobre este libro
10. Sobre Bibiana Candia

Puntos de referencia

1. Portada
2. Portadilla
3. Dedicatoria
4. Cita
5. La víspera
6. La noche
7. *Dies irae*
8. Nota de la autora
9. Créditos
10. Sobre este libro
11. Sobre el Bibiana Candia
12. Índice